

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

1. CONSTRUYENDO UNA NACION (1880-1890)



HYSPAMERICA

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Director General de la obra
Félix Luna

Secretaria de redacción
María Sáenz Quesada

Investigación gráfica
María Flores, Graciela G. Romero

Investigación historiográfica
Graciela G. Romero, Susana José, Jorge Ossona, Gabriel Ribas

Colaboradores del Tomo I

Elena Bonura
Hebe Clementi
Roberto Cortés Conde
Ciro René Lafon
Raúl Larra
Guillermo Magrassi
Rodolfo Martínez
Alberto S. J. de Paula
Syria Poletti
Isidoro J. Ruiz Moreno
Roberto Russell
Horacio Sanguinetti
Félix Weinberg

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Construyendo una nación (1880-1890)



HYSPAMERICA



Fotografía
Oscar Cisneros

Diseño
Carlos Gallardo

Producción de arte y producción gráfica
Hyspamérica Ediciones

Editado por:
HYSPAMERICA EDICIONES de ARGENTINA S.A.
Corrientes 1437, 4º piso, Buenos Aires.
Tels.: 46-4385/4419/4484

© HYPAMERICA EDICIONES DE ARGENTINA, S.A., 1984
ISBN: 950-752-037-6 (obra completa)
ISBN: 950-752-104-6 (tomo I)

Queda hecho el depósito de Ley.

1. La fundación de La Plata

Para iniciar *Nuestro Siglo* se ha elegido el tema de la fundación de La Plata porque constituye una clara expresión de la audacia y de la fe en el futuro de la generación del ochenta. La voluntad del pueblo bonaerense de darse una capital más espléndida que Buenos Aires se concretó en esa ciudad que, surgida de una mísera realidad de lomadas y bañados vacíos, ganaría la medalla de oro de la Exposición Universal de París de 1889. Y si bien ciertas expectativas fracasaron y el Estado tuvo que tomar a su cargo algunas deudas, La Plata permanece como vivo testimonio del ímpetu de aquellos hombres, capaces de afrontar sin titubeos las más gigantescas empresas.

La fundación de La Plata fue una decisión política que además implicó, entre otras cosas, una renovación arquitectónica, representativa de la voluntad del pueblo bonaerense de darse una capital más espléndida aún que Buenos Aires, que se constituyera en paradigma de modernidad y dinamismo. Después del fracaso del alzamiento porteño de 1880, que obligó a la provincia a entregar su capital histórico -«su alma, su cabeza, su brazo», dirá Saldías- las autoridades surgidas de ese episodio se dispusieron a reparar la tremenda pérdida rápidamente, sin lamentaciones ni nostalgias.

Cinco años bastaron para que el fenómeno de la nueva sede bonaerense empezara a llamar la atención de la opinión mundial. Se la comparaba con Washington, nacida también después de una meditada decisión política destinada a afianzar el sistema federal. La Plata era, sobre todo, el mejor ejemplo de la capacidad creadora de los argentinos: moderna en su concepción urbanística, distinta en las características de su sociedad, exenta de las tradiciones hispánicas que pesaban sobre las otras ciudades del país. Resumía el espíritu «positivo» del siglo y el optimismo dispendioso de la década del ochenta.

«Me voy para La Plata / la nueva capital / que allí se gana mucho / con poco trabajar...» Esta copla, entonada por la legión de empleados públicos y albañiles italianos que fueron sus primeros habitantes, refleja la expectativa de una época cuyo orgullo se encarnaba en aquella ciudad prodigiosa, surgida como por encantamiento del suelo pampeano.

Después de la capitalización

La ciudad de Buenos Aires había sido la capital del Virreinato del Río de la Plata y la sede de los gobiernos patrios. Fue confirmada luego como cabeza de la República por la Constitución de 1853, pero los porteños rechazaron esta imposición: no querían ceder su ciudad, su aduana, sus rentas. El punto fue uno de los temas conflictivos que provocaron la separación de la Provincia de Buenos Aires del resto de la Confederación. Después de Pavón (1860) se llegó a un compromiso: el gobierno nacional permanecería en la ciudad porteña a título de «huésped», y la Provincia de Buenos Aires sería la anfitriona. La situación se prolongó a lo largo de las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Al ser vencida la insurrección

Alegoría sobre Dardo Rocha y algunos de sus colaboradores: Carlos D'Amico -el gobernador bonaerense que luego lo sucedería-, Francisco Uriburu, Faustino Jorge -ministro de Gobierno y más tarde de Hacienda- y Vicente Villamayor.

Museo Dardo Rocha



El 19 de noviembre de 1882,
día de la fundación de La Plata,
se repartieron pañuelos de seda
con el trazado de la futura ciudad
entre los concurrentes (abajo, izquierda).
Portada de la estancia de Pereyra Iraola
(pie de página, izquierda).
Viñeta: botón simbólico, también
distribuido entre los invitados.



ción de Tejedor contra la triunfante candidatura de Roca, el nuevo presidente aprovechó para terminar con el histórico problema: el Congreso Nacional sancionó la ley de capitalización de Buenos Aires, y la legislatura bonaerense no tuvo otro camino que ceder el éjido de la ciudad a la Nación.

Transcurrido este proceso, o sea, después de la derrota de las fuerzas porteñas partidarias de Tejedor -con la subsiguiente intervención federal a la provincia rebelde, la reconstitución de sus poderes y la cesión de Buenos Aires a la Nación para que fuera su capital- el doctor Dardo Ro-

cha fue investido como gobernador de la provincia, el 1° de mayo de 1881.

Rocha pertenecía al sector del Partido Autonomista que había conciliado los ideales porteñistas de Adolfo Alsina con las propuestas nacionales de Avellaneda, Roca y la liga de gobernadores provincianos que prevalecieron sobre el alzamiento de Carlos Tejedor. Descendiente de una vieja familia porteña, sería el principal responsable del proyecto destinado a la creación de una nueva capital bonaerense. Señalemos, de paso, que la palabra «bonaerense», que hasta entonces se había aplicado indistintamente para desig-

nar inclusive a los porteños, empieza desde 1880 a usarse casi con exclusividad para referirse a los negocios, habitantes y cosas de la provincia.

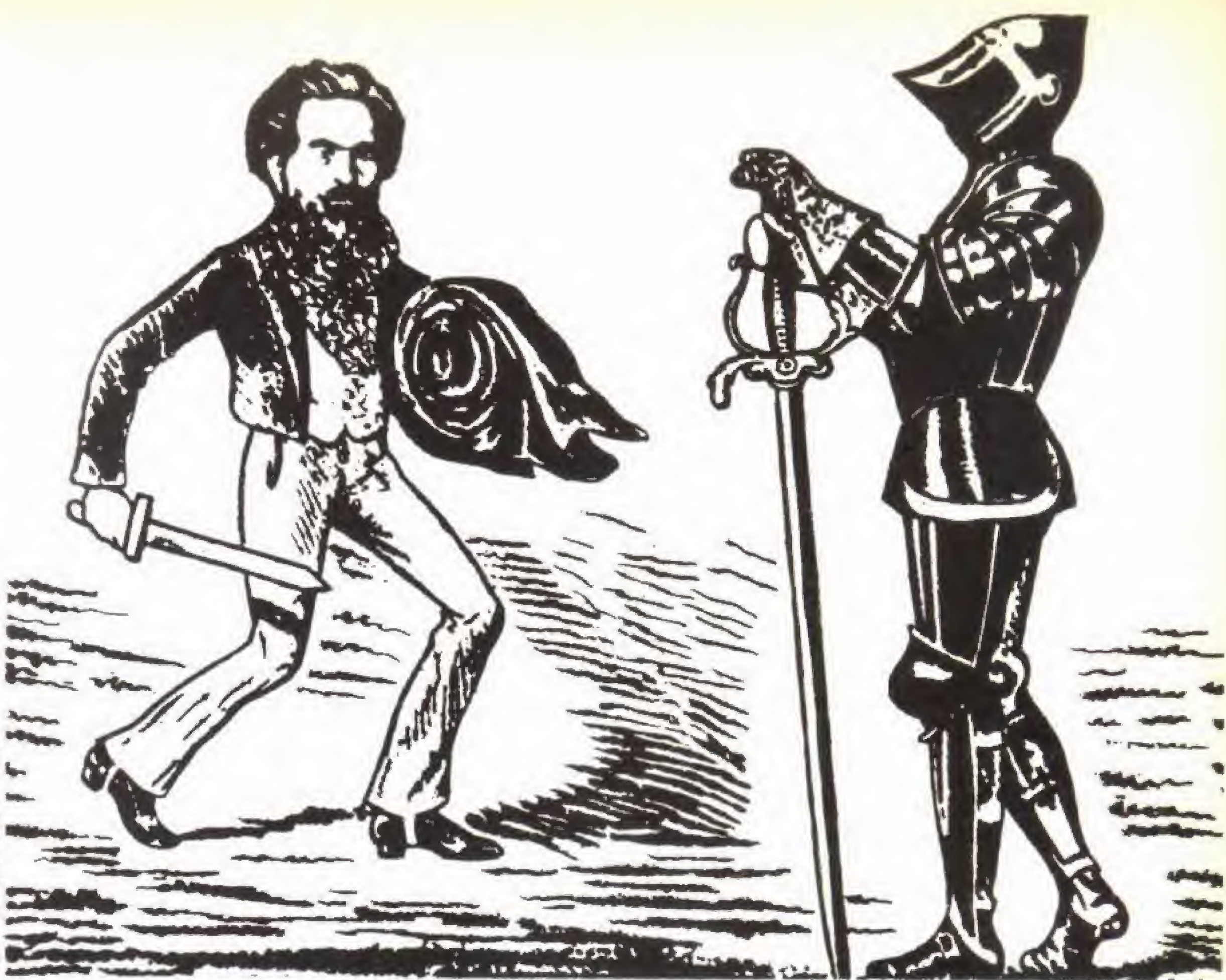
Desde que Buenos Aires fuera convertida en Capital Federal -fines de 1880- el gobierno de la provincia sesionaba y trabajaba en esta ciudad: así, se reproducía -exactamente a la inversa- la incómoda situación que habían padecido las autoridades nacionales entre 1862 y 1880. Rocha no derramó lágrimas sobre la urbe amada: reconoció que la provincia había cedido una ciudad de más de 250 000 habitantes, «uno de los más poderosos cen-



El ingeniero argentino Pedro Benoit
(pie de página 2, derecha).
Milicianos porteños de Carlos Tejedor,
vencidos por las tropas nacionales
en las jornadas de 1880 (pie de página).
Derecha: caricatura de Leandro
N. Alem, quien advirtió sobre
el peligro de quitar su capital
histórica a la Provincia de Buenos Aires.

tros de civilización de América», y la mitad de sus rentas, pero destacó que la pérdida daba la oportunidad de demostrar, una vez más, la potencia del primer estado argentino. Con sus 600 000 habitantes, con sus pueblos y ciudades florecientes, sus nuevas zonas cultivadas y su envidiable riqueza ganadera, la provincia podía afrontar el futuro con tranquilidad y optimismo. Recordó, además, que su considerable población impediría que Buenos Aires perdiera la caudalosa representación que tenía en el Congreso Nacional, argumento de capital importancia dentro del cuadro del floreciente federalismo que vivía la República.

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Caricatura de Dardo Rocha perteneciente a la colección del museo que lleva su nombre, en la ciudad de La Plata (abajo, izquierda).

José Hernández, quien le dio el nombre a la nueva capital de Buenos Aires (abajo, derecha). Oleo sobre la colocación de la piedra fundamental de la Catedral (pie de página).

Página 5: fotografía del acto de fundación de La Plata. La fiesta se malogró en parte por el intenso calor, pero de todas formas hubo carreras de sortijas y fuegos artificiales. Una de las leyendas impresas en los estandartes decía: «No basta odiar la tiranía, es necesario amar la libertad».



Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha

Estos conceptos, vertidos el 1° de mayo de 1881 ante la legislatura, fueron parte de un compromiso de trabajar con rapidez a fin de llevar a la práctica el proyecto de fundar una nueva capital provincial: «debemos esperar que en un breve tiempo levantemos una ciudad populosa y floreciente que, para las necesidades administrativas y políticas, reemplace en cuanto sea posible a la antigua capital». Y en efecto, en un plazo asombrosamente breve el proyecto se haría realidad.

Dos comisiones, designadas respectivamente por los poderes Ejecutivo y Legislativo de Buenos Aires, tuvieron a su cargo la elección del lugar apropiado para levantar la nueva ciudad. Estuvieron integradas por personalidades eminentes de la política, los negocios y las letras, entre ellos Aristóbulo del Valle, Eduardo Wilde, José M. Ramos Mexía, Eduardo Costa, José Hernández, Antonino Cambaceres y Mariano Unzué. En su estudio sobre *Dardo Rocha y la fundación de La Plata*, Roberto Musmano ha enumerado las diversas alternativas de elección que se presentaban en ese momento: una ciudad mediterránea ya existente, como Azul, Mercedes o Chascomús; una localidad portuaria marítima, como Bahía Blanca o Mar del Plata; un punto fluvial, como Zárate o San Nicolás; un pueblo suburbano, por ejemplo San Isidro, San Fernando o Belgrano.

Los estudios revelaron las deficiencias de todas estas localidades: unas, por encontrarse demasiado lejos; otras, por carecer de comunicaciones con el resto de la provincia o por no estar emplazadas cerca del centro geográfico del territorio. En definitiva, la comisión se inclinaba por que la nueva capital fuera, además, puerto marítimo. De esta manera estarían en condiciones de arrancar a Buenos Aires, aunque más no fuera parcialmente, los ingresos aduaneros, y de retener las ventajas del movimiento comercial.

El Partido de Ensenada, cercano a la boca del Río de la Plata y conectado con Buenos Aires a través del ferrocarril, reunía las condiciones ideales. Eso sí, era preciso fundar una ciudad desde sus cimientos, porque el sitio que «la ciencia y la política encontraron más conveniente», no era



La Plata en el Centenario

La capital provincial está demasiado cerca de la Capital Federal. Poco más de una hora basta para trasladarse a Buenos Aires, y la gente prefiere el bullicio de la Avenida de Mayo a las tranquilas y majestuosas calles de La Plata.

“Todo el vecindario lo forman unos centenares de estudiantes de su famosa universidad, muchas familias que huyen de Buenos Aires por el exagerado precio de los alquileres, y otras que adquirieron edificios o fundaron establecimientos durante el primer desarrollo de La Plata, creyendo en su grandeza futura, y ahora viven prisioneros de su propia obra. Es inútil que el gobierno de la provincia obligue a sus empleados a vivir en la capital bonaerense. Alquilan una casa, la amueblan, hacen constar con ellos su

vecindad en La Plata, y al salir por las tardes de la oficina se marchan a Buenos Aires donde tienen sus familias.

“Es lástima que esto ocurra, pues La Plata ofrece realmente el aspecto de una gran población. Hermosas avenidas dan acceso a plazas enormes, con jardines frondosos. Esta capital, completamente nueva, tiene cierto aire de noble tradición, como las poblaciones históricas del Viejo Mundo. Nada ha ocurrido en ella: sus edificios monumentales, sus calles como plazas, y sus plazas como llanuras, no guardan ningún recuerdo famoso.

“La Plata parece vieja, como las más viejas ciudades, sin haber conocido la juventud. [...] No hay en toda la América del Sur población monumental que se

parezca como ella a las metrópolis gloriosas y moribundas. Pero sólo tiene la corteza, la envoltura exterior, pues le falta algo. Vuelvo a repetirlo: es vieja sin haber sido nunca joven. Se asemeja a ciertas mujeres que saltan de la infancia a las amplitudes majestuosas y flácidas de la madurez sin haber conocido la esbelta y vigorosa firmeza de la adolescencia. [...] En una palabra: La Plata fue una equivocación de sus fundadores. No tiene comercio propio, ni vida propia. La proximidad de la Capital Federal la perjudica mucho; pero tal vez resultaría peor su situación si estuviera lejos, ya que una gran parte del movimiento actual lo debe a Buenos Aires”.

(Vicente Blasco Ibáñez, *La Argentina y sus grandezas*, Madrid, 1910)

Abajo, izquierda y derecha: tapa e interior del menú -por cierto, pantagruélico- ofrecido a los concurrentes al acto de fundación. Pie de página: el primer transporte -a vapor- que funcionó entre aquellas lomadas y bañados; se lo utilizaba para trasladar a los obreros que intervenían en la construcción de la futura ciudad.

otra cosa que montes, lomas y bañados recorridos por liebres, perdices y vizcachas, que servían de pastoreo a las haciendas de las estancias cercanas. Los únicos habitantes de esas extensiones eran los puesteros de don Martín Iraola y los pobladores de Tolosa, una pequeña localidad de 7000 habitantes fundada en el año 1872.

Entre marzo y abril de 1882 la legislatura de Buenos Aires consideró el tema de la nueva capital, que recibió entonces su nombre definitivo, La Plata, cuya paternidad se atribuye a José Hernández, por entonces ya consagrado autor del *Martín Fierro*. El nombre refirmaba la condición rioplatense de la futura ciudad, y de algún modo pretendía heredar las glorias académicas de la Chuquisaca altoperuana, que también llevaba el nombre de La Plata.

Museo Dardo Rocha



Polémicas y desdenes

Desde luego, la elección del terreno no fue aceptada por todos. Se suscitó una polémica en los periódicos porteños, y Sarmiento salió a la palestra desde las columnas de *El Nacional*, su tribuna favorita. Varios artículos del sanjuanino ironizaron sobre el menguado caudal de habitantes que aportarían Tolosa y sus vecindades: «Ni a Tolosa ni a la Ensenada ocurrirá población por orden de la legislatura de Buenos Aires, simplemente porque en cuatro siglos de descubierto aquel puerto y diez años después de estar dotado de ferrocarril, no ha podido reunir 7000 habitantes.» El vaticinio de Sarmiento aludía a los proyectos sucesivos de habilitar el puerto de la Ensenada de Barragán, que desde la época de los virreyes y la Primera Junta -pasando inclusive por Guillermo Wheelright- habían procurado activar la boca del Plata.

Y seguía Sarmiento: «Tolosa no será nada porque se pone cerca de Buenos Aires. Los diputados irán por las mañanas en ferrocarril, y como sólo cada dos días se reúnen, por cuatro meses regresarán a Buenos Aires a la ópera.» Costaría una millonada levantar calzadas, cegar pantanos e instalar aguas corrientes por un capricho político explicaba el sanjuanino. Sin duda, no advertía la pujanza de la primera provincia argentina; y no veía todavía los

Museo Dardo Rocha





Museo Dardo Rocha



Izquierda: el escudo de la ciudad, aprobado el 17 de abril de 1891.
Trabajos de construcción:
momento de la colocación de la piedra fundamental de la Casa de Gobierno (abajo); vista de la calle 1 en los primeros meses de la fundación (pie de página).
Viñeta: otra caricatura de Rocha.



Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha

La Plata, prisión y ternura

Conocí La Plata en una circunstancia muy especial y desde una óptica que espero no se repita nunca en mi vida. La primera vez que estuve allí fue en un camión celular, donde nos apiñábamos algunos estudiantes y algunos trabajadores complicados en la huelga ferroviaria de 1951.

De la ciudad, no alcancé a ver nada. Percibí que el vehículo se detenía y torcía caprichosamente su marcha, y atribuí este errático itinerario a las famosas diagonales; luego, un *flash* de árboles antes de entrar al Departamento de Policía. Allí estuvimos algunas semanas, conviviendo con una variada fauna de procesados, entre ellos algunos inolvidables personajes, muy conocidos en La Plata, que de algún modo nos traían en sus larguísimas conversaciones algo del estilo pueblerino de la ciudad de Rocha. Tiempo más tarde, el mismo grupo fue transferido a la cárcel de Olmos, y otra vez la ciudad fue un trasfondo más intuitivo que visto.

Pero cuando quedamos instalados en el establecimiento carcelario, lo mejor de La Plata empezó a manifestarse a través de la solidaridad de mucha gente desconocida. Nos visitaban, nos enviaban cartas y encomiendas, nos pasaban mensajes de aliento por medio de los empleados, lograban para nosotros esas pequeñas facilidades que son la gloria de los presos: un baño caliente, una corta estadía en la enfermería, una visita en horario no reglamentario... Y en este apoyo, dos platenses fueron muy importantes: nuestros defensores, los doctores Alfredo Eric Calcagno, hijo de quien había sido presidente de la Federación Universitaria, y Amílcar Mercader, que años después sería ministro de la Corte Suprema.

Un 21 de septiembre, día de la primavera y del estudiante, salimos en libertad. Entonces sí, La Plata apareció en todo su esplendor ante mis ojos y los de mis compañeros. Las calles que habíamos tratado de identificar durante los traslados, ahora eran un territorio libre ennoblecido por tilos opulentos y transitado por muchachas hermosas. La Plata ciega y muda de meses atrás aparecía como una ciudad acogedora y alegre, en cuyas casas se nos recibía con cariño y generosidad. Aquella inexistencia del otro lado de las murallas cobraba vida y podíamos andar por esa calle 7 de la que tanto nos habían hablado, internarnos por el bosque, admirar la Catedral, asomarnos al Teatro Argentino: La Plata cárcel era ahora La Plata hogar...

Desde entonces guardo un especial cariño por esa ciudad cuyo aire la identifica con tanta nitidez, a pesar de su cercanía a Buenos Aires. En mi espíritu, su belleza y modernidad están siempre asociadas a la opresora sensación del encierro, pero también a la maravillosa plenitud de la libertad recobrada.

Espero que me sea perdonado este recuerdo tan personal. Como director de esta colección, he querido hacerme presente en su primer fascículo con esta memoria de La Plata, que fue mi prisión y mi amparo, cuya ternura descubrí hace muchos años, en una angustiosa y tensa circunstancia de mi vida ■

Félix Luna

Historiador, director de *Nuestro Tiempo*

Museo Daniel Rocha

Museo Daniel Rocha

tiempos prósperos que se avecinaban. Acertó, en cambio, como se verá más adelante, en sus sombríos pronósticos respecto de la actividad portuaria de la Ensenada, y también, aunque parcialmente, en cuanto a la dificultad de arraigar una población numerosa en la nueva capital de la provincia.

Entretanto, sin hacer mucho caso a estos y otros desdenes, las autoridades provinciales habían fijado fecha para la fundación de La Plata. Sería el 19 de noviembre, fiesta de San Ponciano, patrono de la ciudad. La piedra fundamental debía colocarse en una urna que sería enterrada en el centro de lo que habría de ser, con el tiempo, la plaza principal.

Febrilmente comenzaron los preparativos de la ceremonia, que se había proyectado para que tuviera una gran majestuosidad.



Dos momentos de la construcción de la ciudad. Los portales del hipódromo ya erigen sus perfiles suntuosos en medio de la pampa (izquierda). Mientras tanto, las estructuras de los edificios públicos van quebrando día a día la monotonía del paisaje bonaerense (abajo, centro).



Se abovedó con conchillas el trayecto entre la estación y la plaza, y se cursaron las invitaciones generosamente. Pero la fiesta tuvo baches lastimosos que la prensa opositora se apresuró a destacar. Ante todo, faltó el padrino, el presidente de la Nación: el general Roca se hizo representar por el ministro Victorino de la Plaza. Pero lo que malogró la fiesta fue el calor: la jornada resultó tan bochornosa, que el gigantesco asado se arruinó y los invitados y los visitantes de los pagos vecinos volvieron hambrientos y sofocados a sus casas... «Aquello no fue una fiesta sino un martirio -afirmaba la crónica de *La Nación*. Con decir que hasta el agua se vendía... Se llegó a cobrar cinco pesos por un vaso de este líquido, y a pagarlos con gusto los que lo conseguían...» Con todo, la ceremonia siguió adelante, con carreras de sortija y fuegos de artificio. La estructura levantada en la plaza, que los

La renovación arquitectónica

El decenio que se inicia en 1880 se caracterizó por un incipiente poblamiento de la costa patagónica y fueguina, el desarrollo de los valles del río Negro y del Chubut, y el crecimiento demográfico de las catorce provincias tradicionales, con mayores densidades en el litoral fluvial, particularmente en la Provincia de Buenos Aires, donde los principales generadores de pueblos eran las estaciones de ferrocarril. El crecimiento económico del país hizo que centros portuarios agroexportadores, como Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca, progresaran. También en esta década se forma La Plata, nueva capital bonaerense emplazada junto al puerto de la Ensenada y, en otro orden de cosas, comienza la actividad de esparcimiento en Mar del Plata, localidad pampeana que evoluciona como centro turístico con específicas características arquitectónicas.

Hubo muchas trazas urbanas nuevas, pero persistieron los amanzanamientos en cuadrículas, salvo excepciones como Adrogué (1872), fundada a 19 km al sur de Buenos Aires, y La Plata (1882). Ambas presentan la novedad de sus diagonales. Otras tendencias urbanísticas de entonces, eran el mayor ancho de las calles, el arbolado de las aceras, los *boulevards* con sus *squares* o plazoletas alargadas sobre la franja central de la calzada y la mayor amplitud de plazas y paseos públicos.

La arquitectura se caracterizó en todo el país, por el eclecticismo historicista y su pluralidad de estilos, según el gusto y normas de las academias europeas; en la construcción de templos se va imponiendo el neogótico y en la arquitectura doméstica de la mayoría de las ciudades

persiste en los patios y las fachadas neo-renacentistas, moduladas por cornisas y pilastras cuya sucesión rítmica a lo largo de las cuadras, acompañada por las improntas verticales de las ventanas enrejadas y las puertas de los zaguanes, creaba una inconfundible imagen de orden. A diferencia de ese paisaje urbano clasicista, en los alrededores de Buenos Aires y en Mar del Plata surge otro concepto espacial, pintoresquista y suburbano, asociado a la idea de recreación; allí, quintas y chalets de volumen compacto y perímetro libre se emplazan entre parques y jardines, desapareciendo de esta manera las medianeras y los fuertes planos de fachadas.

En La Plata, las viviendas debían iluminarse junto a las aceras. Solamente los edificios públicos estaban rodeados de jardines, y se los había proyectado con volumen independiente y perímetro libre, pero su estilística clásica y escala monumental tendía invariablemente a destacar y valorar su jerarquía cívica.

En Buenos Aires hay entonces una impactante renovación urbana y arquitectónica: se abre la Avenida de Mayo, con su rica perspectiva y se construyen edificios públicos monumentales. Pero, a diferencia de La Plata, quedaron alineados junto a las aceras sin destacar valorativamente sus méritos arquitectónicos. Sin duda, en Buenos Aires, pudo más la trama tradicional. ■

Alberto S. J. de Paula

Arquitecto e Historiador. Subdirector de Archivo y de Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Autor de *Arquitectura del litoral patagónico* y de *El plan La Plata y su planificador*.



Diseño para la futura Catedral de La Plata

Izquierda: bosquejo de la futura Catedral, cuyo estilo gótico, recuerda los grandes templos medievales: Abajo, izquierda: las bases de las columnas ya han despuntado del nivel del suelo. Al centro, derecha: las viviendas que ocupaban los operarios ofrecían un confort poco común para la época.

Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha

fotógrafos recogieron para la historia, estaba constituida por palcos, arcos triunfales y leyendas como «Paz y libertad»; «Orden y progreso»; «Vías de comunicación y vida municipal»; «Educación común y sufragio libre»; «No basta odiar la tiranía, es necesario amar la libertad». Como se advierte, todo un programa ideológico, coherente con la iniciativa que empezaba a concretarse en medio de los calores de la jornada, que, de hecho, deberían haber sido previstos dado lo avanzado del mes de noviembre.

Y así empezó la «ciudad milagro». A fines de 1884 los poderes públicos de la provincia se instalaron en La Plata. Los edificios estaban a medio terminar y los muebles fueron ubicados como se pudo: probablemente, el apuro se debía a presiones del gobierno nacional, cuyo titular no compartía las aspiraciones presidenciales de Dardo Rocha. Sea como fuere, los informes del Departamento de Ingenieros, los periódicos, los relatos de los viajeros y la cámara fotográfica, fueron registrando, semana tras semana, mes tras mes, año

tras año, los espectaculares progresos de La Plata.

El prodigio de las pampas

La nueva capital bonaerense fue un auténtico prodigio edilicio, urbanístico y demográfico. En 1882 tenía 7000 habitantes; para el Centenario, su población ascendía a 100 000 almas. En 1882 la población de Tolosa disponía de una única escuela de educación primaria; en 1910,



En muy poco tiempo, el edificio de la Dirección de Escuelas de la provincia ya ha definido su estilo renacentista italiano (abajo) y la Casa de Gobierno sus formas renacentistas francesas (abajo, centro).
Viñeta: una invitación al acto de fundación de la ciudad.



la Universidad Nacional de La Plata, con sus secciones de Derecho, Ciencias Jurídicas y Sociales, Historia, Filosofía y Letras, Pedagogía, Agronomía, Museo y Observatorio Astronómico, nucleaba a un conjunto de sabios famosos en toda América. Las comparaciones podrían extenderse a otros rubros, siempre en términos triunfales. Mientras tanto, el puerto de la Ensenada mantenía un movimiento mínimo, incapaz de competir con el de Buenos Aires, por entonces uno de los de mayor movimiento en América.

El impulso con que había surgido la ciudad se debió a varios factores, entre ellos, la premura con que se abrieron los concursos internacionales para proyectar los edificios públicos. En este aspecto, un concepto decididamente moderno presidía las instrucciones del Poder Ejecutivo, y tal concepción se advierte tanto en el carácter monumental que se infundiría a la ciudad -la preocupación por los espacios verdes, las calles anchas, las plazas numerosas y el trazado original, susceptible de ensancharse o prolongarse- como

en las exigencias higiénicas del proyecto, evidenciadas en el requisito de que el diseño brindara facilidades para la limpieza diaria, la extracción de residuos y la provisión de agua.

Las bases del concurso para edificios públicos se enviaron a varios países europeos y también a los Estados Unidos, Brasil, Chile y Uruguay: La Plata ganaría, en 1889, la medalla de oro en la Exposición Universal de París, como modelo de urbanismo. Pero es curioso destacar que los

El imponente Palacio de Justicia -según una postal de la época- a poco de culminada su construcción (abajo). Vista de la vieja estación de trenes y sus alrededores (pie de página), sólo algunos años después de la fundación. Aunque no todas las expectativas se habían cumplido, la ciudad creció con una rapidez asombrosa.



principales edificios se diseñaron en abstracto, sin conocimiento previo del lugar y presuponiendo la semejanza del paisaje pampeano: así, la nueva capital ratificaba su origen intelectual, voluntarista, fruto de una decisión política, como se ha dicho al principio. En cuanto a las ciudades argentinas, La Plata reconocía un único antecedente: Adrogué, construida en la década de 1870 como pueblo suburbano de veraneo. El plano oficial de la nueva capital, atribuido al ingeniero Pedro Benoit, dividía la superficie prevista en una red de calles de 18 m de ancho que se cortaban en ángulo recto, diez avenidas de 30 m de ancho paralelas a las anteriores, y cuatro diagonales; además, una avenida de circunvalación de 90 m, a lo largo de la cual se proyectaba una línea de ferrocarril, tres parques y dieciséis plazas. Aportaba, por otra parte, una novedad absoluta: la planificación del terreno destinado a quintas, chacras, industrias, red de comunicaciones y puerto de ultramar, un antecedente para estudios regionales que se hicieron con posterioridad.

Bastaron sesenta millones de pesos aprobados por la legislatura para iniciar los trabajos. Para la mano de obra, contratada en Italia, se construyeron casillas de madera, que fueron las primeras viviendas. En pocos meses, La Plata se convirtió en un inmenso campamento, habitado por un ejército de obreros. Funcionaban más de cien hornos para fabricar ladrillos; se abovedaban las calles, se las empedraba o adoquinaba, se establecían servicios de aguas corrientes, cloacas y alumbrado eléctrico -inexistente hasta entonces en otras ciudades argentinas- y se daba comienzo a la gran calzada que uniría el puerto de Ensenada con la nueva ciudad. No hubo muchas críticas por los gastos que demandaban las obras: Adolfo Saldías, en *Un siglo de instituciones*, estima que la mayor parte se pagó con la venta de terrenos, y se muestra deslumbrado por la magnitud de la empresa y por la visión de aquellos edificios grandiosos, de gruesos volúmenes, que surgían mágicamente en medio de la llanura.

Cada una de estas construcciones responde a un estilo arquitectónico diferente, rigurosamente europeísta. El palacio municipal fue concebido siguiendo las líneas

del renacimiento alemán; elementos germánicos se advierten también en la legislatura, cuyas obras dirigió el arquitecto Carlos Nordmann; la catedral es gótica; el palacio de gobierno, del renacimiento francés, con mansardas de pizarra y dependencias distribuidas en torno de dos patios interiores. La estación central (actual Pasaje Dardo Rocha) responde al neorrenacimiento italiano. Sólo lo español, de cualquier período, estuvo excluido de la arquitectura platense...

Pronto comenzaron a aparecer comentarios elogiosos. En 1885, un viajero observaba que en la nueva capital todo edificio parecía tener una fisonomía propia acorde con sus funciones, de modo que a vista de pájaro la casa particular se diferenciaba del edificio público, la escuela del teatro y la caballeriza del estudio del artista. Agregaba ejemplos: los bancos Hipotecario y de la Provincia de Buenos Aires, cuya sobriedad de líneas y solidez resultaban adecuadas para asociarlas a enormes cajas para guardar caudales...

Santiago de Estrada escribía por entonces: «Llegamos a La Plata dudando, y hemos salido soñando [...] Si La Plata no fuera la demostración tangible, monumental, de las proezas realizadas a la inquebrantable voluntad de un patriota, parecería [...] la ciudad entrevista como en sueños por una mentalidad exaltada por la monomanía de grandezas». Esta grandeza conmovió también a quien fuera el primer crítico del proyecto platense. En 1886, luego de visitar por tercera vez la ciudad, Domingo Faustino Sarmiento se entusiasmó al comprobar que allí todo era «desmesurado, colosal, como para un pueblo de gigantes. Siéntese el visitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado, porque La Plata es el pensamiento argentino tal como viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se dé cuenta de ello». Así, uno de los miembros más conspicuos de la generación de la organización nacional ponderaba el proyecto urbanístico más ambicioso de la generación del ochenta.

Mientras se iba convirtiendo en realidad, La Plata cobraba dimensión y vida propia, a pesar de haber nacido sin infancia

Museo Dardo Rocha



Izquierda: Carlos D'Amico, segundo gobernador con asiento en la nueva ciudad. Fue sucedido por Máximo Paz, quien debió afrontar graves acusaciones. Muchas de ellas se refirieron a la construcción del puerto de Ensenada (abajo).

Pie de página: diploma de la colectividad italiana a Dardo Rocha.

Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha



previa. Comenzó a tener conciencia cultural y a elaborar su leyenda. También la tuvo Dardo Rocha, como corresponde a todo fundador de urbes célebres, desde Roma en adelante. La leyenda de Rocha relata que, dos años después de la fundación, aún no se había edificado en el terreno que el propio fundador se reservó, a un costado de la plaza Moreno. Su colaborador en el gobierno -y futuro sucesor- Carlos D'Amico, se lo reprochó públicamente, acusándolo de falta de fe en su propia obra. Picado en su orgullo, Rocha convocó a los presentes a almorzar en su residencia cuarenta días después. Y el 1° de enero de 1885 el convite pudo realizarse en su casa, recién concluida, en el solar que un mes antes había sido un baldío... La casa del fundador se conoció desde entonces como «la de los 40 días», pero Rocha nunca la habitó permanentemente. Mantuvo su residencia en Buenos Aires, en su palacete de Lavalle al 800, demolido hace pocos años. Le costaba despegar de la ciudad de sus antepasados, y lo mismo le ocurría a muchos de los funcionarios y empleados públicos de la nueva capital. Pese a todo, La Plata aumentó su población considerablemente.

Otra leyenda platense tiene que ver con D'Amico, el segundo gobernador que residió allí. La crónica periodística registró con asombro la inauguración de su casa particular, en febrero de 1887. Los invitados recorrieron el palacio, estilo renacimiento italiano, y admiraron la suntuosidad del edificio: su comedor decorado con murales, aparadores de nogal tallado, estufa de mármol negro, bañadera circular, caballerizas, jardín de invierno y hasta cancha de pelota. La opinión pública juzgó con severidad el lujo de la residencia, «digna de los sátrapas de Oriente». El eclipse de semejante sibaritismo llegó muy rápido: treinta meses después de la fastuosa inauguración, dos carteles fijados frente a los muros del palacio anunciaban que allí se alquilaban departamentos para hombres solos, y que la cancha de pelota era de uso público. *Sic transit...* El colapso financiero previo al noventa había golpeado al pretencioso gobernador, cuyo sucesor, Máximo Paz, enfrentaba gravísimas acusaciones sobre negociados con el puerto de Ensenada, la venta del Ferrocarril del Oeste y otros asuntos

El ocio de los porteños

A fines del siglo XIX, el ocio de los porteños, una necesidad de los elegantes imitada del modelo europeo, creó dos villas veraniegas de características definidas.

Una de ellas, Mar del Plata, fundada en los campos de Peralta Ramos en 1874, se había transformado diez años más tarde en una villa pintoresca, de tejido urbano abierto y parcelas generosas, donde se levantaban los primeros chalets de estilo normando. El gobernador Dardo Rocha, interesado en el proyecto marplatense, se preocupó por hacer que el ferrocarril llegara hasta la flamante villa, cosa que ocurrió en 1886. A partir de entonces, los integrantes de la élite porteña pudieron trasladarse con más comodidad a tomar baños de mar en las aguas del Atlántico.

La otra población veraniega, ésta de carácter suburbano, fue Adrogué. Su esquema, encargado a los arquitectos Nicolás y José Canale, consiste en una cuadrícula cortada por dos diagonales que en su intersección dan lugar a la plaza principal; cuatro plazas menores y simétricas respecto a la central focalizan las

perspectivas desde todos los ángulos. Pero el espíritu de esta ciudad, uno de los mejores ejemplos de la traza barroca en nuestro medio, podría sintetizarse en la residencia del fundador, Esteban Adrogué, más tarde convertida en el Hotel Las Delicias, testigo de las bellas épocas de muchas generaciones de porteños. ■



Portón del Hotel Las Delicias, en Adrogué.

de dudoso trámite, que ensuciaban toda aquella gesta prodigiosa de la fundación de la ciudad y el hecho de que se hubiera concretado en un plazo sorprendente.

El puerto, la cultura

El puerto de Ensenada, ya lo hemos señalado, había creado interesantes expectativas de tráfico comercial, por su proximidad al Atlántico. La construcción demandó sumas enormes, entre ellas un empréstito de dieciocho millones de pesos oro en 1888 y otro de cincuenta millones de la misma moneda en 1889. Gra-

cias a esta catarata de oro se terminaron las obras, pero los resultados, desde el punto de vista comercial, fueron magros: en 1905 el gobierno nacional tuvo que hacerse cargo del puerto... y de la deuda pendiente.

En cambio, las expectativas culturales centradas en La Plata, la nueva Chuquisaca, vieron frutos más generosos. Como lo ha destacado Enrique M. Barba, la nueva capital empezó a cobrar conciencia de su identidad cultural muy precozmente. Ya en 1884 aparecía el diario *El Día*; en el mismo año se inauguraban las obras del Museo de Ciencias Naturales,



Palco del Teatro Argentino, inaugurado en 1890. Fue planeado y dirigido por el italiano Rocchi (izquierda). Otro de los diplomas otorgados a Rocha (abajo, derecha). Interior del Museo de Ciencias Naturales (izquierda, al centro). El Cordoan, primer buque de gran calado que entró en Ensenada (derecha, al centro).



Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha



Museo Dardo Rocha

supervisadas por Francisco P. Moreno, el ya legendario explorador de la Patagonia. También en 1884 se funda el Colegio Provincial, dirigido por el sabio italiano Matías Calandrelli. En 1885 se inicia la publicación de la *Revista de La Plata*, dirigida por Juan Mariano Larsen. Dos años más tarde debuta en la sala del Apolo, con su presencia consagratoria, la actriz Sara Bernhardt; y el payador Gabino Ezeiza se presenta en teatros de títeres, convocando a grandes multitudes.

La crisis del noventa impide que la universidad provincial, creada por decreto del gobernador Paz ese mismo año, pueda

iniciar sus actividades. Quince años demorará su puesta en marcha, y en 1905, ya nacionalizada, comenzará a funcionar en plenitud. La Universidad Nacional de La Plata iniciará entonces una trayectoria no diferente a la de su antecesora de Chuquisaca, pues así como ésta fue, en la época colonial, un foco de atracción de la juventud estudiosa del Virreinato del Río de la Plata y un fermentario de ideas renovadoras, la creación de Joaquín V. González atraerá a los jóvenes del interior del país y también de los países hermanos de América del Sur y será, en los finales de la década del diez, el ámbito donde se realizarán las mejores y más fecundas ex-

periencias del movimiento de reforma universitaria.

Hacia fines del siglo pasado, La Plata ya era una sólida realidad urbanística, política y económica. Tenía una sociedad propia, orgullosa de su radicación, que se jactaba de sus calles iluminadas con electricidad y de su Teatro Argentino, inaugurado en noviembre de 1890 con la puesta en escena de *Otello*, acontecimiento que marcaría el inicio de una larga trayectoria en el arte lírico que sólo la fatalidad de un incendio pudo detener, muchos años más tarde. Una sociedad nueva, sin la carga de tradiciones ante-

El pasaje Dardo Rocha es el motivo de otra postal de fin de siglo (abajo). Pintura del cielorraso de la Casa de Gobierno: imagen del gran sueño que los argentinos habían logrado concretar fundando una ciudad sin precedentes (pie de página). Viñeta: un reconocimiento enviado desde Inglaterra a Dardo Rocha.



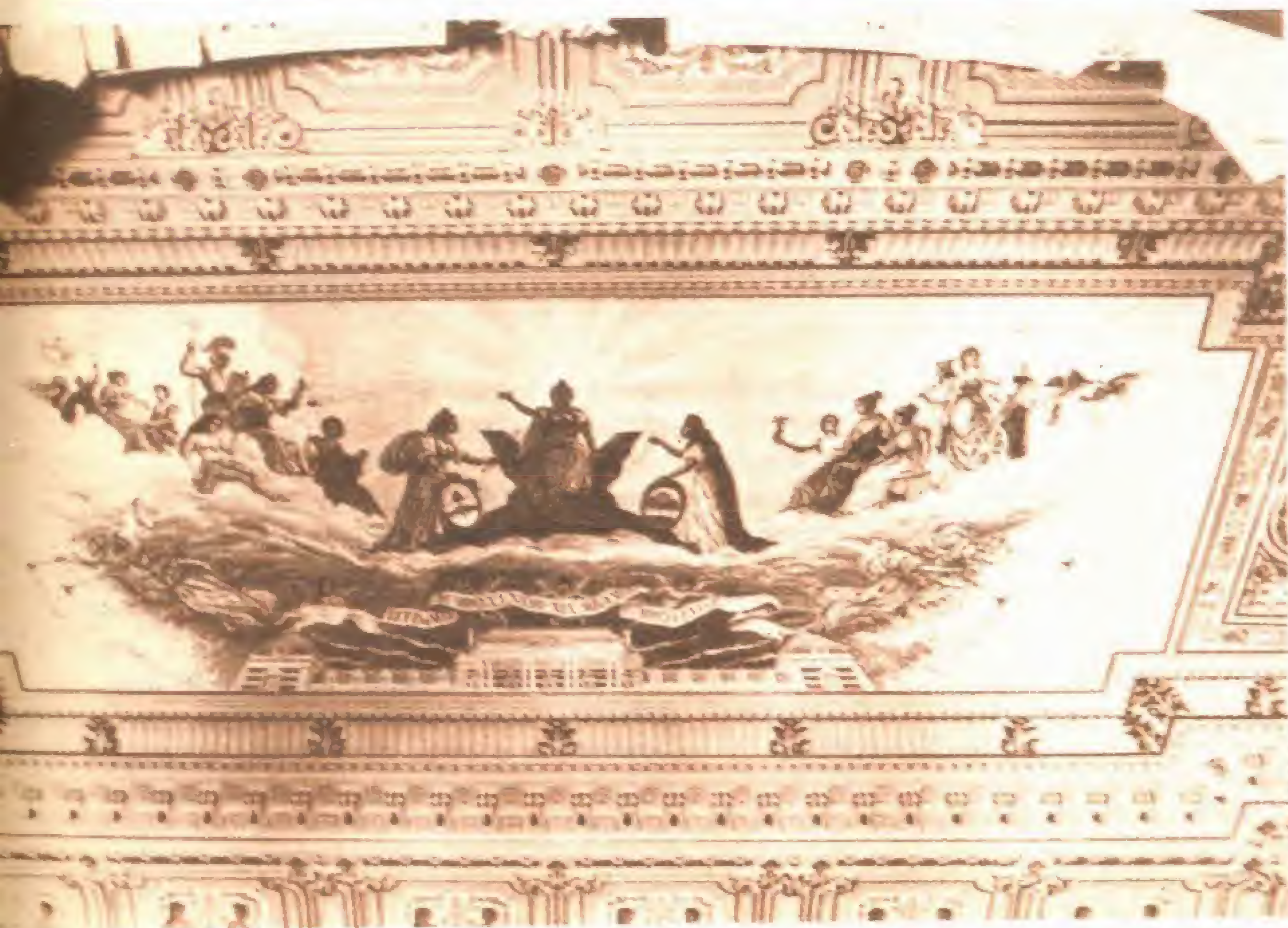
riores que hiciera difícil su fluidez, en la que se destacaban algunos hombres que le daban lustre, como Pedro B. Palacios -Almafuerte- o, años más tarde, el novelista Benito Lynch. Una comunidad que incluso podía alimentar su memoria con hechos de armas, como los que ocurrieron en 1893, cuando la revolución organizada por Hipólito Yrigoyen ocupó el gobierno por unos pocos días. Así, ennoblecido por los tilos y refrescado por el hermoso bosque -la leyenda también dice que Dardo Rocha exigió que se lo proyectara e iniciara- el paisaje urbano de La Plata tenía características únicas en el conjunto de las ciudades argentinas.

La audacia y la fe

Hemos elegido el tema de la fundación de La Plata para iniciar esta obra porque esta iniciativa fue una genuina expresión de la audacia y la fe en el futuro que caracterizaron a la generación que en 1880 tomó las riendas de una Argentina que culminaba su organización política y jurídica.

Más que una ciudad, más que el fruto de una decisión política destinada a proveer la capital que necesitaba la Provincia de Buenos Aires, La Plata es, entonces, el permanente testimonio del estado de ánimo colectivo de aquella época, capaz de afrontar gigantescas empresas: la conquista del desierto, la explotación racional de la pampa húmeda, la popularización de la instrucción primaria, la inserción del país en los circuitos mundiales de la producción y el consumo. Y también la erección de una hermosa urbe a partir de la mísera realidad de extensas lomadas y bañados vacíos.

Al empezar la crónica de esta centuria argentina, nos ha parecido que la evocación de la proeza platense puede ser una fuente de estimulante inspiración para nuestros lectores, y un ejemplo de la manera como se construyen las naciones. Y también, por qué no, un homenaje a la visión de aquellos hombres audaces y ejecutivos, que no dudaron en concretar la imagen de un gran sueño argentino con piedras y ladrillos ■



2. La conquista del Chaco

Alrededor de 7000 años a.C., algunos pueblos de cultura pámpida y fuéguida ocuparon el desierto verde chaqueño. Sus descendientes -tobas, matakco-mataguayos, mocobíes, abipones, chiriguano-chanés- eran los únicos pobladores del bosque tropical e impenetrable cuando llegaron los españoles. Trescientos años después, las autoridades de la Confederación Argentina comenzaron a interesarse por los misterios del Gran Chaco, más por necesidades políticas que por vocación colonizadora. Finalmente, el siglo XX encontrará a esas viejas razas convertidas en patéticas minorías, vencidas y miserables. La ley del más fuerte nuevamente había triunfado.

A mediados de 1883 el coronel Ignacio Fotheringham, veterano de la guerra del Paraguay y de la conquista del desierto, se enteró de su nuevo destino: sería gobernador del territorio del Chaco. En su libro *La vida de un soldado* irónicamente recuerda: «Uno de los días más felices de mi vida... ¡Contaban horrores de aquella comarca tropical! Fiebres palúdicas, calores infernales, mosquitos y todo el acompañamiento de males que infestan aquellos lugares y que hacen un infierno de la vida humana...»

Sin embargo, a medida que avanzan las páginas de sus memorias, Fotheringham torna casi poética su prosa. Al evocar el paisaje donde había pasado seis años -y en cuyas soledades recibiera su ascenso a general- el desierto verde lo va conquistando. Su espíritu de inglés aventurero se sintió fascinado por ese territorio, que se extendía desde los contrafuertes andinos hasta el Paraná, habitado hasta entonces casi exclusivamente por tribus aborígenes. Escenario de una guerra implacable que venía desarrollándose desde los inicios de la conquista hispana, a partir de

1884 se incorporaría definitivamente al patrimonio de la República. Pero esa incorporación se logró a costa de los primitivos pobladores de la región.

El verde refugio chaqueño

Una multitud de parcialidades indígenas poblaba el Chaco en la década que se inicia en 1880: tantas, que algunos especialistas han elaborado la teoría de que la región fue un auténtico refugio para las corrientes migratorias más dispares, el abrigo inmejorable para las minorías perseguidas, y el centro óptimo para la subsistencia de quienes encontraban sus principales recursos en la caza, la pesca y la recolección.

Unos 7000 años a.C., pueblos de cultura pámpida y fuéguida -cazadores y recolectores- ocuparon el territorio chaqueño, que en los períodos pluviales había sido un gran lago. Milenios después comenzaron las influencias amazónicas, con la llegada de tribus del grupo arawak, tupí y guaraní, que practicaban una rudimenta-



Biblioteca Municipal Manuel Gálvez

La necesidad de ganar territorio a los paraguayos forzó al gobierno argentino a llevar adelante la organización del Chaco. A partir de la designación de Manuel Obligado como comandante de la frontera norte (1870), las expediciones se fueron sucediendo, haciendo que los aborígenes fueran perdiendo posiciones.



El jesuita alemán Florian Paucke fue destinado a ejercer su misión entre los indios mocobíes que habitaban el norte santafesino y el Chaco austral. Es el autor de esta acuarela -Boleando baguales- pintada en 1752 (abajo). Pobladores indígenas del Gran Chaco (pie de página y página 19). Viñeta: zorro tricolor (Félix de Azara).

ria agricultura. Descendientes de estas culturas prehistóricas poblaban el Gran Chaco cuando llegaron los españoles.

Los matabo-mataguayos se habían establecido en el Chaco salteño, entre los ríos Pilcomayo y Bermejo. Recolectaban raíces, miel silvestre, higos de tuna, y cazaban y pescaban la abundante fauna local. Practicaban cantos y bailes rituales, algunos vinculados al tiempo de la cosecha, especialmente de la algarroba. Se vestían con faldas y camisas de cuero, adornos de moluscos, tatuajes y tobilleras de plumas de avestruz; vivían en chozas circulares, usaban arcos, flechas y macanas como armas de guerra. Las tradiciones matriarcales sobrevivían en la libertad sexual, previa al matrimonio, de la mujer. Sus hechiceros les enseñaban que, debido a la ruptura del «tiempo edénico», estaban obligados a esforzarse en vencer todas las circunstancias hostiles.

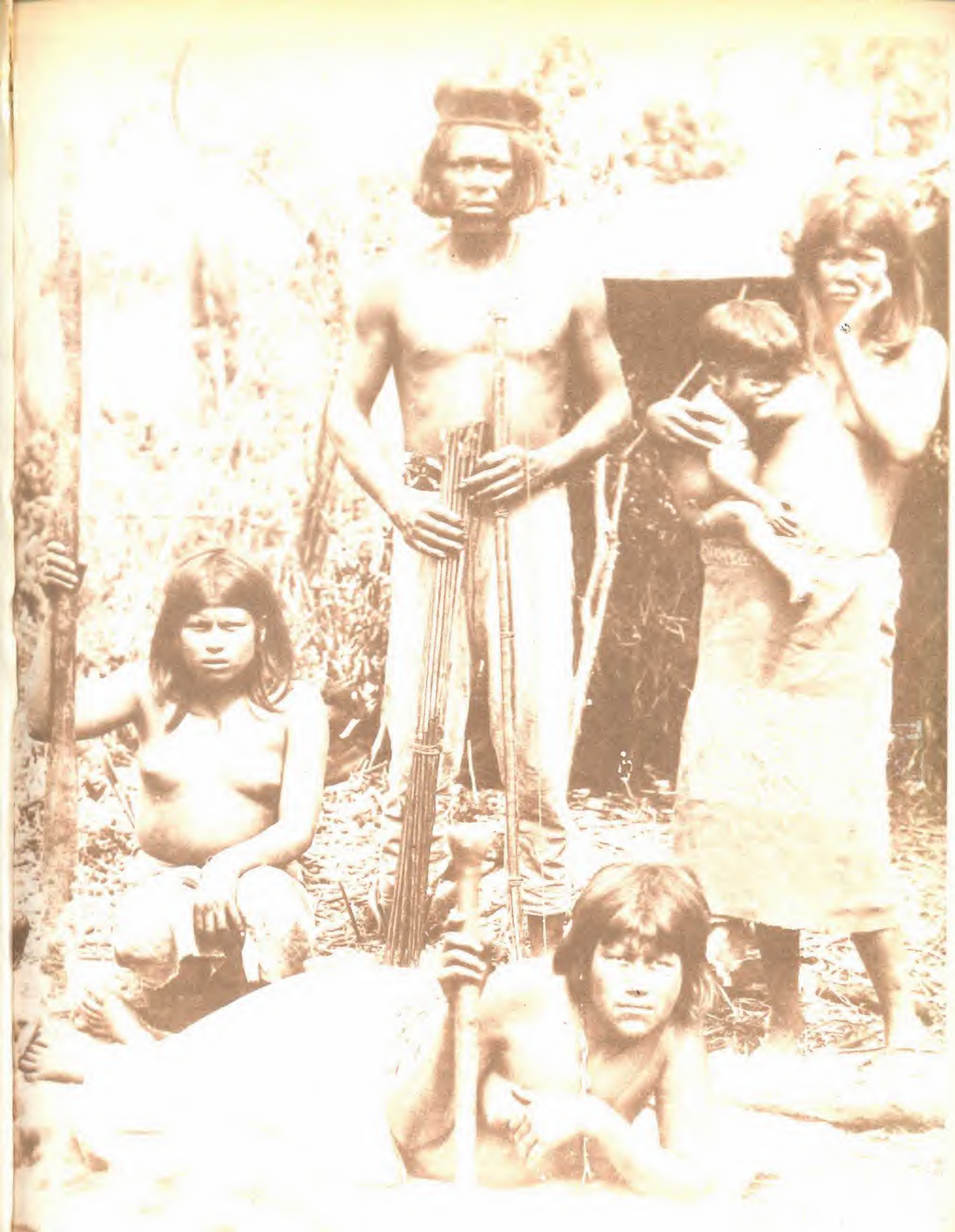
Los tobas, mocobíes, abipones y pilagás se rapaban el pelo de la frente y realizaban rituales orgiásticos. Algunas prácticas sangrientas, como la caza de cabelleras, eran comunes. Con arpones, diques y redes pescaban surubíes y otros ejemplares de la fauna ictícola de los ríos chaqueños. Sus fiestas se alegraban con el sonido de maracas, palos zumbadores, tambores, flautas y silbatos. En cuanto a los chiriguano-chané, cuyos lejanos parientes eran los arawak y tupí-guaraní del Orinoco y las islas del Caribe, recibieron, desde el siglo XV, fuertes influencias de los grupos andinos con los que estuvieron en contacto. Rotaban los cultivos y los abonaban para obtener cosechas periódicas de maíz, mandioca, batata, papas y algodón. Conocían técnicas metalúrgicas y jugaban con pelotas de caucho. Los chané, menos belicosos, permanecieron durante siglos en los enclaves fronterizos de los Andes, pero luego fueron sometidos por los chiriguano que bajaban desde el Amazonas en busca de la Kandire o «tierra sin mal». Valientes y peleadores, los chiriguano fueron una amenaza para el imperio incaico, al punto que el inca Tupac Yupanqui debió hacer construir fortalezas para detenerlos; más tarde, también los virreyes españoles del Perú se vieron obligados a tenerlos a raya. En la época hispánica, los chiriguano habían



Museo Mure



Archivo General de la Nación



Fontana, Avellaneda y los peligros del Chaco

En 1881 Luis Jorge Fontana publicó un libro titulado *El Gran Chaco*. El encargado de las palabras introductorias fue el ex-presidente de la República doctor Nicolás Avellaneda, quien dijo: «Este libro es austero y rígido. No tiene sino una sola línea, larga y uniforme. ¿Quién lo supondría escrito en medio de la selva, poblada de rumores, y no por uno de esos viajeros del Atacama, de la Pampa, del Sahara, que sólo vieron durante días “un cielo sin nubes sobre un suelo sin sombras”? Aquí no hay un reflejo para la majestad solemne del bosque, para los caprichos brillantes de la atmósfera, para la gracia de los accidentes en el curso tortuoso del río, y la soberbia grandeza del clima sólo se expresa por las tablas meteorológicas.

»El señor Fontana ha recorrido en diversas ocasiones el Chaco, teniendo encuentros terribles con sus bárbaros habitantes. La flecha del toba ha caído más de una vez sobre su débil barco, y el bramido del tigre estremecido su lecho de hojas, cuando dormía en el bosque.»

Las palabras de Avellaneda, llenas de romanticismo y reminiscencias de los libros de viaje de la época, subrayan un aspecto apenas aludido por el autor: los peligros chaqueños. No se refiere, en cambio, a las incomodidades y molestias que, tanto Fontana como otros memorialistas de la época, destacan como las circunstancias más gravosas en la vida del hombre blanco en esas regiones ■



«La Ilustración Argentina», 1885

aprendido a usar el caballo y la lanza como armas de guerra. También se trataba de un pueblo de agricultores, que se especializaba en el cultivo del maíz, su alimento básico.

A mediados del siglo XVII comienza una prolongada lucha entre las tribus chaqueñas y las pequeñas poblaciones blancas del actual territorio argentino. Hubo malones que asolaron Santa Fe, Salta y Jujuy, y destruyeron Talavera del Esteco. Los servicios de milicias que debían cumplir los vecinos españoles de toda la gobernación de Tucumán para contener a

los indios del Chaco, constituyeron pesadas cargas, aun para las ciudades más alejadas de la zona de mayor peligro, como La Rioja o Catamarca. Una precaria red de fortines intentó detenerlos. Se produjeron «entradas» y paces memorables, celebradas entre los caciques y las autoridades españolas: la que se concertó entre los jefes Nare Aleikin e Icholay, por un lado, y el gobernador de Corrientes, Patrón y Centellas, permitió la instalación de la reducción de San Fernando del Río Negro, actual Resistencia, organizada por los jesuitas. Pero la expulsión de estos (1767) agudizó el problema de los malo-



Archivo «Todo es Historia»



Museo Mitre

nes. Los aborígenes regresaron a la vida salvaje y a principios del siglo XIX el territorio del Gran Chaco, que abarcaba las actuales provincias de Chaco y Formosa, el norte de Santa Fe, nordeste de Santiago del Estero, el oriente de Tucumán, Salta y Jujuy, y parte de Bolivia y Paraguay, permanecía todavía inexplorado.

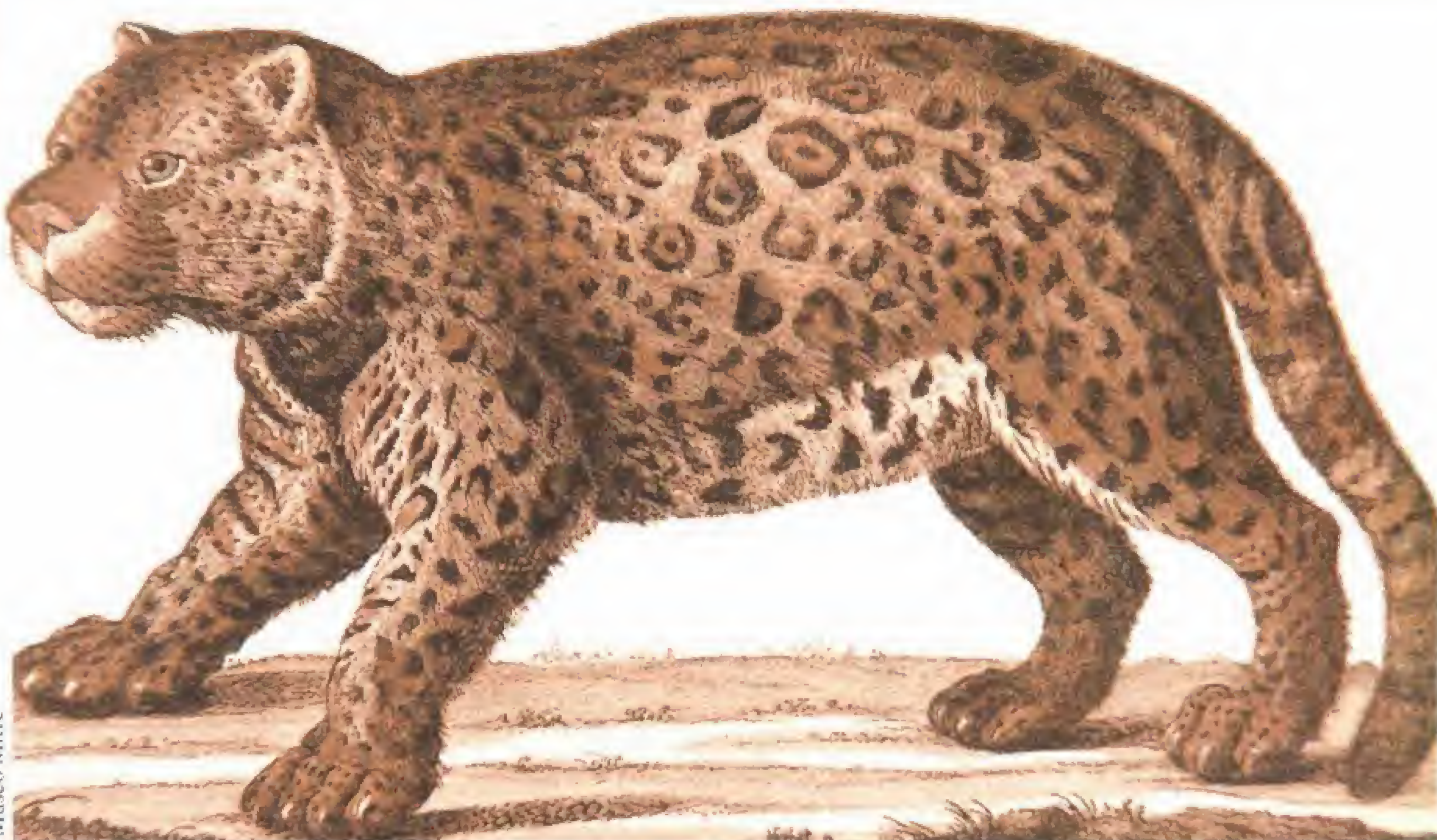
El dominio argentino

Mientras se desarrollaba el proceso de la independencia y las guerras civiles, la línea fronteriza del Gran Chaco retroce-



Manuel Obligado fue quien dio comienzo al trazado del pueblo de Reconquista, en 1872 (arriba, página 20); por entonces, el general Julio de Vedia ocupaba el cargo de gobernador del Territorio Nacional del Chaco (izquierda). Centro: toldería, según una ilustración del libro *En navegación del río Bermejo*, de Guillermo Aráoz, publicado en 1886.

El marino y naturalista español Félix de Azara publicó en París (1809) su obra *Viajes por la América del Sur*. A ella pertenece esta ilustración de un yaguararé (abajo). Pedro Ferré (centro, izquierda), gobernador de Corrientes. Zacarías Supisiche (centro, derecha) quien sirvió a las órdenes de Victorica.



Museo Mitre



Museo Mitre



«La Ilustración Argentina», 1886



dió, adentrándose en el norte santafesino. En la década comenzada en 1820, el gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, logró un acuerdo con los indígenas chaqueños: estos se comprometieron a dejar libre el territorio ubicado al este del Paraná a cambio de que al otro lado del río no se los molestara. Aquellos que quisieran permanecer en Corrientes recibirían tierras, con la obligación de trabajarlas. También tuvo trascendencia la acción del gobernador de Santa Fe, Estanislao López, quien fue recuperando progresivamente buena parte de las comarcas boreales de su provincia.

Las autoridades de la Confederación se preocuparon por avanzar sobre el desierto verde. A la década de 1850/59 pertenecen algunos testimonios notables, como el de Amadeo Jacques, educador francés llegado al Río de la Plata en 1852, que describe fortines como el del Bracho, donde los soldados, en tiempos de paz, trabajaban como agricultores. Por su parte, la escritora alsaciana Lina Beck-Bernard -que fuera esposa del fundador de la colonia de San Carlos, en la Provincia de Santa Fe- relata los empeños evangelizadores y civilizadores de los franciscanos en las misiones de Cayastá, Santa Rosa

de Calchines y San Javier, en el norte santafesino. Cayastá tenía ya una larga tradición histórica: había sido elegida por Juan de Garay como asiento de la primera ciudad que se proponía fundar, Santa Fe.

Por esa época comienzan a funcionar nuevas reducciones: en 1857 se funda una misión para los matacos entre los ríos Teuco y Bermejo; más adelante, en 1865, se instala la capilla franciscana de San Buenaventura del Monte Alto. Pero la guerra de la Triple Alianza obliga al gobierno argentino a no ocuparse de los problemas del Gran Chaco.

El 8 de octubre de 1884, Victorica desembarcó con sus efectivos en el antiguo paraje de Timbó, al que dos días después denominó Puerto Bermejo (abajo). Los baqueanos de la expedición también se fotografiaron entre el exuberante paisaje (pie de página). Derecha: soldado, según un álbum militar de la República Argentina de 1880.

Archivo General de la Nación. Colección Pillado. Fotógrafo: Luis Parrotta



Litografía Guillermo Kraft, 1888. Museo Mitre



Un fotógrafo profesional viajaba con la expedición de Victorica. Se llamaba Luis Parrotta, y sus documentos integran la colección de Francisco Pillado, donada al Archivo General de la Nación. Dos de las piezas obtenidas durante la operación del Chaco ilustran esta página: un grupo de nativos a la vera del río y el barco Gobernador Leguizamón.

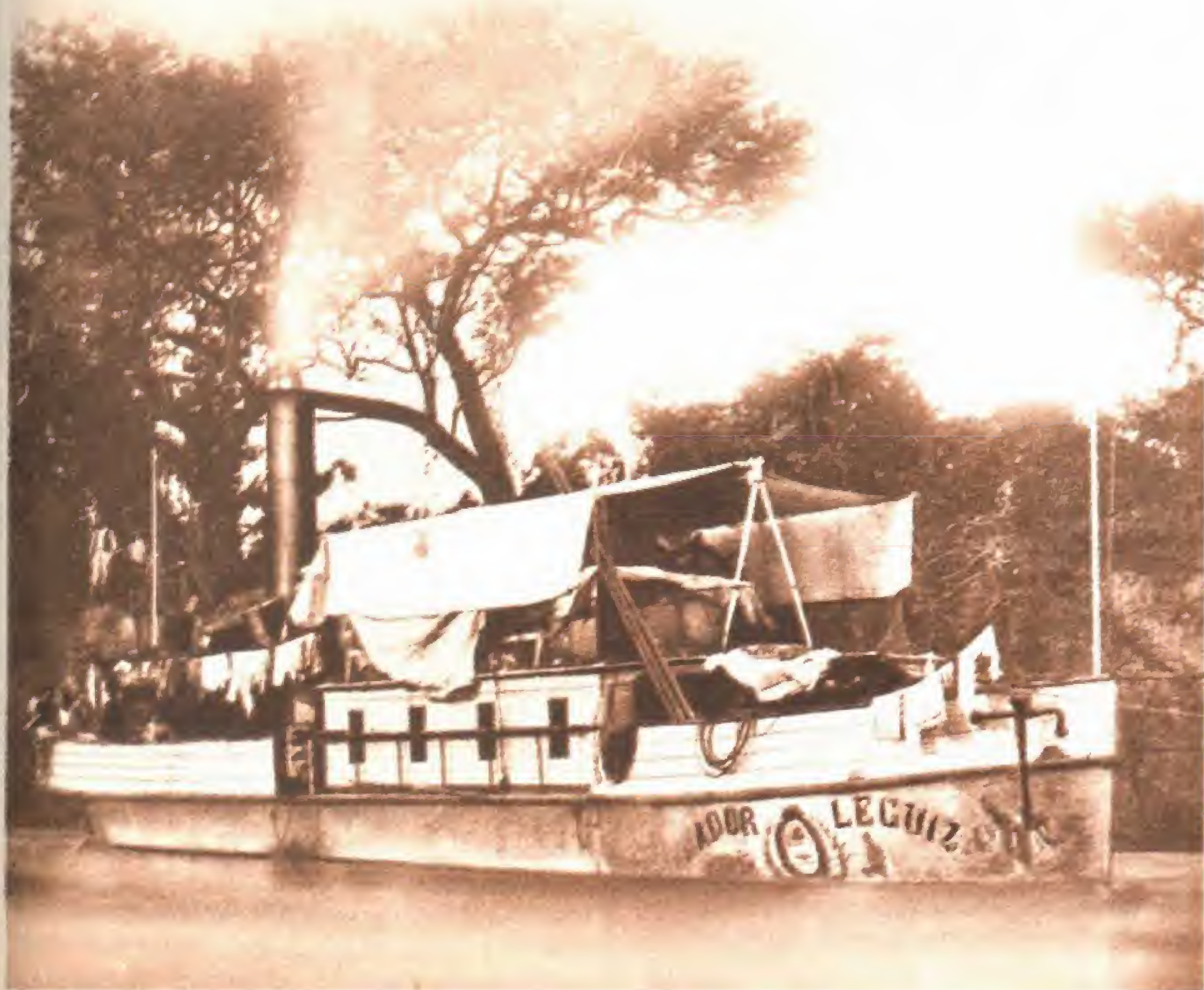
Archivo General de la Nación. Colección Pillado. Fotógrafo: Luis Parrotta



Recién en 1870, cuando Sarmiento designa al coronel Manuel Obligado como comandante de la frontera norte, se inicia la organización definitiva de los territorios que, hasta entonces, habían estado bajo la jurisdicción de las ciudades más cercanas. A partir de esa fecha y en sólo dos años, el joven coronel avanzó doscientos kilómetros hacia arriba, partiendo desde Fortín Belgrano, ubicado cien kilómetros al norte de Santa Fe. En 1872 da comienzo al trazado del pueblo de Reconquista. Obligado desarrolla esta actividad a pesar de los requerimientos que exigen a sus fuerzas de línea pasar a Corrientes o a Entre Ríos para combatir revoluciones: el comandante debe mantenerse -según la pintoresca expresión de Sarmiento- como el Coloso de Rodas, pero sobre las márgenes del Paraná...

La organización del Chaco obedecía más a necesidades políticas que a una vocación colonizadora: en el fondo, no se trataba de disputar la tierra a los grupos aborígenes, que no hubieran podido resistir a la presión de los blancos, sino de ganársela a los paraguayos. Como explica el historiador Ernesto Maeder, si bien el Chaco austral estaba fuera de todo litigio, el Chaco boreal era pretendido tanto por argentinos como por paraguayos desde la época de la independencia.

Para afirmar los derechos argentinos en esta región, en 1869 el Ejército ocupó Villa Occidental, frente a Asunción, y nuestro país reclamó todo el territorio sobre esa margen del río Paraguay. En este emplazamiento -única población existente desde Arroyo del Rey (Santa Fe) en adelante- se instaló el general Julio de Vedia, quien sería el primer gobernador del Territorio Nacional del Chaco después de su creación, en 1872. El gobierno de Buenos Aires había encargado a De Vedia que se ocupara especialmente de los problemas limítrofes y militares. Por su parte, Aurelio Díaz recibió la misión de desempeñarse como jefe político del territorio: entre otras tareas, debía estimular la instalación de colonias. Para lograrlo contaba con un infatigable e inteligente colaborador, el comandante Luis Jorge Fontana, quien dio continuidad, como secretario de la gobernación, a la labor de las autoridades que se sucedieron.



Archivo General de la Nación. Colección Pillado. Fotógrafo: Luis Parrotta

El misterio y la esperanza

Hablar del Chaco es meterse en el misterio sin fronteras, y en el riesgo de perderse en lo impenetrable. Las fuentes primeras nos ubican en una imprecisa "nación de los ríos" conectada con todas las tierras y todas las gentes y todas las aguas, en un vasto mar de tierra, lodo y aguas siempre vivas, que intercomunicó y aisló a pueblos errantes y a poblaciones que intentaron un hogar fijo, a la que los sacerdotes jesuitas llamaron La Paracuaría.

Vinieron luego las reducciones de tanto padre cristiano, esforzado y peregrino, y los fracasos ganados por la selva, el barro, la incomunicación y la ingobernable naturaleza americana. Enseguida están los obreros salvajes, que cautivaron la mano de obra indígena hasta someterla al mendrugo y a la compra de aquellos mismos productos que antes había recogido libremente, quebrándoles la memoria colectiva hasta hacerlos olvidar las ancas de sus caballos. Y también vinieron las canoas de los cazadores matreros que Fray Mocho impostó con sus gauchos montaraces, protagonistas de un mundo de plumas de avestruz vendidas para bailarinas exóticas, o de pieles de nutria para lujosas mujeres.

Sobreponiéndose a todo ese medio -odisea laberíntica inabordable- la conquista militar del territorio fijó los límites exteriores del país. Hasta ahí llega el inmigrante y se hace baqueano, y llama bien a Resistencia, la primera ciudad que se levanta en 1876, entre aguas y montes, brujuleando una esperanza desmedida en pos de un futuro de campos cultivados y obreros ordenados. Nada como el *Informe Seelstrang* para mostrar la realidad topográfica y humana del área, desbordando de decencia y de correcto entendi-

miento de la realidad, de utilización de la ciencia al alcance de un ingeniero agrimensor, de un ojo argentino esperanzado en las futuras colonias que harán posible los cultivos del fértil suelo que "rivalizará con el Paraguay y la Habana en tabaco y azúcar, con el Brasil en café, con la Luisiana en algodón y con la India en arroz y añil". No eran desatinadas esas esperanzas. Todavía nos animan a los argentinos que tenemos fe, aunque pasaron más de cien años de expectativas, las más de las veces frustradas o violentadas por la mezquina providencia de grandes medidas reparadoras

Hebe Clementi

Historiadora; ha sido profesora en las universidades nacionales de La Plata y Buenos Aires. Directora del Museo Roca, entre sus obras podemos mencionar *La abolición de la esclavitud en América latina*, *Juventudes políticas* y *El radicalismo*.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación Colección Pillado Fotografía Luis Parrutia

En aquella época el Chaco austral presentaba una curiosa situación, en la que podía apreciarse la transición de la vida salvaje a la vida civilizada. El agrimensor Arturo Seelstrang ha trazado, con admirable vigor descriptivo, el perfil de los pioneros, fascinado por la mezcla de audacia y codicia que los animaba: unos traficaban aguardiente, otros instalaban obreros, y la mayoría se desplazaba en canoas por los riachos. Los campamentos instalados a la sombra de los timbó indicaban la presencia de estos blancos semi-salvajes, tan baqueanos de la comarca como los mismos aborígenes.

Pero el gobierno nacional estaba empeñado en atraer a otro género de pobladores. Constituir establecimientos perma-

Página 24, arriba: Benjamín Victorica, notable jurisconsulto. Por su descollante actuación militar fue ascendido a general de la Nación. Izquierda: Valentín Feilberg, quien acompañó a Victorica e intentó explorar el río Pilcomayo. Centro: otra foto de Luis Parrotta.



Archivo General de la Nación



nentes con habitantes que pudieran extraer la riqueza de la región, era precisamente la función de Seelstrang y la de su compañero, Enrique Foster, quienes, en 1875, estaban encargados de mensurar terrenos para colonización. Ellos exploraron cuidadosamente la costa, desecharon los sitios anegadizos y señalaron los puntos más aptos: Timbó, frente a Goya; Las Toscas, frente a Bella Vista; y San Fernando, la antigua reducción jesuitica, frente a Corrientes. En algunos de estos parajes ya existían establecimientos rurales precarios y obrajes. Los quince obrajes de San Fernando manejaban un volumen anual de 300 000 pesos fuertes en operaciones madereras; el nuevo impulso recibido permitió que, en ese mismo año, el pueblo de San Fernando estuviera deli-

La voz del aborigen

En los chacos, inmensa pampa inclinada y boscosa, densamente poblada por seres vivos -vegetales, animales, personas- y seres sobrenaturales protectores que mantenían un sano equilibrio ecológico, las naciones nativas y sus habitantes fuimos libres durante milenios, aunque en el ejercicio de esa libertad nos calificaran de salvajes.

"En la porción argentina del Gran Chaco, éramos más de doscientas mil personas antes de la invasión extranjera del siglo XVI. Los bárbaros euro-españoles no se atrevieron -o no pudieron- establecerse allí: quienes esporádicamente penetraron tuvieron que hacerlo guiados por los nuestros, por nuestros "indios", pueblo héroe, con sus ocasionales jefes de la paz, siempre violada por los que vinieron. La colonia, que se fue instaurando en otras partes de esta misma tierra, nos cercó lentamente, con sus ciudades mineras o agrarias, con sus puertos y sus navíos, con sus estancias y sus fortines poblados de peones-soldados, con sus avanzadas misioneras. Por causa de los malones -acción y palabra inventada por los invasores-, por secuestros, explotación despiada, enfermedades y guerras provocadas por ellos, nos desaparecieron los hermanos payaguá, lule-vilela y los juríes, matará, guacará, tonocoté, mepenes y abipón.

"En 1816, las banderas de la independencia sudamericana proclamaron la libertad en castellano, en quéchua, en aymara y en guaraní, pero no en las lenguas chaqueñas, ni en las sureñas, ni en las de los negros africanos, pese a que fue gracias a todos que se había logrado aquel nuevo estado que sólo algunos criollos y europeos pudieron disfrutar.

"En 1884 se incrementaron las campañas militares para la proyección occidental del desierto verde, nuestro Chaco. Se nos obligó a hacer la guerra contra el Paraguay, y hasta tuvimos un gobernador inglés. En 1912 culminaría la conquista de nuestro territorio. Entre tantas matanzas y avanzadas de fortines, estancias, ingenios, obrajes, misiones o reducciones evangelizadoras o laicas, comenzó la desertización y el nuevo poblamiento, con la penetración de las compañías y los colonizadores internacionales. Esta vez no pudimos querer, o queriendo no pudimos.

"Hoy, 1984, en la región chaqueña argentina quedamos alrededor de ochenta y cinco mil "aborígenes", entre wichí (matacos), yofuaha (chorote), nivaklé (chulupí), kom'lek (toba), mok'oit (mocabí), pilagá, tapieté, chané y abá (chiriguano). Y junto a nuestros hermanos de todo el país, seguimos esperando la "justicia histórica", el examen profundo, la toma de conciencia, el reconocimiento de la falta o de la culpa, propia o ajena, la voluntad de no repetición, de enmienda o reparación, de resarcimiento y de devolución de lo que es nuestro, en tierra, en cultura, en posibilidad igualitaria de integración, participación y desarrollo." ■

Guillermo Magrassi

Antropólogo social y licenciado en Sociología (Universidad del Salvador). Fue director de Asuntos Indígenas de la Provincia de Salta y participó en el primer censo indígena nacional. Autor, entre otros trabajos, de *Chiriguano-chané*.

neado, a la espera de los colonos que alguna vez vendrían. Un malón, valerosamente resistido por los pobladores, bautizó definitivamente a la incipiente ciudad: La Resistencia.

Al finalizar la década iniciada en 1870, ya estaban definidas las líneas sobre las cuales se desarrollaría la historia chaqueña, una vez que el territorio se incorporara formalmente a la República: colonización de una estrecha franja costera sobre el Paraná; expulsión progresiva de los aborígenes de los mejores bosques; explotación masiva de la riqueza forestal a costa del poblador -indígena o criollo-; nuevos asentamientos, basados en aportes de europeos, cuyo primer contingente de friulanos provenientes del norte de Italia arribó entre 1878 y 1879, en lanchones remolcados a lo largo del río Negro.

La guerra y la colonización

A principios del decenio que comienza en 1880, el Gran Chaco se encontraba definitivamente repartido entre la Argentina -que conservaba la parte austral- y el Paraguay -dueño de la boreal, al norte del río Pilcomayo. El arbitraje del presidente norteamericano Ruthesford Hayes (1878) había concluido el pleito limítrofe, y los argentinos, una vez entregada la Villa Occidental al país vecino, se habían instalado en la isla del Cerrito, capital circunstancial del territorio hasta que, en 1879, Fontana fundó Formosa, donde se instalaría la sede del gobierno.

Los progresos del territorio continuaron lentamente. Los pobladores cultivaban mandioca, maní, caña de azúcar, tabaco, legumbres; algunos hornos de ladrillo facilitaban la construcción de viviendas. Funcionaban tahonas y trapiches para la industria alimentaria, y el comercio de la madera, cada vez más intenso, representaba la base más sólida (y, a largo plazo, la más depredatoria) de la riqueza chaqueña. Quedaba, eso sí, un problema por resolver: el indio.

Los acontecimientos ocurridos por esos años en las comarcas del sur argentino no dejaban muchas dudas sobre la suerte que correrían los aborígenes chaqueños: se-

Merced a los estudios topográficos realizados por Juan Amadeo Baldrich -quien llegó hasta Bolivia remontando el río Pilcomayo al frente de un destacamento- fue levantado este plano del Chaco central publicado en la Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de 1885 (abajo). Abajo, centro: Puerto Expedición.



Archivo General de la Nación. Colección Piliado. Fotografía: Luis Parrotta



rían acorralados y exterminados. Algunos se incorporarían a las reservas, otros integrarían la mísera mano de obra de los obrajes. La supervivencia del más fuerte era un dogma implícito en la Argentina del ochenta, y nadie iba a enternecerse por el destino que aguardaba a los salvajes del norte, cuya fama de indómitos, por otra parte, venía desde la época colonial. Ya en la década de 1870 se habían desarrollado varias campañas militares en el territorio del Chaco. Estuvieron a cargo

de Napoleón Uriburu y Manuel Obligado, quienes peinaron el territorio en dirección este-oeste y viceversa. Una de estas marchas fue protagonizada por Fontana, quien procuró unir las ciudades de Corrientes y Salta: habiendo chocado con numerosos contingentes indígenas, perdió un brazo en el combate de La Canyayé, en el centro del territorio.

Otras expediciones, como la que en 1881 realizara el comandante Juan Solá, tuvie-



Izquierda: Ignacio Hamilton Fotheringham, militar inglés que culminó su carrera en la Argentina cuando fue nombrado gobernador del Chaco, en 1883. Esta foto ilustró su libro *La vida de un soldado*.
Abajo, derecha: foto de Luis Parrotta.
Centro, izquierda: dibujo de Florian Paucke.
Pie de página: campamento militar.



ron como misión proteger a las colonias agrícolas. En todos los casos se trataba de campañas emprendidas con medios precarios, en las que los inconvenientes, como señala el historiador militar Félix Best, se salvaban gracias a una mezcla de audacia y buena suerte. Además, se sacaba partido de la disminución del valor combativo de los indígenas, a quienes el alcohol, la pérdida progresiva de las regiones boscosas que les daban sustento, y el avance inexorable de los blancos en sus



Las dos fotos de la izquierda fueron tomadas en Puerto Bermejo, luego del regreso de la expedición que emprendiera Victorica desde el 8 de octubre hasta el 13 de diciembre de 1884. El general se mostró sorprendido por el adelanto de las obras en tan breve plazo. «Se construye ya un hotel -informó- y muchas personas solicitan solares para edificar».

En 1887 el doctor Gabriel Carrasco viajó al Chaco santafesino para hacer el primer censo. Entre sus acompañantes estaba el fotógrafo Corte, quien el 20 de marzo tomó esta placa de la iglesia del pueblo de Reconquista, para la que posaron los alumnos de la escuela y el piquete de gendarmería (pie de página, derecha).

tierras ancestrales, producían un efecto de desmoralización. De todos modos, ha perdurado el recuerdo de algunos guerreros de este último período que se destacaron por su heroísmo, como Leoncito, Petiso, Cambá y Salarnek-Alón.

Entre 1883 y 1884 se llevaron a cabo varios avances simultáneos sobre el territorio chaqueño. El historiador Orlando Mario Punzi ha realizado la crónica de la campaña de Ibazeta contra los chiriguano de Salta -que sirvió para reconocer buena parte del Chaco central- y la de Obligado, que partió de Chilcas, Fortín Inca y Reconquista. Pero estas expediciones, que tenían más de exploraciones geográficas que de campañas militares, sólo fueron el antecedente de la que se considera definitiva en la incorporación del Chaco a la Nación: la que encabezó el ministro de Guerra, general y doctor

Benjamín Victorica. Simbólicamente, la marcha de Victorica en el norte fue contemporánea de la que en ese momento realizaba el general Lorenzo Vintter en la región austral, que fuera el colofón final de la expedición de Roca al río Negro. Al norte y al sur de la República, pues, fuerzas militares despejaban los territorios que habían poseído los indígenas a fin de dejarlos expeditos para su ocupación, poblamiento y explotación.

«El patriotismo, como el amor, es ciego...»

Victorica se propuso llegar hasta el Bermejo y unir definitivamente el litoral paranaense con el altiplano andino. Planificó avances simultáneos de columnas militares desde Resistencia, Puerto Bermejo, Cocherok, Formosa y Fuerte Vic-

torica. Dos exploradores de experiencia acompañaron su marcha: Fontana en el Chaco central, y Valentín Feilberg navegando el Pilcomayo; este último era el marino que, años atrás, había remontado el río Santa Cruz hasta llegar a Lago Argentino, en el extremo sur del país.

En diciembre de 1884 el ministro de Guerra dio por concluida la campaña. Se habían reconocido picadas y senderos, fundándose Fuerte Expedición, Puerto Bermejo y Presidencia Roca. El desierto verde ya era conocido en sus rumbos principales. En cuanto a los indios, se suponía que se habían cancelado los malones sobre las poblaciones de Santa Fe, Santiago del Estero y Córdoba: la guerra iniciada en el siglo XVII terminaba así con la derrota de los aborígenes, y sólo elementos residuales, mezclados con blancos o mestizos, continuarían trayendo alguna in-

Archivo General de la Nación. Colección Pillado. Fotógrafo: Luis Parrotta



Archivo General de la Nación



«El Chaco santafesino». Museo Mitre. Fotógrafo: Corte



La densidad de la selva, la grandeza del paisaje y el calor soportado por los expedicionarios de la conquista del Chaco, fueron notablemente captados por la cámara de Parrotta en esta foto. Los soldados aprovechan un alto en la marcha para refrescarse (uno de ellos con el sombrero puesto) en las aguas del río.

quietud a los pobladores. De hecho, el último malón ocurriría en 1924.

Pero conviene destacar que la campaña de Victorica no tuvo características épicas. Hubo más pérdidas de ganado que de gente, más accidentes provocados por inconvenientes del clima y del suelo que por encuentros bélicos. El avance resultó más incómodo que peligroso, y la preocupación fundamental fue reconocer la fauna y la flora, apreciar las condiciones del suelo e identificar las aguadas y los accidentes geográficos en aquella monotonía de montes bajos, lomadas y esteros.

Ignacio Fotheringham también ha narrado la parte que le cupo en esta empresa, en la que participó como gobernador de Formosa. En su libro dedica largos párrafos a describir las incomodidades provocadas por el calor y los mosquitos, las ara-

ñas y las víboras. Recuerda la esterilidad de la tierra, ese lodo calcáreo sobre el que se alzaban los lapachos y quebrachales. Delinea esa guarida de tigres y antas que era la selva chaqueña, y enumera los medios de transporte usados: los pies, por empezar; pero además el caballo, la lancha a vapor, los botes de goma y, sobre todo, los carros y carretas. La naturaleza era el obstáculo más duro: el mismo Feilberg tuvo que abandonar su exploración del Pilcomayo, al igual que dos oficiales que, posteriormente, también intentaron la empresa.

En dos meses -octubre y noviembre de 1884- las columnas militares llevaron a cabo los objetivos propuestos. Ignacio Fotheringham partió de Formosa, y luego de atravesar treinta leguas de esteros, pantanos, bosques y pajonales utilizando guías indígenas -cuyo admirable sentido

de la orientación elogió- llegó puntualmente a su destino. Se encontró con Victorica en la confluencia del Teuco y el Bermejo. Allí, en las orillas barrosas del río, rodeado de tierras áridas y raquíticos montes, Victorica pronunció una arenga encendida y patriótica, celebrando las maravillas de la tierra conquistada.

Fotheringham cuenta con mucha gracia el episodio. Cuando Victorica finalizó su alocución, en un aparte le preguntó, entre curioso y asombrado: «Pero dígame, señor ministro... ¿Usted piensa todo lo que ha dicho?»

Y Victorica contestó: «¡No! ¡Jamás he visto lugares más horrorosos! Pero hay que hablar patrióticamente, y el patriotismo, como el amor... ¡es ciego!». Pero la historia quiso que hubiera gente ciega que se enamoró de aquellos parajes.





Colonos y compañías

La etapa que se inició con la campaña de Victorica pudo haber sido distinta si se hubieran atendido las sugerencias de las autoridades territoriales. Obligado, gobernador del Chaco con sede en Resistencia, era partidario de agrupar a los indígenas en reducciones. Pensaba que convertirlos en mano de obra de los obrajes era provocar posteriores reacciones violentas, pues allí se les pagaba mal -raramente en moneda corriente- y las bebidas y alimentos que, a precios exorbitantes, les vendían las proveedurías de los establecimientos, terminarían por llevarlos a una degradación cada vez mayor. En 1885 Obligado decía, en una nota al ministro del Interior, que con los indígenas

En Colonia Ocampo, la explotación del monte ya había comenzado en 1876, como ilustra el grabado. La administración del obraje emitía sus propios billetes: se había inaugurado la historia negra del norte argentino. El tren, cargado de obreros y madera, iba y venía constantemente por la picada abierta entre el aserradero y el pueblo (página 30).

Una toldería de tobas de la tribu de Juan Chará, ya reducidos, posa para el fotógrafo Corte en la localidad de San Antonio de Obligado. Para 1895, el Chaco tenía cerca de diez mil habitantes. Los indígenas, los vencidos, la chusma -como se los llamaba- no había sido incluida en el censo.

Resistencia en sus primeros años

En *Folia Histórica del Nordeste* (Nº 5, Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia / Corrientes, 1978) la historiadora María Susana Collazo describe la ciudad de Resistencia entre 1880 y 1895. Seleccionamos algunos párrafos de ese trabajo:

«El emplazamiento físico de Resistencia fue largamente meditado ya que tenía que ofrecer una posición ventajosa y estratégica. Ubicada frente a Corrientes, a ella se vinculó en todos sus aspectos. Sus vinculaciones comerciales y económicas con Resistencia se tornaron tan fuertes como los vínculos familiares que se tendieron. También aportó la asistencia religiosa, cultural y las costumbres. La colonia Resistencia se encontraba físicamente aislada, pues la cercaba el río Paraná en el este; el río Negro en el norte y noroeste, y el riacho Salado por el sur. El terreno presentaba sus problemas; predominantemente bajo y anegadizo, corría en suave pendiente hacia el río Paraná, donde se tornaba francamente

inundable. El rumbo del drenaje hacia el este coincidía con la pendiente natural de la planicie chaqueña. En el medio del monte y cruzada en todas direcciones por cañadones, lagunas y esteros, se levantó la colonia.

»Aquellos inconvenientes demandarían, como primer paso, una adecuada obra de infraestructura: nivelación, desagües, puentes y caminos. Sin embargo, ya sea por el costo o bien por considerar la existencia de un drenaje natural, nada se intentó hasta 1892. El asentamiento de la población debió observar la provisión de agua permanente para el consumo. Las cañadas, esteros y lagunas proporcionaron este elemento, pues las aguas de los ríos eran salobres. El ambiente colmado de dificultades - los montes que se levantaban como una barrera, las lagunas y esteros difíciles de atravesar y amenazantes por la cantidad de insectos y alimañas que albergaban, y el clima con altas temperaturas- ofrecía, sin embargo, aspectos positivos. En efecto, se determinaron excelentes pastos para cría de ganado hacia el oeste, y bue-

nos campos de cultivos hacia el norte y oeste. Sobre este emplazamiento hubo que disponer el espacio de una manera lógica, ordenada; y con ello comenzó el trazado de Resistencia, es decir, la historia de sus mensuras y su plano.

»Si caminamos desde la periferia hacia el centro, aparece el espacio cubierto de monte y salpicado de lagunas y esteros; a manera de cuñas, se comienzan a percibir los obrajes; luego aparecen las chacras, con sus incipientes cultivos y el pastoreo de ganado vacuno; las quintas, con sus árboles frutales, verduras y cría de pequeños animales. En el pueblo quedan algunas quintas y el número de viviendas es escaso. Las construcciones son precarias y dispersas, ocultas detrás de los matorrales. El baldío domina la escena. Los caminos y las calles, prácticamente inexistentes en los primeros años del ochenta, son, ni más ni menos, los senderos abiertos por el paso continuo de los transeúntes» ■

sólo cabían dos posibilidades: o cumplir honradamente lo que se les había prometido, o exterminarlos. No recibió respuesta adecuada, y el problema continuó a lo largo de muchas décadas.

Otra cuestión urticante fue la de la tierra pública. Las primeras colonizaciones en territorio chaqueño se realizaron bajo el prudente amparo de la ley 871, llamada ley Avellaneda, dictada en 1876. Esta legislación estimulaba la colonización por parte de particulares o compañías. Pero, una vez pacificada y conocida la región, los especuladores de la tierra empezaron a interesarse por el Chaco. Obligado insistía en entregar las tierras fiscales a gente

«El Chaco santafesino». Museo Mitre. Fotógrafo: Corte



Los colonos (abajo) comenzaron a establecerse en la región chaqueña. Las formas primitivas de producción y de vida habían sido destruidas. Los indígenas huyeron al interior del desierto verde o se emplearon en los obrajes. Los nuevos habitantes, como los de Colonia Avellaneda (pie de página) se disponían a luchar por el futuro.

Archivo General de la Nación



que tuviera intenciones de poblar o de emplear en ellas sus capitales, y trataba de impedir las concesiones otorgadas a aquellos que pudieran perseguir un objetivo puramente especulativo.

Esta preocupación suya tampoco fue atendida, y en 1887 renunció a su cargo, desilusionado. Su amargura se acentuaba por el hecho de que las mejores colonias, entre Arroyo del Rey y el paralelo 28, habían pasado a la jurisdicción de Santa Fe. Desde el punto de vista de la civilización, el Chaco se reducía a Resistencia y sus adyacencias: en el enorme vacío interior sólo se fundaron, a partir de 1890, las municipalidades de Puerto Bermejo y Las Palmas, esta última dorada de los adelantos técnicos necesarios para la elaboración de la caña de azúcar.

El problema de la tierra pública dificultaba el progreso chaqueño. Una ley sancionada en 1891 -«ley de liquidación»- eximió a los concesionarios de tierras públicas de la obligación de introducir agricultores: mediante el pago de 2500 pesos por cada predio de 2500 ha, se conseguía el título definitivo. Así, sólo un millón de hectáreas permaneció bajo el régimen de la ley Avellaneda, cerca de dos millones volvieron al Estado, y más de tres millones y medio quedaron en manos de los especuladores de turno.

Sin embargo, Resistencia crecía año a año. Así lo comprobó el inspector de colonias Alejo Peyret en 1887 y 1888. Los hornos de ladrillo no daban abasto, y el sucesor de Obligado había iniciado la construcción de una iglesia y la plantación de árboles; existía una biblioteca popular, una escuela y un periódico. El 80 por ciento de los 10 000 habitantes que había en el Chaco en 1895 estaba agrupado en las colonias vecinas al Paraná. Claro que el recuento de pobladores no incluía a los indígenas: para el censo, no eran ciudadanos argentinos. Apenas eran los vencidos, los que habían perdido aquel bosque edénico que fuera su refugio y su medio de vida durante milenios... ■



«El Chaco santafesino». Museo Mine. Fotógrafo: Carré

3. La organización de la Argentina austral

Hacia 1880, una única ciudad se levantaba en la inmensidad del paisaje austral: la ya centenaria Carmen de Patagones, que subsistía aislada del resto del territorio. Más al sur, los galeses se habían instalado en dos colonias -Rawson y Gaiman- y el fuerte Pavón sobrellevaba un solitario destino en los confines de la actual Provincia de Santa Cruz. En la década del ochenta, el gobierno nacional encaró el poblamiento de la Patagonia para ratificar la presencia argentina ante Chile. Moyano, Fontana y Lista cumplirían hazañas increíbles; los aborígenes, mientras tanto, volverían a ser los eternos vencidos de las campañas colonizadoras.

La Patagonia se incorporó definitivamente a la Nación entre 1879 y 1885, después de que expediciones sucesivas, enviadas por el gobierno nacional, aniquilaran a las tribus aborígenes y comenzaran, de manera metódica, la organización de los territorios, la fundación de ciudades y la explotación de los recursos naturales de la región austral.

Hasta entonces, poco se había concretado en materia de poblamiento, y en la inmensa región comprendida entre el río Negro y el canal de Beagle, entre la cordillera de los Andes y el Océano Atlántico, sólo existían algunos pequeños enclaves, que llevaban una vida casi vegetativa. Ni siquiera se habían establecido con precisión los límites que nos separaban de Chile. En otro capítulo hablaremos de los conflictos que esta situación generaba, y que contribuyeron sustancialmente al conocimiento geográfico de la Patagonia. Aquí trataremos las relaciones -pacíficas o bélicas- entre el gobierno nacional y los caciques indígenas, los vínculos entre

aborígenes, colonos extranjeros y pobladores criollos, y especialmente el marco que la tierra y el paisaje ofrecieron a los habitantes de esta última frontera.

Porque nuestro lejano sur, quizá como ningún otro punto de la República, posee términos y límites impuestos por la naturaleza: el viento de inaudita violencia, los helados inviernos, las travesías sin agua, la escasez de fauna y de flora, acentúan la dificultad de poblar. A estas severas condiciones naturales, que actualmente subsisten, se han agregado en el curso de los años las políticas erráticas de los gobiernos nacionales, que han entorpecido el desarrollo patagónico o se han olvidado de favorecerlo.

La Patagonia hacia 1880

A principios de la década iniciada en 1880 existía una sola población importante en el sur: Carmen de Patagones, ciudad ya centenaria, dueña de un estilo

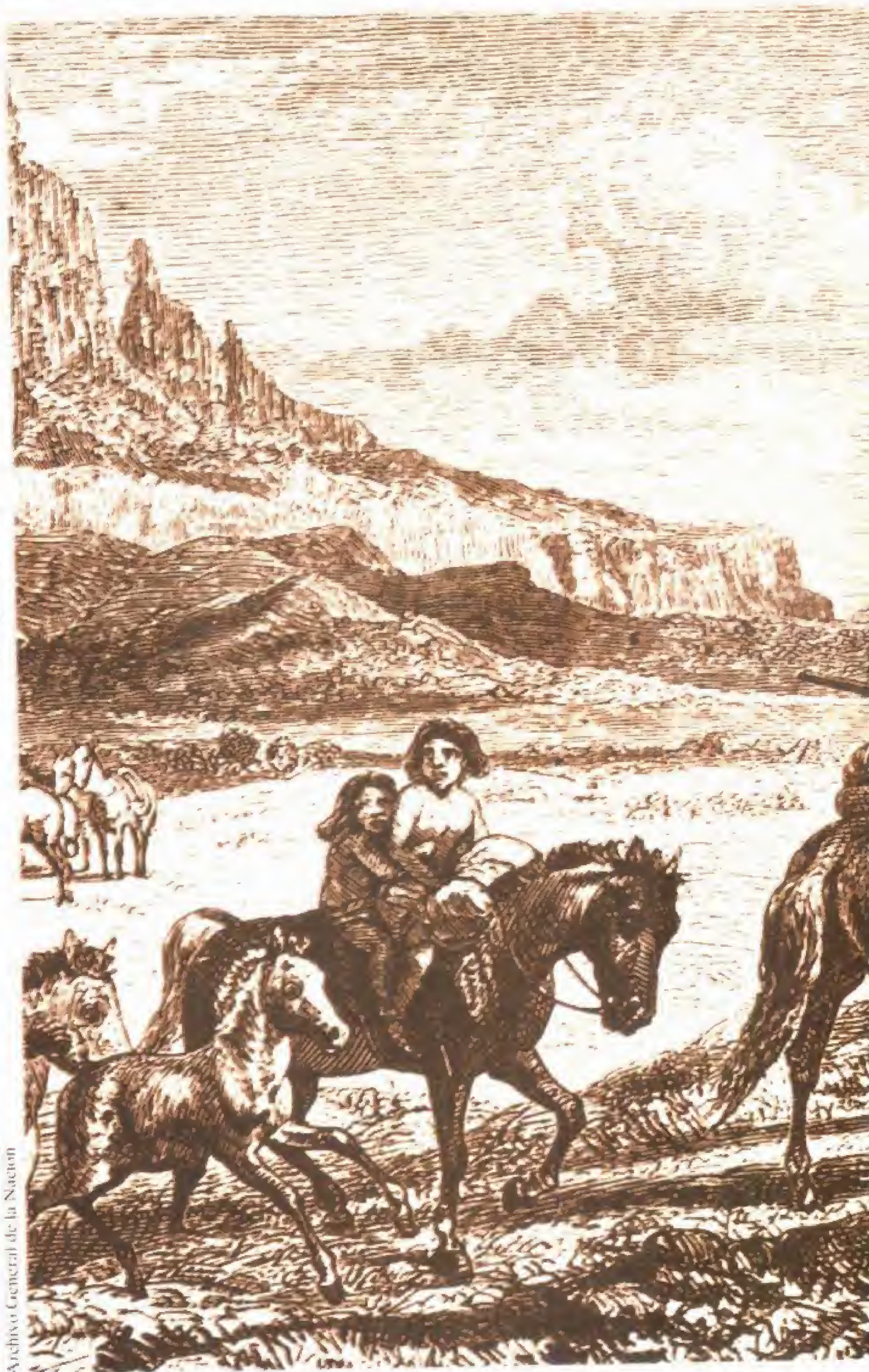
Los onas ocupaban el territorio norte de Tierra del Fuego. El arco y la flecha eran las armas que utilizaban para la caza. Esta foto pertenece a la colección del sacerdote salesiano Alberto de Agostini, explorador que llegó a convertirse en uno de los mejores conocedores de la Argentina austral.



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires



Los exploradores de la Patagonia pusieron especial empeño en documentar gráficamente paisajes y habitantes de aquellos sitios remotos. Estos dibujos de un nativo de Tierra del Fuego y del emplazamiento del Fuerte Pavón, constituyen una prueba del notable trabajo desarrollado (izquierda, arriba y centro).



y de tradiciones propias. A lo largo del siglo XIX, maragatos hispanos, corsarios extranjeros, comerciantes italianos y criollos de distintas provincias argentinas, se agregaron a sus primitivos habitantes. El Carmen, cuyo aspecto exterior se veía realzado por su pintoresca ubicación sobre la barranca del río Negro, tenía casas de una sola planta revocadas de barro, y sus calles estaban casi siempre cubiertas de arena debido al fuerte viento. Del otro lado del río, en Viedma, había quintas ocultas bajo las espesas arboledas. Se cruzaba de un punto a otro en chalanas conducidas por calabreses, pues

por aquellos años los italianos monopolizaban el tráfico fluvial de la Argentina.

En el Carmen vivían familias de prestigio. En su libro *Páginas de ayer*, Santiago Albarracín recuerda, por ejemplo, a los Abel, marinos y prácticos en la famosa barra del río Negro. Luis Piedrabuena y Luis Jorge Fontana, dos de los exploradores que mejor contribuyeron al conocimiento de la comarca, eran asimismo oriundos de la ciudad.

Patagones se vinculaba con Buenos Aires preferentemente por vía marítima, pues

la huella hasta Bahía Blanca -la población más cercana- resultaba penosa. La ciudad intercambiaba el trigo de sus chacras y los productos comprados a los indios con el resto de la provincia porteña, a cuya jurisdicción pertenecía.

Sobre el vacío litoral patagónico existía, hacia 1880, un segundo enclave blanco: la colonización galesa del actual Chubut, reducida a las ciudades de Rawson (1865) y Gaiman (1874). Unos pocos centenares de pobladores cultivaban 15 000 ha de tierra y eran dueños de 2400 vacunos y 3000 aves de corral. Pero el Chubut cen-

*Al centro: George Chatworth Musters, marino y explorador inglés, hizo desde 1869 hasta 1871 un largo recorrido por la Patagonia, entre el estrecho de Magallanes y el Río Negro por la precordillera, y de este a oeste entre el Límay y Carmen de Patagones. Este dibujo pertenece a su libro *At home with the Patagonians*.*

Dos pioneros de la colonización patagónica: Lewis Jones (a la izquierda), organizador de la primera instalación galesa en el Chubut, y Luis Piedrabuena (a la derecha), fundador de Fuerte Pavón y a quien se debe el emplazamiento del faro de la Isla de los Estados. Más abajo: una típica construcción de la época en Carmen de Patagones.



Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación



Museo Naval



tral y cordillerano permanecía desconocido. El fuerte Pavón, ubicado en una isla situada a 34 km de la desembocadura del río Santa Cruz, ratificaba la presencia argentina al sur de la Patagonia. Era una posición vital para los intereses nacionales, pues Chile ambicionaba decididamente esos territorios. El fortín, fundado por Luis Piedrabuena veinte años antes, consistía en algunas viviendas y almacenes, una huerta y una empalizada. Servía no sólo para defender la soberanía en el sur, sino también como base de los intercambios comerciales con los indios tehuelches, y una de sus funciones era en-

señar a los indígenas a respetar a las autoridades locales. Desde 1876 el teniente de marina Carlos Moyano estaba a cargo de la Subdelegación Marítima de Santa Cruz, y realizaba periódicos viajes de reconocimiento al interior. En 1879, luego del envío de la escuadra de guerra argentina a Santa Cruz, se creó una segunda Subdelegación Marítima en Puerto Deseado, en el mismo sitio donde un siglo antes había funcionado un establecimiento en el que se procesaba el cuero y la grasa de la fauna marina. Anteriormente, hasta 1780, el lugar había estado bajo la posesión del rey de Inglaterra.

Piedrabuena hacía frecuentes recorridos por el Estrecho. Había instalado un faro en la Isla de los Estados, desde donde se orientaba a los navegantes y, eventualmente, auxiliaba a los naufragos, víctimas de las peripecias de la navegación en la zona austral. Fuera de lo anteriormente mencionado, nada más podía encontrarse en la Patagonia. Como resultaba indispensable poblarla y administrarla, las autoridades nacionales decidieron concluir con el problema indígena. La circunstancia de que Chile había concentrado sus esfuerzos en la frontera norte, en la guerra contra Bolivia y Perú, fue aprovechada

A la derecha, dos personalidades aborígenes de la Patagonia: la mujer del cacique tehuelche Inakayal y el cacique Foyel, a quien el perito Moreno protegió en el Museo de La Plata. Abajo: grabado del desembarco galés de 1865 en el lugar donde hoy se levanta la población de Puerto Madryn.

para lanzar la expedición al río Negro, en el año 1879. La campaña del desierto comenzaría de esta manera. Seis años más tarde habría concluido definitivamente.

Los vencidos

En el interior de la meseta patagónica, en la región cordillerana y en las islas y los estrechos, hasta 1880 los indígenas eran dueños y señores. Se trataba de tribus empobrecidas por el contacto frecuente con los blancos, que les suministraban alcohol y los agredían de múltiples maneras. Sin embargo, para transitar de un punto a otro de las mesetas y los valles del sur, era preciso contar con la aquiescencia de los caciques. Así pudieron comprobarlo varios exploradores ilustres: el chileno Guillermo Cox, quien, en 1862, recorrió la zona del Nahuel Huapí de oeste a este; el marino inglés George Chaworth Musters, quien viajó de Punta Arenas al Carmen acompañando a una tribu de tehuelches; y Francisco Pascasio Moreno, quien, entre 1876 y 1880, realizó numerosas expediciones al río Negro, al Neuquén -«el país de los manzanos»- y a Santa Cruz, donde descubrió el ventisquero que hoy lleva su nombre.

Los relatos de estas expediciones llevaron al conocimiento del público culto los nombres de varios caciques andinos y patagónicos, como Saihueque, Foyel, Orkeke e Inakayal. Se describieron sus hábitos de hospitalidad y se elogió su sentido innato de la libertad. Pero para el grueso de la población blanca, la que habitaba distintos puntos de la frontera pampeana -de Tres Arroyos a La Carlota y Río Cuarto- la palabra indígena se identificaba de inmediato con los temibles araucanos y con los ranqueles, responsables de malos y atropellos.

Hacia 1880 el poderío de estas indias estaba ya debilitado. Calfucurá, el temible señor de Salinas Grandes, había sido derrotado por el Ejército nacional en la batalla de San Carlos, en 1872. Los avances de la frontera, impulsados por Adolfo Alsina mientras se desempeñaba como ministro de Guerra, contribuyeron a facilitar la campaña al río Negro emprendida en 1879 por iniciativa del general Roca.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo «Todo es Historia»



Archivo Hespérmica



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires

Abajo: la ilustración muestra un sendero abierto en la ribera cruzado por escalones de troncos. Este sistema era usado por los onas para subir sus canoas a tierra firme. Pie de página: dos mujeres tehuelches, una de ellas con un niño raquíptico en sus brazos. La población indígena se vio acosada por enfermedades y persecuciones.



El oro del Estrecho

El descubrimiento de las arenas auríferas de Cabo Vírgenes se produjo de manera casual, cuando una embarcación francesa *Antique*, naufragó en aguas del Estrecho. Quienes rescataron sus restos descubrieron, sorpresivamente, oro. El notición convocó oleadas de aventureros. Tripulantes de los buques que hacían la navegación del Magallanes, chilenos de Punta Arenas, inmigrantes dálmatas venidos de Buenos Aires, se precipitaron deslumbrados por la suposición de que en la Tierra del Fuego se encontraba la California argentina.

Entre los aventureros que por allí pasaron, descolló Julio Popper, un rumano de origen judío que había sido muy bien recibido en Buenos Aires por la élite de la generación del ochenta. Quizás en esta figura, legendaria y conflictiva, se encuentre la clave de lo que fue la primera etapa de la historia de los territorios: a mitad de camino entre la aventura, el bandidaje, la crueldad y hasta la desmesura que caracterizaron a las empresas colonizadoras en las regiones más difíciles de América.

En 1887 Popper fundó la Compañía Anónima Lavaderos de Oro del Sur. Sus socios en la capital argentina se apellidaban Le Breton, Lamarca, Cullen, Ruiz de los Llanos y Ramos Mexía, entre otros. Tales relaciones le valieron enormes concesiones de tierras: 80 000 hectáreas próximas al Cabo San Sebastián en plena zona aurífera. Recibió otras facilidades: autorización para recorrer la Isla Grande y para mantener un grupo armado, que debía defenderlo de la ferocidad con que los buscadores de oro dirimían sus rencillas. Pero el rumano se extralimitó y consideró a esa pequeña fuerza casi como a un ejérci-

to, mejor dicho, una hueste propia, a la que proveyó de uniforme y obligó a hacer ejercicios militares. Acuñó además monedas de oro con su efigie y empleó estampillas particulares para su correspondencia, dando motivo a un serio disgusto del director del Correo, Estanislao Zeballos, que era amigo suyo.

Popper despreció a los onas y los reprimió con métodos feroces, y hasta se fotografió junto al cadáver de un indio. Entre sus enemigos acérrimos se contaron tanto el gobernador de Tierra del Fuego como monseñor Fagnano. Este último, fundador de la misión salesiana de Río Grande, se había colocado en la posición de defensor de los indios, y por lo tanto denunciaba las crueldades que se cometían contra ellos.

La muerte de Popper, en 1893, interrumpió su extravagante carrera. Dejaría, como saldo positivo de su paso por la región del Estrecho, sus afirmaciones geográficas acerca del carácter argentino del mar que baña el archipiélago de Tierra del fuego ■



Julio Popper, un notable protagonista de la historia fueguina.

El perito Francisco Pascasio Moreno (con casaca de explorador) junto a su familia, en Río Ceballos, Córdoba. Como ningún otro, Moreno logró, mediante su esfuerzo, que el país tomara conciencia de la Patagonia. Viñeta: sello del cacique Juan Callfucurá de Salinas Grandes, ejemplo de aculturación aborigen.



Esta campaña será continuada, una vez que Roca ocupe la presidencia de la República, por los generales Conrado Villegas (hasta 1884) y Lorenzo Vintter (hasta 1885). Ellos arrinconaron a los aborígenes neuquinos y rionegrinos en los contrafuertes de los Andes, y les exigieron casi invariablemente la rendición incondicional.

Tanto la campaña de Villegas como la de Vintter, tuvieron como objetivo militar aquellas tribus de mapuches o araucanos que cultivaban maíz, cebada y legumbres en los valles andinos, y que se deleitaban

con la carne cruda de potro. También se dirigieron contra los tehuelches meridionales y septentrionales, cazadores de guanacos, avestruces y toros salvajes, que merodeaban por valles y mesetas en pos de buenos pastos para sus ganados. No se trataba en estos casos de grupos de gran densidad étnica: el alcohol y las querellas intertribales (sobre todo las que enfrentaron a tehuelches y araucanos) habían debilitado a estos pueblos. La arremetida del gobierno nacional les quitó toda posibilidad de contribuir de manera sustancial al poblamiento de la Patagonia. Porque para el orgulloso criterio del «hombre

blanco» y para su concepción darwiniana de la lucha de las especies, los salvajes eran seres culturalmente inferiores, indignos por lo tanto de los beneficios de su tierra natal una vez que ésta se encontrara incorporada a la civilización.

La historia de la última parte de la conquista del desierto resulta particularmente dramática si se la considera desde el punto de vista de los indígenas vencidos, tal como pueden atestiguarlo los testimonios gráficos, los lacónicos partes emitidos por las fuerzas militares, o las observaciones de los padres salesianos que acom-



La campaña del desierto, emprendida por el general Roca en 1878, fue continuada por el general Villegas (abajo, izquierda) hasta 1884. Abajo, derecha: una acuarela anónima que ilustra un ataque indígena durante un reconocimiento del río Negro por parte de efectivos de la Marina, que también colaboró con aquella expedición.

Pie de página, izquierda: un puesto de telégrafos instalado por las fuerzas de la Primera División. Este medio de comunicación fue usado a partir de la guerra de secesión norteamericana.

Pie de página, derecha: el general Vintter sucedió a Villegas, y condujo la campaña hasta 1885.

pañaron a las tropas. Entre 1880 y 1885 los caciques y capitanejos del sur se rindieron, uno tras otro, a las fuerzas nacionales. Inacayal y Foyel, derrotados en el sangriento combate de Appeleg, intentaron huir a Santa Cruz. Posteriormente, Inacayal se presentó voluntariamente ante las fuerzas de Vintter y expuso la pretensión de conservar algunas tierras en su poder. Pero se le exigió la rendición incondicional. Namuncurá, el hijo del célebre Calfucurá, fue más afortunado: por intercesión del padre Milanés se rindió en Paso de los Indios, sobre el río Chubut, y obtuvo tierras para radicarse con

los suyos y ciertas atenciones del gobierno. Se recuerda su entrevista en Buenos Aires con el general Roca, en el curso de la cual se habría desarrollado, según las noticias llegadas hasta nosotros, el siguiente diálogo:

Roca: «Me ha complacido conocerlo. Usted ha sido un bravo guerrero, un toro.»

Namuncurá: «Yo toro, vos león.»

Asentado en Chimpay (Río Negro), el cacique inició junto a su familia y su tribu una nueva y pacífica existencia. Su hijo

Ceferino, educado por los padres salesianos, mereció los honores de Venerable de la Iglesia Católica, y para muchos argentinos contemporáneos es símbolo de pureza y de espiritualidad.

En cuanto al anciano Orkeke, cuya tribu alcanzó celebridad mediante el relato que en 1870 realizara el viajero Musters, llegó a Buenos Aires en calidad de prisionero luego de rendirse en las cercanías de Puerto Deseado. Su condición miserable provocó un escándalo mayúsculo. Atendido por el mayor Ramón Lista, falleció de pulmonía pocos días más tarde.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Museo Roca



Archivo General de la Nación

Dos puestos instalados en la precordillera durante la campaña del desierto. Uno a uno, los caciques y capitanejos aborígenes se fueron rindiendo ante el incontenible avance del hombre blanco. Predominaría la tesis darwiniana de la lucha de las especies. Los más débiles serían definitivamente despojados.

Los sobrevivientes

Después de leer las páginas que anteceden, el lector habrá pensado que poco o nada sobrevivió de las culturas aborígenes de la Argentina austral, dado que sus creadores y portadores, prácticamente han desaparecido de la faz de la tierra como consecuencia de la expansión de la "civilización". Según puede leerse en "Los vencidos", título que de por sí es ya una definición, a partir de la llamada conquista del desierto y de las entradas posteriores se inició el estadio final de las culturas aborígenes de la Patagonia septentrional y de las pampas. Los de la Patagonia meridional y los de las islas se extinguieron más rápidamente. Los antiguos señores de la tierra fueron empujados y confinados "más allá" de límites precisos para que no molestaran, más allá de los ríos Limay y Neuquén. Su número había disminuido ya notablemente. El mestizaje con otros grupos aborígenes, con blancos, negros y criollos, había alterado su tipo constitucional y su estilo de vida original, aunque el fenotipo indígena siguió dominando. Sus descendientes de nuestros días, empobrecidos y alienados, integran grupos de compatriotas que aún sobreviven pese a todo lo que hemos hecho para aniquilarlos. Hemos ido empujándolos cada vez más lejos, obligándolos a refugiarse en lugares asépticos, cada vez más inhóspitos. Su posibilidad de supervivencia se agota a ojos vista.

En su momento, los vencidos reelaboraron un estilo de vida en el que coexistían componentes aborígenes y componentes europeos, que no logró la cohesión suficiente para convertirse en una nueva forma cultural regional como ocurrió con otras parcialidades, hoy desaparecidas,

pero incorporadas a las distintas tradiciones que integran la cultura nacional. Apenas si lograron conservarse unidos, pese a su dispersión geográfica, por sus ritos ancestrales, que ya están tan penetrados verticalmente por el cristianismo, que van siendo inútiles frente a la adversidad. Están empezando a faltarles las ganas de vivir. ¿Para qué?

Durante los últimos tiempos, nuestros compatriotas de ascendencia mapuche han estado recibiendo donaciones y limosnas varias, y mucho se ha hablado de condiciones de vida, de carencias, de marginación. Forman parte del pueblo de la Nación Argentina y pertenecen a su misma especie. Tienen derechos inalienables. ¿Qué esperamos?

Ciro René Lafon

Profesor de Historia, doctorado en Arqueología, ejerció la docencia y la investigación en la Universidad de Buenos Aires y en la de Belgrano. Autor de Antropología argentina y Nociones de introducción a la Antropología.



Ceremonia tehuelche del nguillatun.



Museo Roca



Museo Roca

Porque las enfermedades, la pobreza y la aceptación de la derrota aceleraron la desaparición de los indígenas patagónicos. También contribuyeron a tal situación otros factores, que el padre Alberto Agostini enumera en estos párrafos referidos a la suerte del indio fueguino, sobre quien, sin embargo, no había recaído el peso de la campaña del desierto:

«Los aborígenes de Tierra del Fuego, que habían podido resistir por siglos enteros la intemperie de un clima severo y tempestuoso y luchar con mil fatigas y astucias para procurarse un alimento magro e insuficiente, se extinguieron. La causa puede atribuirse al contacto con el hom-



bre blanco, muy frecuente en la mitad del siglo pasado.

»Los yaganes y los alakalufes, por vivir en los canales -donde era más frecuente el pasaje y tráfico de los navíos- fueron los primeros en sentir el influjo dañoso de la civilización. De ese contacto contrajeron numerosas enfermedades que los diezmaron espantosamente, y se habituaron al abuso del alcohol, que debilitó su fibra y estimuló además otros vicios, rebajando, en suma, su nivel moral.

»Aventureros de la peor especie, buscadores de oro y cazadores de focas, cometieron impunemente actos nefastos con-

Ramón Lista, explorador de la región austral

Los viajes de Musters, del chileno Cox y del perito Moreno suscitaron en Ramón Lista, porteño nacido en 1856, "el ardiente deseo de visitar la Patagonia, esa tierra misteriosa de los gigantes y ciudades encantadas". Apenas cumplidos los veinte años, la Sociedad Científica Argentina le encomienda la misión de explorarla desde el Estrecho de Magallanes a las márgenes del río Negro.

Lista habría de recorrer miles de kilómetros, a pie, en mula, a caballo, en lancha, en barco, en invierno y en verano, en la costa inhóspita o en los montes cordilleros. En él convivían el explorador y el geógrafo. Investigó el suelo, el sistema hidrológico austral, su fauna y su flora.

Compartió muchas jornadas con los tehuelches a quienes estudió, amó y defendió. Su primer viaje fue realizado a fines de 1877; al año siguiente hizo otros dos, uno de ellos con Carlos Moyano, que estuvieron destinados a indagar las fuentes del río Chico, finalmente localizadas al pie de la cordillera. Empezó su cuarta expedición entre febrero y abril de 1880.

En 1885 se le encarga el reconocimiento del río Valcheta y la investigación de la existencia del Deseado. Parte con cuarenta hombres de escolta, el sabio Carlos Burmeister y cinco indios amigos. Atraviesa 2500 km de zonas desconocidas, explora una parte del río Colorado, dobla hacia el sur, hacia el río Negro, y desde Fortín Castro se interna en la travesía del Valcheta, explora su cauce, alcanza el Chubut y llega a la colonia galesa de Rawson. Luego se traslada por mar a Puerto Deseado y recorre el río del mismo

nombre hasta alcanzar su confluencia con el Aureteguel.

En 1887 parte para Tierra del Fuego y comprueba la riqueza de sus bosques y la fertilidad de sus pampas. Escribe *Viaje al país de los onas*, alentando el interés del gobierno nacional.

A los treinta años es nombrado gobernador de Santa Cruz (marzo de 1887). Traslada la capital a Río Gallegos y propugna declarar la puerto franco para librarla de la dependencia de Punta Arenas. Escribe otros libros: *Viaje a los Andes australes* y *Un invierno en Nahuel Huapi*. Muere trágicamente en 1897, a los cuarenta y un años.

Raúl Larra

Periodista, historiador y novelista. Autor, entre otras obras, de una difundida biografía de Lisandro de la Torre, y de diversos trabajos sobre la conquista de la Patagonia.



Las fuerzas de Vintter establecieron este campamento (abajo) en la zona de la precordillera: los debilitados grupos aborígenes fueron arrinconados en los contrafuertes andinos y confinados en reducciones (pie de página).
 Página 43: el cacique Namuncurá junto a sus hijos, Julián y Ceferino.
 Viñeta: estampilla de Popper.



Archivo General de la Nación

tra esas infelices e indefensas criaturas a quienes después ultimaban sin piedad. Para los onas, el principal agente de su rápida extinción fue la persecución despiadada y sin tregua que le hicieron los estancieros, por medio de peones ovejeros quienes, estimulados y pagados por los patrones, los cazaban sin misericordia a tiros de *winchester* o los envenenaban con estricnina, a punto casi de exterminarlos, hasta quedar como únicos dueños de los campos primeramente ocupados por los aborígenes.

»Aniquilados en esta cacería feroz, los onas que no pudieron refugiarse en la misión salesiana fueron obligados a retirarse a la región montañosa del sur, cubierta de bosques impenetrables y de peligrosas ciénagas, donde por falta de medios de subsistencia muchos de ellos perecieron de hambre.»

Colonos y exploradores

Una vez concluida la guerra con los indígenas, el gobierno nacional emprendió la organización de la tierra, que fue dividida, según la ley sancionada en el año 1884, en los territorios de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego, La Pampa, Chaco, Formosa y Misiones. Los cinco primeros correspondían a la Patagonia.

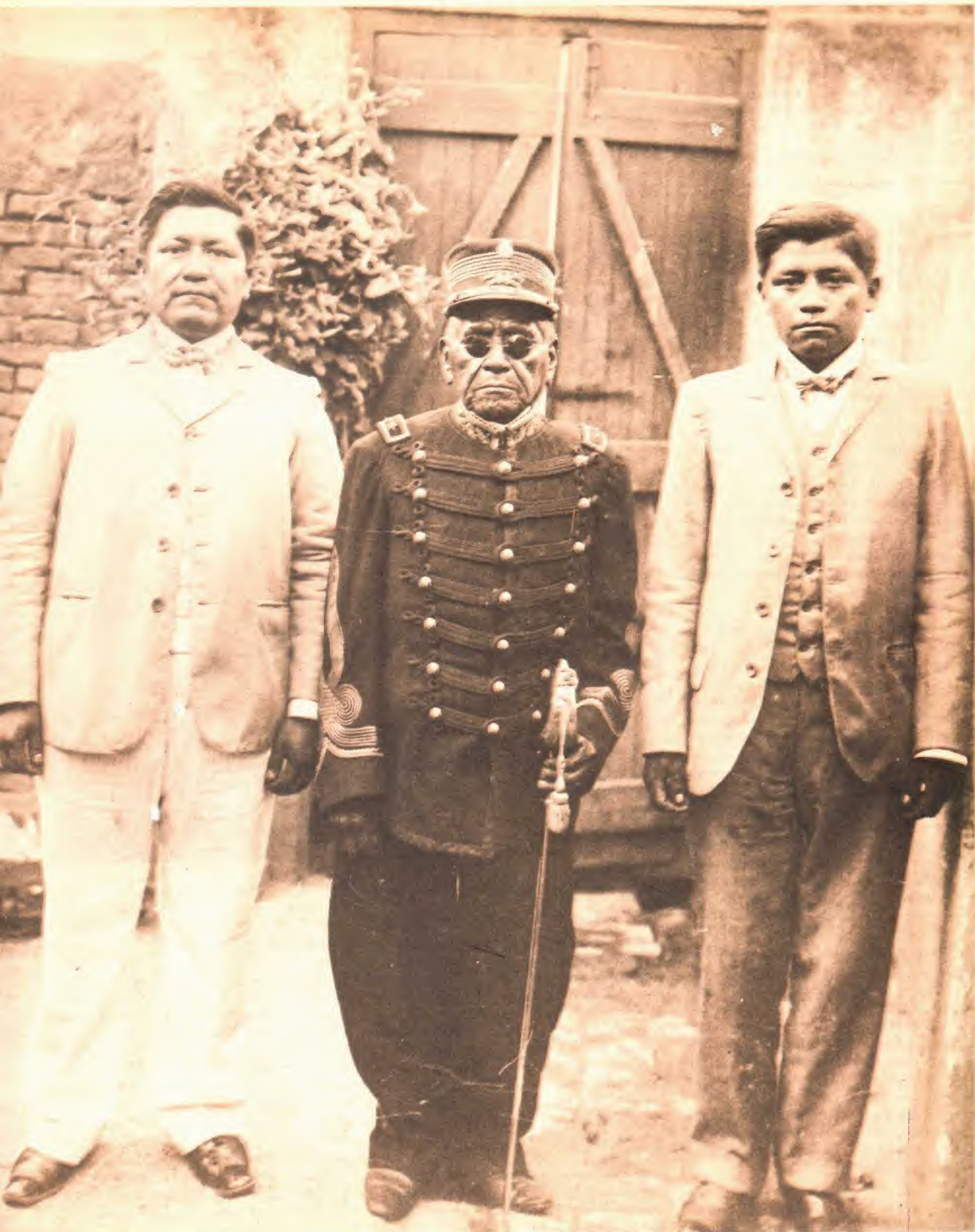
Los gobernantes designados para estos territorios sureños fueron exploradores y geógrafos, además de militares y administradores. Porque en la década de 1880 la función prioritaria de las autoridades era conocer los recursos de sus jurisdicciones a fin de poblarlas y administrarlas adecuadamente. Ejemplos ilustres de los gobernantes de esta década son, entre otros, los nombres de Carlos Moyano y Ramón Lista en Santa Cruz; Manuel de Olascoaga en Neuquén y Luis Jorge Fontana en el territorio de Chubut.

Ellos y los pioneros que los secundaban afrontaron múltiples dificultades. Ante todo, la falta de población blanca estable y la carencia casi absoluta de pueblos, aldeas y ciudades. En Río Negro y en Neuquén la mayoría de las poblaciones surgió a partir de los caseríos instalados en torno de los fortines. La capital del territorio



Archivo General de la Nación

Archivo General de la Nación



Las misiones establecidas por los salesianos en la Patagonia trataban de adaptar a los aborígenes a las costumbres del hombre blanco; por ejemplo, a la vestimenta (derecha). Ceferino, hijo de Namuncurá, se vinculó a monseñor Cagliero, quien se convirtió en su protector (izquierda). Abajo: onas de Tierra del Fuego.

neuquino se mudó repetidas veces, de Codhiué a Norquin, de allí a Chos Malal, hasta que por último halló su sede definitiva en el eje ferroviario establecido en la confluencia del Limay y el Neuquén.

Otro obstáculo era la aridez de la mayor parte de las mesetas patagónicas. Una de las medidas que se tomaron para intentar resolverlo fue la memorable construcción del canal llamado «de los milicos» en el río Negro, primer intento de riego artificial del alto valle. Cavado en 1883, cinco años más tarde ya existían en la región unas 20 000 cepas de vid. Por entonces, junto a los poblados incipientes pastoreaban los modestos rebaños de los primeros habitantes, esos criollos que habían luchado como soldados rasos en la campaña del desierto y que, acompañados por sus chinás, se establecieron en los territorios recién pacificados.

En ciertas regiones los colonos eran extranjeros, con poca disposición para adaptarse a la administración nacional. Tal era la situación de los galeses de Rawson, Gaiman y Trelew cuando el comandante Fontana, que había sido secretario del gobierno del Chaco, fue designado en el Chubut. «Queda terminantemente prohibido estampar el sello de las reparticiones públicas del territorio en documentos que no estén en idioma nacional», puntualizó Fontana. Y, consecuente con dicha exigencia, el gobernador puso un empeño especial en asegurar la presencia de un maestro costeadado por el erario público para enseñar castellano a los galeses.

Pero la organización de una expedición conjunta al interior desconocido del Chubut constituyó el mejor método para llegar al entendimiento entre el gobernador y sus colonos. Fontana encabezó entonces un grupo de apariencia heterogénea, en cuya indumentaria se advertían mezclas extravagantes: el jacquet que asomaba por debajo del poncho, el quillango indígena supliendo al capote impermeable. Eran formas y recursos con los que se trataba de resolver la escasez, la pobreza, el aislamiento.

La comitiva recorrió 1700 leguas. Admiró la hermosura de los valles cordillera-



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires

nos, como el de las Frutillas, el de los Corintos y el 16 de Octubre; reconoció el curso de los ríos Senguerr y Mayo; visitó las orillas de los lagos Musters y Colhué Huapi, de aguas verdosas encrespadas por el viento. Fontana, que en un principio había desconfiado de la capacidad de sus acompañantes, expresó, en cambio, al finalizar la campaña: «La evidencia elocuente de los hechos que se producían a mi vista, me obligó a cambiar diametralmente de opinión: el galés monta a caballo como el árabe, boleaba avestruces como el indio y maneja el *remington* como un soldado de nuestro Ejército.»

Otro resultado positivo de la expedición fue el establecimiento de la Colonia 16 de Octubre, la primera de la zona cordillerana del Chubut. Cincuenta familias

galesas comenzaron allí un nuevo experimento en un marco natural más amable que el de la árida costa, pero asimismo mucho más aislado.

Entretanto, en un lapso de sólo tres años, de 1886 a 1889, se construía el ferrocarril que unía Puerto Madryn con Trelew. Gracias a esta línea férrea, se solucionó parcialmente la crónica carencia de agua de la que padecía Madryn. «Pero el tren - anotó Roberto Payró diez años más tarde - no va al puerto sino cada quince o veinte días, y hay que economizar el agua como si fuera oro en polvo. Y aun así, los señores de la playa dependen de la buena voluntad de los señores del Ferrocarril Central del Chubut, y muchas veces tienen que ponerse a ración para no quedarse sin tener qué beber.»

El fenómeno de adaptación a otra cultura -totalmente ajena- queda registrado en esta curiosa fotografía de una familia aborigen, que ha cambiado sus ropas ancestrales por los atuendos típicos del paisanaje criollo y los uniformes del Ejército nacional.



Archivo General de la Nación

Gobernar el Territorio de Santa Cruz al promediar la década de 1880, era tal vez la empresa más difícil. Correspondió esta ardua tarea a un joven teniente de la Armada, Carlos Moyano, nacido en Mendoza veintinueve años atrás. Este «marino de a caballo» -como lo califica el historiador Armando Braun Menéndez- tenía, sin embargo, una larga experiencia sureña, junto a Piedrabuena en las aguas patagónicas y en el establecimiento de la isla Pavón, y como apoyo de Francisco Moreno en la expedición descubridora de los lagos Argentino y Viedma en 1876. Se contaban anécdotas espeluznantes de la capacidad de resistencia de Moyano, y se apreciaban sus buenas relaciones con los tehuelches. Era, sin duda, el único capacitado para sentar las bases de la autoridad nacional en el lejano territorio.

Luego de su designación, Moyano puso un especial empeño en el relevamiento del suelo santacruceño, tan extenso como el de un reino o una república europea. A ese afán respondieron sus viajes a caballo, que realizó de manera metódica, sin desalentarse, guiado por el propósito de poder valorizar la riqueza patagónica. Cuatro expediciones pusieron a prueba su coraje y su paciencia. Una de ellas, de neto corte colonizador, se proponía emular las hazañas del inglés George Musters, dándoles ahora contenido nacional. Moyano intentaba verificar la viabilidad de la ruta indígena que unía Santa Cruz con el río Negro, aquella que transitaban las tribus tehuelches del sur al norte de la Patagonia. Quería comprobar la existencia de aguadas suficientes como para arrear vacunos y lanares, evitando el transporte

marítimo, que era bastante más costoso. Acompañado por un par de baqueanos, algunos colonos y una tropilla de cincuenta caballos, además de una jauría de perros de caza, el gobernador se internó en la cordillera, siguió el curso del río Chico y descubrió el magnífico espejo de agua del lago Buenos Aires. En el trayecto, además de demostrar su habilidad para boleear guanacos -comparable a la de los aborígenes- fue utilizando los paraderos -*aiken*- de los antiguos tehuelches: Corpen, Tamel, Telken, Huelguen, Apelez, Cherque, Eskel, Tecka, Chupati... De este modo la expedición alcanzó la costa atlántica, poblada por los galeses, comprobando la seguridad que ofrecía la ruta elegida, a través del valle del actual río Chubut, recorriendo el territorio desde las montañas hasta el mar.

El 16 de octubre de 1884 se promulgó la ley 1532, que reorganizaba los territorios nacionales. Fontana fue nombrado primer gobernador del Chubut, y fundó la colonia 16 de Octubre en homenaje a la citada ley. Esta foto pertenece a la escuela mixta, donde concurrían niños galeses y aborígenes (pie de página, izquierda).

El crimen de nacer indios

En 1895 Francisco Pascasio Moreno decide volver al sur y visitar aquellas regiones que no le había sido posible alcanzar entre 1875 y 1880, época de sus primeros viajes a la Patagonia. Se propone también apreciar las modificaciones ocurridas en el curso de esos veinte años, en los cuales había desaparecido el indio indómito. En las proximidades del río Maiten observa que no existen ya las tolderías donde había pernoctado, y que sus habitantes habían sido esparcidos a los cuatro vientos: «pobres indios que jamás hicieron mal a nadie y que no cometieron más crimen que el de nacer indios».

«En la dura guerra a los indígenas se cometieron no pocas injusticias, y

con el conocimiento que tengo de lo que pasó entonces, declaro que no hubo razón alguna para el aniquilamiento de las indiadas que habitaban al sud del lago Nahuel Huapí, pudiendo decir que si se hubiera procedido con benignidad, esas indiadas hubieran sido nuestro auxiliar para el aprovechamiento de la Patagonia, como lo es hoy el resto errante que queda de esas tribus, desalojadas diariamente por los ubicadores de los "certificados" con que se premió su exterminio. Más población había en las tolderías indígenas sometidas a los caciques Inacayal y Foyel, que la que hoy vive en la región andina del Chubut, a pesar de las extensas zonas concedidas para colonizar» ■

En una nueva marcha Moyano buscó una segunda huella, esta vez costera, que uniera Santa Cruz con Chubut. Ambas, la cordillerana y la del litoral, fueron rutas usadas para arrear animales y poblar así los campos sureños. Pero las fatigas del gobernador no terminaron aquí: él mismo viajó a las Malvinas, de donde era oriunda su esposa, Ethel Turner, para buscar colonos y ovejas que ya estuvieran adaptados a las duras condiciones de la existencia en el sur. También invitó a los chilenos de Punta Arenas a invertir dinero extendiendo sus negocios al Territorio de Santa Cruz. Preocupado por el descubrimiento de oro en Cabo Vírgenes, marchó hasta ese remoto confín para ver qué



Archivo «Todo es Historia»



Archivo General de la Nación



Grandes rebaños comenzaron a poblar los campos patagónicos (pie de página, centro); las concesiones de tierras fueron para los capitalistas poderosos. Abajo, derecha: indígenas de los canales fueguinos, bajos pero fuertes. Pie de página, derecha: una de las misiones salesianas de la Australia argentina. Viñeta: vapor Río Negro.

ocurría con los buscadores. Se estima, en suma, que este admirable «marino de a caballo» recorrió no menos de 8500 km en los siete viajes que realizó.

Pero su actividad no fue la única. La historia patagónica recuerda otras hazañas, como la de Carlos Burmeister: en 1888, por encargo del Museo de La Plata, cumplió un largo periplo por el curso del río Senguerr. Debía estudiar sobre el terreno las cuestiones limítrofes con Chile. Guiado por un objetivo también estratégico, viajó a Santa Cruz el teniente de fragata Augusto del Castillo, a quien debemos el descubrimiento del manto carbonífero de la sierra Dorotea, cerca de Río Turbio.

Esta secuencia de expediciones notables no puede hacernos olvidar la historia modesta y sufrida de los primeros colonos de Puerto Deseado, del establecimiento fundado por el capitán de ultramar Antonio de Oneto en 1884. La empresa, iniciada con poco más de veinte colonos, procuraba arraigar una población cerca de las ruinas del antiguo fortín y saladero de Deseado, destruido por los ingleses en 1807. Esta gente resistió, comiendo mejillones y otros frutos de mar -como si fueran naufragos- las desdichadas alternativas del intento, interrumpido por la muerte de Oneto. El presidente Juárez Celman, aconsejado por el gobernador Lista, sucesor de Moyano, declaró oficialmente que

la colonización había fallado. Pero los pobladores insistieron, no se retiraron: permanecieron en el lugar apacentando sus magros rebaños, y Burmeister, de paso por allí, escribió poco después: «ese pequeño grupo humano, aislado en medio del desierto, con el mar abierto a la vista, es digno de encomio por su perseverancia y el tesón con que se dedica a sus tareas rurales.»

Un espectáculo similar ofrecía la colonización de San Julián. Casillas precarias, víveres para un año y una pequeña cantidad de animales, constituían la promesa del gobierno a los colonos que registraran sus nombres para poblar esa localidad ma-



Un destacamento, integrado por fuerzas de artillería de desembarco y de la marina, se instaló en las cercanías de la misión anglicana de Tierra del Fuego (abajo).

Pie de página: onas con sus mantos de pieles de guanaco con el pelo hacia afuera, arcos, flechas y carcaj.



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires



Archivo Central Salesiano - Buenos Aires

rítima. Por eso resulta escandaloso que estos pioneros no tuvieran siquiera la compensación de recibir en propiedad la legua de campo que les correspondía por ley. La situación no había variado en lo más mínimo en 1898, cuando Payró emprendió su conocido viaje a *La Australia argentina*. Porque en el lejano sur, a igual que en el Gran Chaco, la política del gobierno nacional estaba definiéndose por la entrega de grandes concesiones de tierras a capitalistas y especuladores. El mismo Mòyano reconoció que éste sería el único medio adecuado para valorizar las riquezas patagónicas. Consideraba que los colonos pobres no sobrevivirían. Contradiciendo estos sombríos pronósticos, pequeños núcleos se fueron instalando en el territorio: alemanes, ingleses, malvineros, chilotes, españoles y criollos del norte.

El último confín

La Tierra del Fuego se incorporó efectivamente al dominio argentino en la década del ochenta. Hasta entonces, la habían frecuentado marinos, balleneros y misioneros. Con motivo del tratado limítrofe con Chile que en 1881 dividió a la isla en dos partes, el presidente Roca envió una división expedicionaria comandada por el coronel de Marina Lasserre que en octubre de 1884 afirmó la bandera argentina en la misión anglicana que existía en Ushuaia, a cargo del pastor Thomas Bridges. La división de Lasserre instaló viviendas y faros en la bahía de San Juan de Salvamento y en la Isla de los Estados. El nuevo gobernador, Félix Paz se instaló en Ushuaia, donde Bridges y los suyos aceptaron de buen grado la jurisdicción argentina. Pronto vendrían los buscadores de oro, los propietarios de estancias y los salesianos. Como en otros puntos de la Patagonia, la población indígena declinó rápidamente, por persecuciones o enfermedades, y una nueva historia, llena de hechos sombríos, privaciones y soledades, empezó a transcurrir en esta lejana porción del suelo nacional ■

4. Moneda, crédito, comercio, ferrocarriles

En la década de 1880, las profecías de Rivadavia, Sarmiento y Alberdi sobre el venturoso futuro que esperaba a la Argentina parecían comenzar a concretarse.

Una única ideología dominaba a los gobernantes: la del progreso, a toda costa y sin escatimar el precio.

Esto provocó un crecimiento anárquico y descontrolado, en el que toda palabra prudente parecía una cobardía y toda actitud sensata se asemejaba a una negociación del porvenir. La crisis de 1890 puso de manifiesto los errores y los abusos de este proceso. Pero, una vez superada, el despegue argentino se traduciría en una serie de realidades que asombrarían al resto del mundo.

A comienzos de la década que se inicia en 1880, las posibilidades económicas del país se asentaban sobre bases con las que toda la dirigencia argentina coincidía: ingreso al mercado mundial como productor de artículos primarios, transporte capaz de llevar a puerto esta producción, capitales para explotar los recursos naturales -fundamentalmente la tierra- e inmigración para paliar la escasez de mano de obra. Además, era indispensable terminar con la anarquía monetaria para unificar y prestigiar los medios de pago de la Nación.

La circunstancia internacional tendía a favorecer estos planes: en Europa existía un mercado de capitales ávidos de colocaciones con alto rendimiento; a su vez, la industria del Viejo Continente, con exceso de producción, buscaba nuevos mercados y, al mismo tiempo, productos primarios para elaborar. Así, el momento del despegue económico del país se veía favorecido por una especial y tal vez irreplicable circunstancia.

La anarquía monetaria argentina era crónica: billetes del Banco de la Provincia de Buenos Aires, piezas de plata y cobre acuñadas en La Rioja o Córdoba, pesos bolivianos y monedas extranjeras de todo tipo, servían simultáneamente como medios de pago. En julio de 1881 el presidente Roca envía al Congreso una iniciativa que es aprobada cuatro meses después como ley 1130. En su virtud, la Casa de Moneda -creada en 1877 pero todavía inactiva- acuñaría el «argentino» o «peso oro», y piezas de plata de diverso valor; al mismo tiempo, se prohibiría la circulación de moneda metálica extranjera a partir del momento en que la acuñación nacional alcanzara una masa suficiente. Pero entretanto, y como la población difícilmente usaría moneda metálica en sus transacciones diarias, seis bancos tendrían el privilegio de emitir billetes. Se suponía que estos billetes podrían convertirse a oro o plata una vez que los bancos emisores logran acumular una reserva metálica. Pero esto no ocurrió: el déficit de nuestro comercio exterior se repeti-

Por ley del 6 de febrero de 1863, el Banco y Casa de Moneda de la Provincia fue llamado Banco de la Provincia, nombre al que más adelante se le agregó «de Buenos Aires». La crisis financiera iniciada en 1885 agudizó sus problemas: en 1891, al no poder cumplir con sus obligaciones, debió ser clausurado.



Abajo, izquierda: salón de directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Este banco emitía billetes que circulaban al mismo tiempo que otros tipos de moneda. La ley 1130 trataría de poner coto a tal anarquía. Abajo, derecha: Carlos Pellegrini. Viñeta: una gran riqueza, las ovejas Lincoln.



Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires Doctor Arturo Jauretche



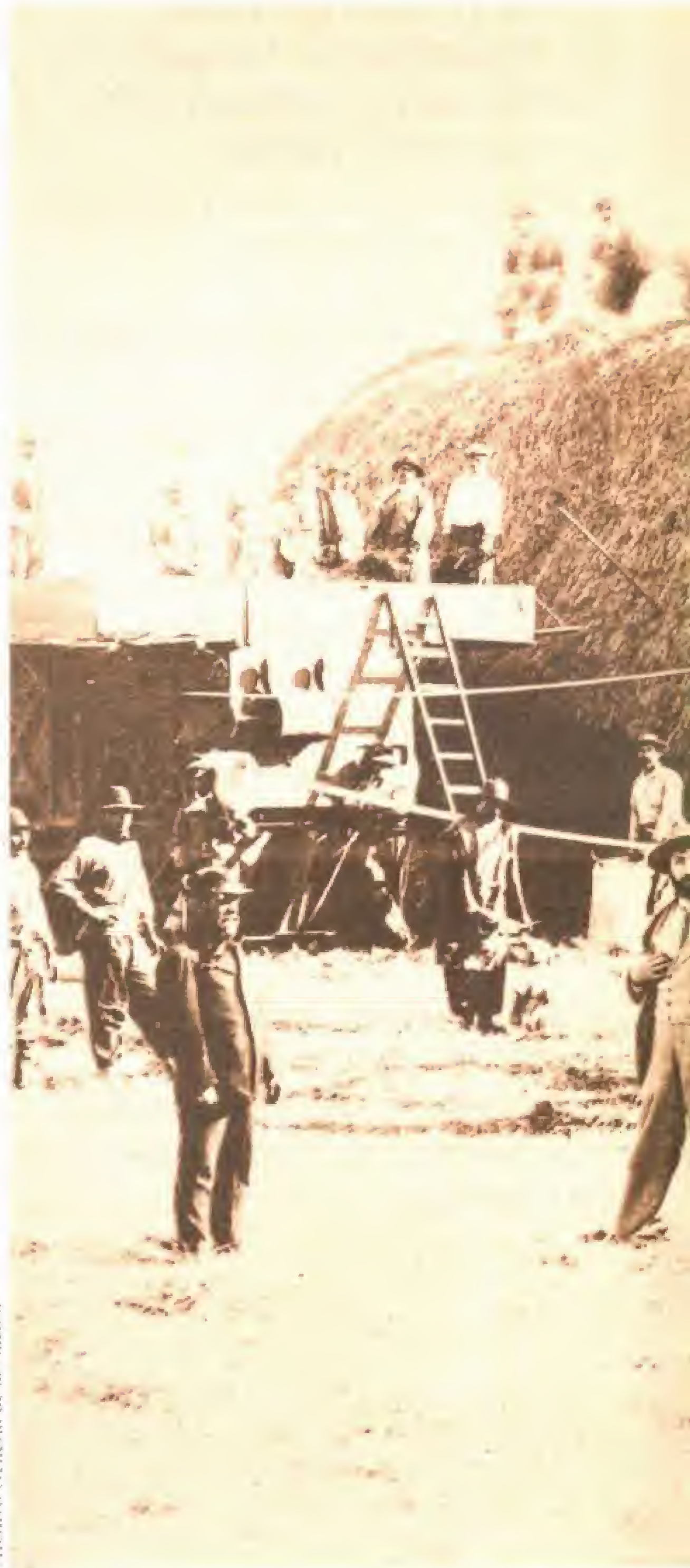
Archivo General de la Nación



Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires



Archivo General de la Nación



ría año tras año, y todavía la Argentina no exportaba volúmenes suficientes como para atesorar el metálico necesario. La Casa de Moneda fue acuñando plata hasta 1884 y oro hasta 1896 de manera esporádica, en hermosas piezas que hoy son rarezas de coleccionista, y no volvió a troquelar más. En consecuencia, los pesos papel no pudieron convertirse y a principios de 1885 el Poder Ejecutivo decretó el «curso forzoso», es decir, la inconvertibilidad de los billetes. Si en 1884 una medida de oro equivalía a 100 billetes -según calcula Ernesto Tornquist en *El desarrollo económico argentino en los*

últimos cincuenta años, publicado en 1919- seis años después había que usar 251 de esos billetes para comprar la misma cantidad de oro. En realidad, la moneda papel, pese a su progresiva desvalorización, no se derrumbó gracias a los préstamos exteriores: en 1886 el endeudamiento nacional era de 117 millones de pesos oro, y tres años más tarde se elevaba a casi 300 millones. Este endeudamiento traería graves consecuencias que se pondrían en evidencia en 1890, pero entretanto actuó como respaldo de los billetes, que de otro modo se hubieran desvalorizado mucho más rápidamente.

El tema de la conversión de los billetes, teórico como era, provocó sin embargo enconados debates, porque escondía un elemento político: la lucha por el predominio entre el interior y el litoral. En el litoral, el oro era la moneda utilizada para las transacciones con el exterior: en ellas actuaban el Banco Nacional y el Banco de la Provincia de Buenos Aires, que operaban con el áureo metal. En el interior, en cambio, la moneda tradicional era la plata, que llegaba por la vía del intercambio comercial con Bolivia, Chile o Perú. Entonces, si los billetes debían convertirse, ¿a qué metal habrían de hacerlo? ¿A

La producción agropecuaria recibió algunos estímulos oficiales, pero se benefició principalmente con la fertilidad de las tierras vírgenes pampeanas y con las mejoras en las razas bovinas y ovinas (centro, derecha). Derecha: billetes de la época.



Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires Doctor Arturo Jauretche



Archivo General de la Nación

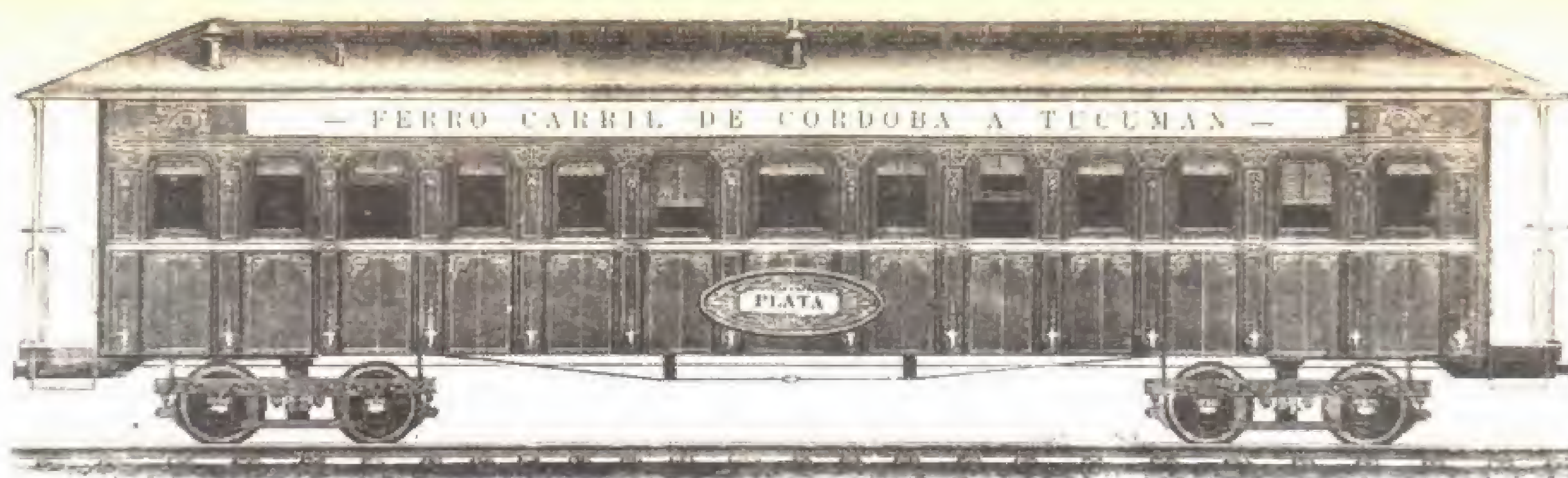
oro o a plata? Ezequiel Paz, Tristán Achával Rodríguez, Delfín Gallo y otros diputados defendieron encarnizadamente la conversión a la plata, y fueron derrotados. En octubre de 1883 se sancionó la ley 1354 por la cual los bancos emisores de billetes, fueran del Estado, mixtos o particulares, sólo podían cambiar sus papeles por oro. La larga lucha del interior por mantener la circulación de la plata había concluido. Como dijo en la ocasión Carlos Pellegrini, se había legislado para Buenos Aires. La vieja ciudad del Plata, nueva capital de la Nación, seguía siendo protagonista indiscutible.

Sin embargo, persistía la escasez de circulante y se clamaba por nuevas emisiones que satisficieran las necesidades de una economía audaz y expansiva como la que se vivía en los últimos años de la década. En 1887 el presidente Juárez Celman presenta un proyecto sobre «bancos libres y garantidos», que se aprueba poco después. De acuerdo con esta ley, se autorizaba a los bancos a emitir billetes garantizados por la Nación, siempre que dispusieran de una reserva en oro correspondiente a su emisión. Al poco tiempo, la mayoría de las provincias, con el propósito de hacerse del oro indispensable para

que sus bancos pudieran emitir billetes, había contraído deudas con el exterior; en suma, se había llegado a un nuevo aumento de los compromisos pactados en oro, y a producir una catarata de papel moneda, que contribuyó a «calentar» aún más la economía. En vísperas del fatídico año noventa, la moneda nacional de curso legal existía, pero a un precio terrible. Había terminado la anarquía monetaria, pero con un inmenso costo. Indudablemente, como había sucedido en todas las épocas -y seguiría sucediendo- resolver los problemas económicos importantes no se presentaba como tarea

La Argentina tenía vastas tierras fértiles y una gran tradición ganadera. Los mercados europeos reclamaban granos (abajo), cueros (página 53, izquierda) y lanas (página 53, al pie: barraca del establecimiento de Busch).

Viñeta: vagón del ferrocarril Central Norte, que unía Córdoba con Tucumán.



sencilla; por el contrario, el comerido acarrea grandes inconvenientes y dificultades para quienes debían hacerles frente, obligados por las circunstancias.

Producir, exportar

La solidez de la moneda y de la economía argentina dependía de la evolución del comercio exterior o, en otras palabras, de la capacidad nacional para exportar mucho, importar lo indispensable y capitalizarse con los saldos del intercambio. Como ya se ha dicho, la situación del mercado internacional era óptima para la incorporación de esta Argentina recién llegada. Pero en la década del ochenta el despegue de nuestro país, aunque impresionante, no alcanzó a arrojar saldos positivos. A partir de esta realidad, todo se iría deteriorando hasta llegar al estallido de 1890.

Las exportaciones argentinas, calculadas en pesos oro, fueron de casi 60 millones en 1880, y aumentaron gradualmente hasta llegar a 100 millones en 1890. Las importaciones también aumentaron, pero mucho más rápidamente: de 45 millones en 1880, a 142 millones en 1890. Salvo 1880 y 1881, todos los años siguientes arrojaron saldos negativos: en 1889, el monto fue de 74 millones de pesos oro. Esta balanza comercial deficitaria se fue cubriendo con ingresos en metálico provenientes del exterior en forma de empréstitos, o con la enajenación de ferrocarriles, tierras y otros bienes nacionales. Se trataba, naturalmente, de recursos de emergencia. Algunas voces prudentes, como la de Sarmiento -que hablaba de «la gran deudora del sur»-, o la de Aristóbulo del Valle -que clamaba contra las emisiones de papel sin respaldo, verdaderas falsificaciones- vaticinaban sombrías consecuencias a los resultados de esta política.

Sin embargo, aunque nuestro comercio exterior presentaba esta grave debilidad, las líneas tendidas en esta década eran correctas y se asentaban en una lúcida apreciación de la realidad industrial europea. Los mercados del Viejo Continente reclamaban lanas y cueros para elaborar; sus pueblos podían consumir una mayor cantidad de alimentos de mejor calidad. El descubrimiento del frío artificial hacía

Prebisch y la ley de unificación monetaria

En 1922 el joven economista Raúl Prebisch escribía en la *Revista de Ciencias Económicas* un artículo titulado «Anotaciones sobre nuestro medio circulante». Refiriéndose a la ley 1130, cuyo mérito había sido iniciar el proceso de unificación del sistema monetario argentino en torno de una sola unidad, un solo instituto de emisión y un sistema único de monedas y billetes, decía Prebisch:

«En 1881, resuelto el último problema que planteaba la unidad nacional y deslumbrado el país por el oro prestado que llegaba, la vieja ilusión renace. Por otra parte, se pretendía so-

lucionar la anarquía circulatoria reinante en las provincias, que dificultaba las transacciones interprovinciales... Pero sus efectos, fuera de dar cierta uniformidad a la circulación, fueron nulos, ya que una disposición legislativa no podría retener los metales en el país, cuyos movimientos obedecían únicamente al estado del balance de pagos, ni mucho menos solucionar la anarquía del interior, que [...] respondió a circunstancias histórico-económicas de muy profundo arraigo» ■

En General Rodríguez estaba ubicada la estancia San Fermín, de Bernardo de Irigoyen, uno de los establecimientos más importantes de la época (abajo, derecha). La carrera de este estadista y jurisconsulto había comenzado a los veinte años, cuando Rosas lo designó oficial de la legación argentina en Chile.

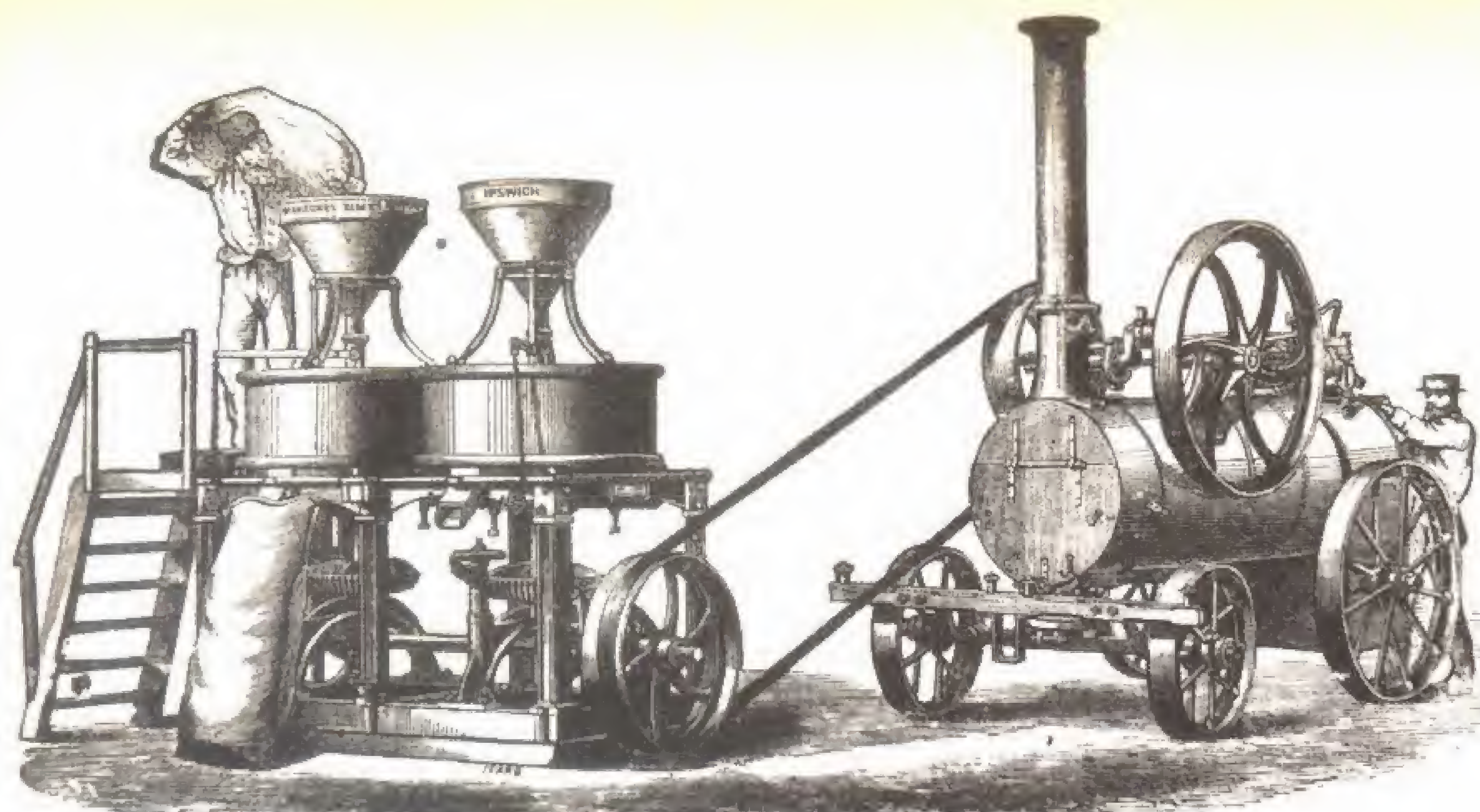


Museo Mitre



Museo Mitre





El periódico El Plata Industrial y Agrícola, en un número de 1876, anunciaba este molino perfeccionado para moler granos (izquierda), fabricado en Inglaterra, al igual que la segadora Samuelson, promocionada también por dicha publicación. Pie de página, izquierda: cédula hipotecaria de 1891.

posible el transporte de la carne, y los crecientes tonelajes de los buques de ultramar permitían grandes cargamentos de cereales. La Argentina tenía tierras vastas y fértiles, que se podían explotar a bajos precios, y una tradición agrícola y ganadera que incorporaba, año tras año, una mejor tecnología. Faltaban, eso sí, medios de transporte que abarataran los costos derivados del inconveniente de la lejanía de las praderas respecto de la boca de salida.

SEGADORA "SAMUELSON"



Constructores: **RANSOMES, SIMS y HEAD** Inglaterra

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Museo Mitre

Banco Hipotecario de la Provincia de Buenos Aires

PRÉSTAMO \$20.000

NOTA

BUENOS AIRES 1891



El Banco Hipotecario Nacional (página 54, al pie, centro) inició sus operaciones en 1886. Sus comienzos fueron prósperos, y aunque la crisis del noventa repercutió en su marcha y solvencia, pronto pudo recuperarse y superar las dificultades.
Abajo: borregas Rambouillet de la cabaña San Fermín.

Planteadas así las cosas, es indudable que la política en materia de exportaciones seguida por el Estado en aquellos años, fue correcta. La producción primaria, sobre todo la pecuaria, recibió toda clase de apoyo, desde exenciones impositivas para promover los envíos de carne enfriada, hasta ventas de grandes extensiones de tierra a bajo precio; desde los créditos fáciles en los bancos, hasta el establecimiento de un nuevo Banco Hipotecario, que haría afluir al país ingentes capitales

externos a través de la venta de sus acreditadas cédulas. Las incipientes fuerzas productivas locales respondieron positivamente a estos estímulos, como era de prever; a fin de destacar esta saludable reacción basta recordar la incorporación de maquinaria agrícola, alambrados y molinos a las explotaciones, o la acelerada mestización del ganado.

¿Qué ocurrió, entonces, para que el desequilibrio de nuestro comercio exterior

llegara, a fines de la década de 1880, a ser catastrófico? Ocurrió que los frutos de este proceso tenían necesariamente un tiempo de maduración, y en estos años todavía estaban verdes...

Las exportaciones de trigo, maíz y lino eran promisorias pero todavía insuficientes: recién habrían de maximizarse en la década siguiente y, de modo espectacular, en la que se inició en 1900. Sólo el tasajo, los cueros y las lanas podían compensar, en la década que estudiamos, las importaciones masivas: pero el tasajo estaba dejando de consumirse en sus antiguos mercados, y la lana, por su parte, vio bajar su precio en Europa. En cambio, las importaciones subían sin control. Se centraban en bienes de consumo, especialmente alimentos y bebidas destinados a satisfacer la demanda de aquellos inmigrantes que aún conservaban sus hábitos nacionales, o en textiles. Se importaban también bienes de capital o de consumo durable, pero en porcentajes bajos. En 1885 empiezan a incrementarse firmemente las exportaciones agrícolas y, paralelamente, las importaciones, siempre en ascenso, comienzan a variar su composición: ahora se trae material ferroviario, productos industriales y otros bienes de capital. Pero los resultados de estas incorporaciones tendrán que esperar unos años para manifestarse: por ahora sólo agravan el desequilibrio de nuestra balanza comercial.

Ningún país puede sobrevivir mucho tiempo a un déficit continuo y creciente en su intercambio. Ocho años de balance negativo en nuestro comercio exterior, disimulados con empréstitos e inflación, bastaron para conmover la vulnerable economía de 1890. Y sin embargo, y a pesar de todo, el esquema comercial de la Argentina estaba bien planteado, como se vería después. El país había detectado correctamente sus mercados, identificado los bienes que debía privilegiar, e incorporado las técnicas que aumentarían y mejorarían la producción. Simplemente faltó contención y disciplina para que estas acertadas líneas productivas dispusieran del tiempo necesario para robustecerse. Resultaba más fácil endeudarse y seguir importando todo lo que se le ocurriera a los consumidores...



La anarquía monetaria

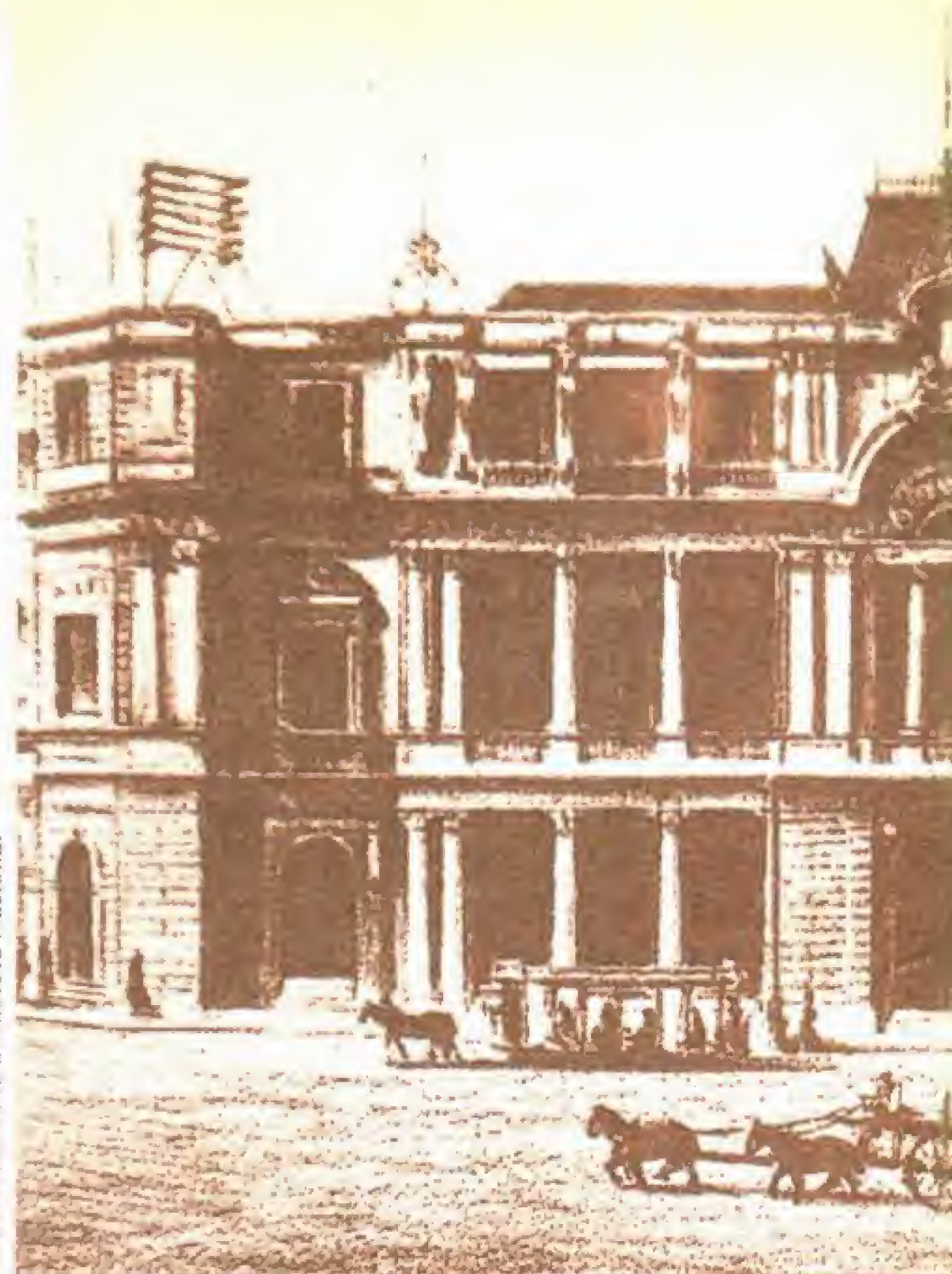
De los hechos monetarios importantes de la década, el más recordado es la ley de 1881 que estableció una moneda para toda la República. Se buco concluir con la anarquía que existía en el país que, siete décadas después de su independencia, no tenía una moneda nacional. La ley, que siguió los lineamientos del Proyecto Plaza del año setenta y nueve, estableció una unidad de 1,6129 gramos (900/000) de fino de plata, denominada peso moneda nacional. Se dispuso que se acuñarían dos tipos de monedas de oro, el argentino y medio argentino (de 5 y 2,5 pesos), y que los bancos autorizados podrían emitir billetes convertibles a oro. Se estableció también un doble patrón, plata y oro, porque en el interior circulaba la primera, aunque después en la práctica sólo se redujo a uno: el del oro. Para las provincias fue más importante, sin embargo, el llegar a obtener una relación que sobrevaluaba la plata con respecto al oro (15,5 a 1, cuando en el mercado estaba a 17 a 1). Viejos billetes (de los que había un stock de 800 millones) se cambiarían por los nuevos a un tipo de cambio de 25 a 1. Aunque en realidad desde al año ochenta el Banco nacional daba oro por sus billetes, la conversión se formalizó recién en 1883. A diferencia de lo que había pasado en la década precedente, el Banco Provincia, que se contaba entre los autorizados a emitir, se mantuvo dentro de límites prudentes. No sucedió así con el reorganizado Banco Nacional, que en 1882 obtuvo un crédito externo para aumentar su capital y que, pese a que la ley que lo dispuso le prohibió aumentar la emisión la llevó de 2,4 millones en 1882 a 40 millones en 1886. Además expandió enormemente su cartera de préstamos, absorbida principalmente por el sector privado, reduciendo los encajes. Cuando

en 1885 se produjo una importante demanda de oro para hacer pagos al exterior, el público, conociendo el estado del banco, apostó -con razón- a que éste en el futuro no podría entregar oro por sus billetes, y se apresuró a convertirlos antes de que esto ocurriera. Esta situación generó una fuerte caída adicional de las reservas de metálico, que determinó que el banco solicitara al gobierno, en ese mismo año, la suspensión de la convertibilidad. Hasta fin de siglo el país volvió al curso forzoso. En vez, a diferencia de las anteriores, por disposición del gobierno nacional, que estableció en forma indisputada su autoridad en una materia que, por tres décadas, se había reservado a la provincia. En 1887 se estableció un régimen de pluralidad de bancos de emisión: los "bancos garantidos", que tenían sus antecedentes en los bancos de Escocia y los National Banks de los Estados Unidos. Esta nueva normativa permitió el establecimiento de bancos privados que podían emitir billetes de circulación en toda la República con la garantía de los fondos públicos nacionales. El fracaso de la experiencia, de la que no quedan buenos recuerdos, no debe atribuirse a las características de estas instituciones crediticias, ya que su implementación no se dio aquí con las garantías que le habían dado reconocimiento en los lugares donde llegaron a funcionar con éxito ■

Roberto Cortés Conde

Especialista en ciencias sociales. Presidente del Instituto Torcuato Di Tella, y profesor invitado en la Universidad de Yale (USA) y en el Colegio de México. Entre sus libros se puede mencionar *El progreso argentino*.

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



¿Cómo pudo mantenerse durante diez años esta ficticia arquitectura? La explicación no es fácil, pero seguramente debe centrarse en la enorme fe que suscitaba el espectáculo argentino: la consolidación de sus instituciones, la explotación de sus tierras fértiles y la ocupación de las marginales, la explosiva actividad de sus habitantes, la rápida asimilación de sus inmigrantes y, sobre todo, un proceso que en ese momento era el gran vector del progreso mundial: los ferrocarriles, en los que fluía el tráfico y el comercio.

El antiguo edificio de la Bolsa de Buenos Aires (izquierda) y la tienda A la ciudad de Londres (abajo). La especulación desmedida que afiebró a la población, culminó en 1890 con una crisis profunda, que fue reflejada en la literatura de la época a través de una serie de novelas que pasaron a integrar el llamado «ciclo de la Bolsa».



LA BOLSA, B. A.



CIUDAD DE LONDRES B. A.

Los caminos de hierro

Ningún banquero, ningún capitalista extranjero podía dudar del futuro argentino cuando contemplaba lo que se estaba haciendo en materia de ferrocarriles. En 1880 existían casi 2500 km de vías, la mitad de ellas propiedad del Estado; en 1890, las vías llegaban a 9500 km y las concesiones otorgadas entre 1886 y 1889 alcanzaban 26 000 km, una cifra realmente fantástica; esta extensión existía sólo en el papel, desde luego, pero era in-

Las tres deudas de la Nación

En tanto el gobierno nacional se embarcaba en una política de venta de los ferrocarriles destinada a lograr el oro indispensable para reducir la deuda externa, los “bancos garantidos” proliferaban y daban origen a un desenfrenado proceso crediticio que provocó la elevación del precio de las tierras y las propiedades urbanas, situación que fue presentada por el presidente Juárez Celman en su mensaje de mayo de 1888 como la demostración palpable de la riqueza nacional.

Embriagado por las cifras, afirmaba que la deuda externa, que crecía con rapidez, podía ser extinguida “si se aplican a su pago” los valores que se poseían, tales como el oro depositado en el Banco Nacional, las acciones de dicho banco, los ferrocarriles y las obras sanitarias, etc. Tan sólo el premio del oro -es decir, la desvalorización de la moneda nacional- tendía su sombra sobre panorama tan halagador. Contra este premio centra sus ataques el presidente, al afirmar que “la suma de billetes bancarios en circulación está representada por la cartera de los bancos, y ésta a su vez está representada por los recursos de los deudores, consistentes en valores que continuamente mejoran de precio, o en propiedades raíces cuyo precio aumenta también de modo considerable”. No paraba mientes en que, si no se aumentaba la producción más de lo que crecía la deuda, si no se restringían los gastos, ese valor de las propiedades raíces caería cuando se produjera el colapso, pues era ficticio.

Las operaciones de especulación en la Bolsa, resultado tanto de la oscilación de la moneda nacional frente al oro como del afán de lujo y el despilfarro que se difundía en la población, convocaban la aten-

ción de los periódicos. En el mes de marzo de 1889 el gobierno interviene a la institución. Cuando el “Comité de la Bolsa” notifica al ministro de Hacienda, Rufino Varela, que no acatará la medida, el presidente responde con la orden de clausurar y sellar las puertas. “La excitación consiguiente fue tremenda -escribió un observador norteamericano de la época- y todo está en suspenso [...] En síntesis, la confusión reina en todas partes.”

Finalmente, a partir de 1890 todo se demoró: el precio de las acciones y cédulas hipotecarias, el valor de la tierra, la cotización de la moneda nacional. Como consecuencia de la crisis, prácticamente todos los bancos garantidos quebraron, incluido el Banco Nacional, en tanto que el de la Provincia de Buenos Aires entraba en una moratoria que perduraría por más de un decenio. Y a la postre, el país se encontró con tres deudas, como sostiene José A. Terry, financista y funcionario público de comienzos de siglo: el gobierno obtenía del extranjero una cantidad de oro con el solo objeto de aumentar la emisión de papel inconvertible, primera deuda. Con este oro compraba fondos públicos, que eran papel que representaba la segunda deuda. Y con estos fondos recibía los billetes de papel moneda inconvertible, tercera deuda. Tercera deuda que la Nación debió afrontar, pues los bancos gozaban de su garantía por los billetes emitidos ■

Elena Bonura

Contadora, especialista en historia económica. Colaboradora de la revista *Todo es Historia*, y autora de varios libros de su especialidad.

Las terminales ferroviarias se fueron instalando en los lugares ocupados antiguamente por las que concentraban el tráfico de carretas. La foto en pie de página muestra la estación de Plaza Retiro, desde donde salían los trenes para el litoral y para el norte.

dicativa de la vocación expansiva de los «camino de hierro» en el país.

Sin embargo, a lo largo de esos diez años la filosofía estatal en materia de ferrocarriles había variado totalmente. En 1880 el Estado Nacional era dueño del Ferrocarril Central Norte, que unía Córdoba con Tucumán; de un ramal de Villa María a Río IV que aspiraba a llegar a Cuyo, y de un pequeño tramo en Entre Ríos; además, la Provincia de Buenos Aires poseía el Ferrocarril del Oeste, que vinculaba la nueva Capital Federal con Luján y allí se dividía en dos rumbos, hacia Arrecifes (donde llegó en 1881) y hacia 9 de Julio (1883). El resto de las líneas ferroviarias pertenecía a seis compañías británicas, tres de las cuales gozaban de «ganancias garantizadas». La principal era la del Ferrocarril del Sud, que llegaba a Tandil y Azul, seguida por la del Ferrocarril Central Argentino, que unía Rosario con Córdoba. Las dos terceras partes de las vías se concentraban en la pampa húmeda; el tercio restante recorría la zona norte del país.

Urgidos por la necesidad de integrar las regiones y dar salida a los productos agropecuarios, los gobiernos anteriores a 1880 habían establecido en algunas leyes de concesión la cláusula de «ganancias garantizadas», que significaba que la Nación aseguraba un mínimo del 7 por ciento sobre el capital invertido como renta para los accionistas. En la década del ochenta el Estado Nacional siguió participando en la construcción de ferrocarriles, pero limitó las «ganancias garantizadas» a un 5 por ciento y abandonó la modalidad de regalar a la empresa constructora las tierras adyacentes al tendido. Ya se había logrado el interés de los capitales, no había necesidad de estimularlos con privilegios y, además, el propio Estado Nacional hacía punta en la expansión ferroviaria. Cuando Roca abandona la presidencia (1886), las vías férreas ya contaban con 6000 km de tendido, y en ese incremento hay que señalar realizaciones como la del Ferrocarril Andino. Originariamente se había planeado extender el ramal Villa María-Río IV a Mendoza y San Juan, con una eventual prolongación a Chile. El concesionario, Juan Clark, renuncia en 1881, y la cons-

trucción del Ferrocarril Andino pasa a ser responsabilidad del Consejo de Obras Públicas de la Nación. En mayo de 1885 el tren llega a Mendoza y luego a San Juan, con una baratura de costos y un rendimiento que asombra. «La vía más barata y mejor construida de la República», dice Roca en uno de sus mensajes. Lo es a tal punto, que esos 500 km tendidos en cinco años aportan, en 1885, un millón de pesos a las Rentas Generales de la Nación. Algo similar ocurre con el Ferroca-

rril Central Norte, también propiedad de la Nación, que a partir de 1882 se transforma en una fuente de ingresos, autofinanciando dos de sus ramales y prolongándose a Salta.

Pero esta exitosa política estatal habría de clausurarse con la gestión presidencial de Juárez Celman. A los tres meses de asumir el poder se vende el Ferrocarril Andino... ¡al mismo Clark que había renunciado a construirlo! Además, se le ga-



Archivo General de la Nación

rantiza una ganancia del 5 por ciento sobre los 12 millones de pesos oro que ha pagado para adquirir la línea. En diciembre de 1887 se enajenan los ramales del Central Norte y luego la red troncal, que fue comprada por una firma inglesa para transferirla días después al Córdoba Central Railway: también en este caso la Nación garantizó una ganancia del 5 por ciento a los adquirentes. Poco más tarde la Provincia de Buenos Aires vende el ejemplar Ferrocarril del Oeste. Salvo dos



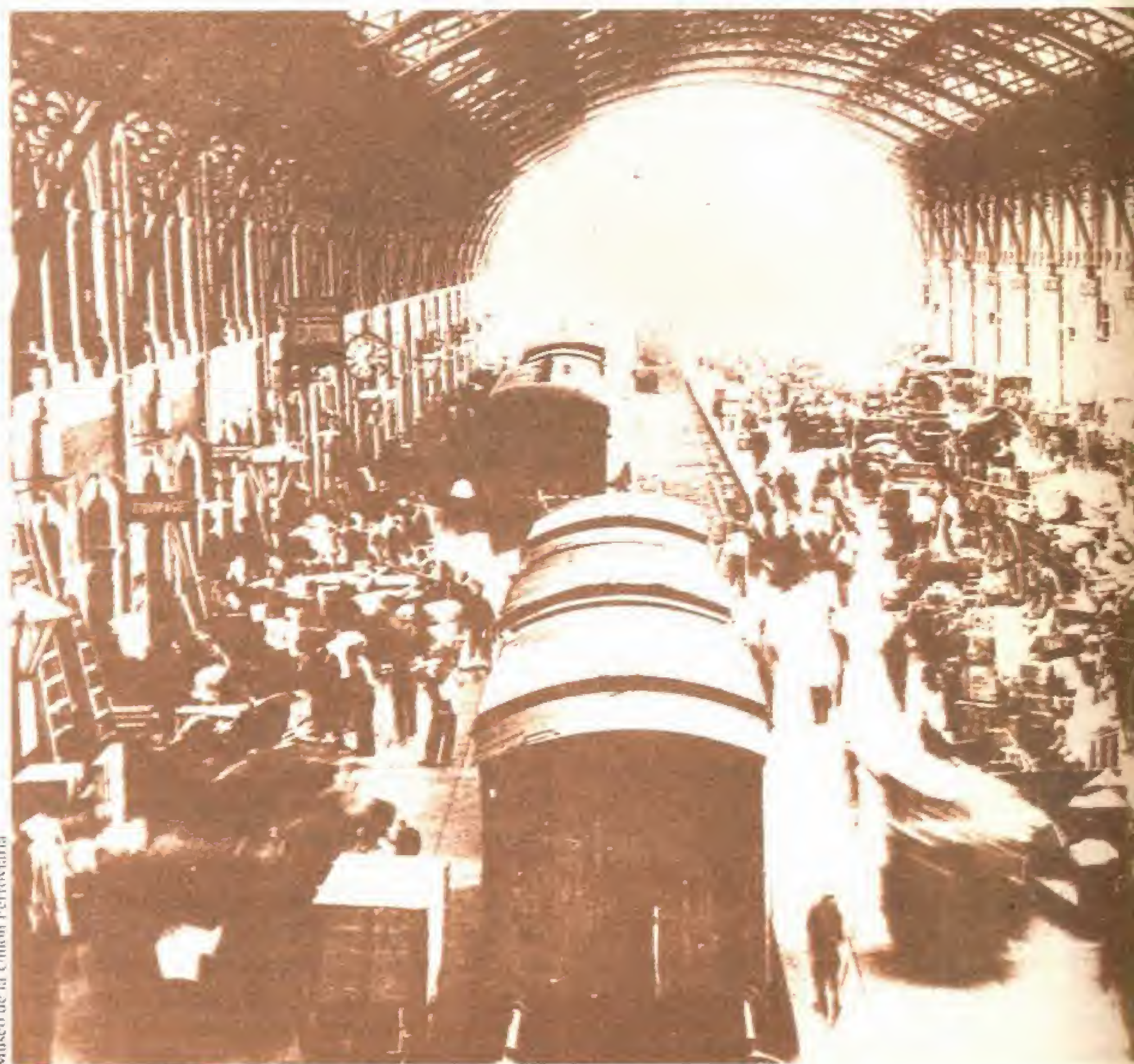
De Plaza Constitución (pie de página) partían trenes para el sur; de Plaza Once, para el oeste. Las estaciones terminales formaban un semicírculo tendido a pocas cuadras del río, la puerta al Viejo Mundo. • Abajo: puente ferroviario sobre el río Samborombón. Viñetas: uniformes militares de la época.



Archivo General de la Nación



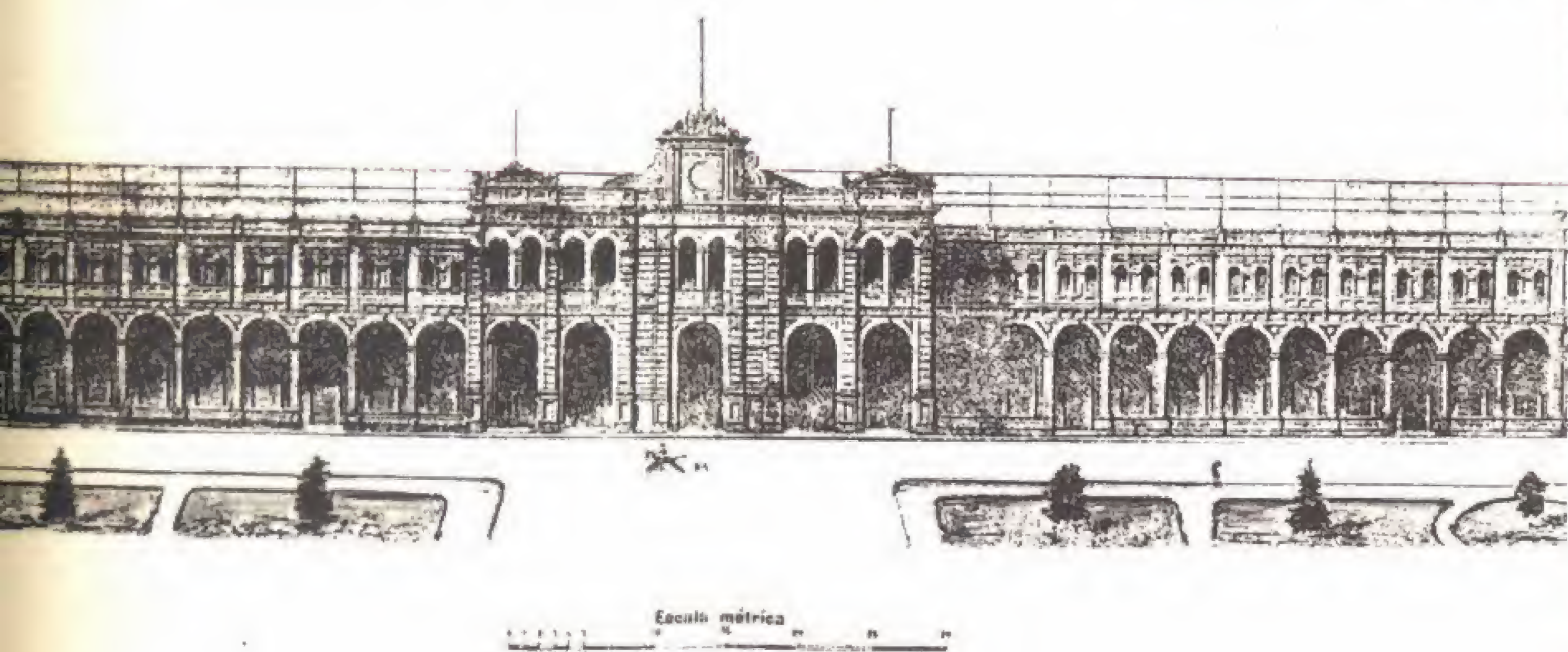
Museo de la Unión Ferroviaria





Juárez Celman (izquierda) vendió el Ferrocarril Andino -«la vía más barata y mejor construida de la República», según Roca-, el Central Norte y el Ferrocarril Oeste a varias firmas inglesas. Máximo Paz (izquierda, al centro) participó activamente en la venta de este último.

uevas instalaciones en la estación del "ONCE DE SETIEMBRE" (F. C. P.)



FACHADA PRINCIPAL Á LA PLAZA



ramales, «el chiche de los porteños» fue adjudicado en abril de 1890 a un sindicato de compañías inglesas que ofreció unos 40 millones de pesos oro. «Los ferrocarriles de la provincia se llaman ahora "New Western Railway of Buenos Aires". ¿No se parece eso a la sombra de la bandera inglesa flameando sobre otro pedazo del territorio argentino con más derecho del que tiene para flamear sobre las Islas Malvinas?» -clamaba Carlos D'Amico en su libro *Buenos Aires, sus hombres, su política*, escrito en 1890.

Así, en menos de diez años, aquella política ferroviaria llevada adelante por el Estado con sentido nacional se había frustrado. Contrariamente a la tendencia

inicial de la década, en 1890 la mayoría de los 9500 km de vías férreas existentes pertenecía al capital inglés (los franceses recién entraron al negocio ferroviario en 1885). La «furia ferroviaria» no habría de detenerse, pero ya tenía otro sentido. A partir de 1890, los ferrocarriles que en el futuro construyera el Estado Nacional se tenderían en zonas alejadas, escasamente pobladas, como una medida de fomento; las grandes redes troncales eran inglesas.

No faltaron voces que advirtieron la insensatez de la política de Juárez Celman, que vendía, en pleno éxito de explotación, lo que el país entero había construido con su esfuerzo y su ahorro. Síntesis de estas opiniones es el comentario de *El*

Nacional del 20 de julio de 1887: «¿Qué no se ha dicho de los ferrocarriles? Todo empréstito era poco para gastarlo en él. Ahora de la Casa Rosada sale esta proclama: el Gobierno "no" debe hacer ferrocarriles: se declara arrepentido de haberlos hecho...» Y sigue diciendo el diario: «El gran secreto financiero consiste, pues, en este doble procedimiento: defender los ferrocarriles del Estado para tener empréstitos, y renegar de ellos luego de ser administrados por el gobierno para vender los ferrocarriles, para tener dinero.» Era cierto: acosado por una deuda creciente en oro, el gobierno de Juárez Celman intentaba hacerse de recursos vendiendo los ferrocarriles del Estado, con el pretexto de que el Estado era un mal ad-

La fachada principal de las nuevas instalaciones de la estación Once de Septiembre (página 60) y la antigua terminal de carretas que funcionaba en dicha plaza (al centro).

Abajo: Juan Clark, comprador del Ferrocarril Andino, con el cónsul ruso (de uniforme) en Valparaíso.



ministrador... aunque las líneas enajenadas, tanto de la Nación como de la Provincia de Buenos Aires, fueran un modelo de buena gestión comercial.

Quizá no habría que dejar de lado un elemento de corrupción que en aquella época flotaba en el ambiente, ni la inexperiencia de gobernantes alucinados por las doctrinas económicas en boga. Pero, volviendo a lo que se subrayaba al comenzar, ninguno de estos aspectos interesaba al observador extranjero. Sí le impresionaba, en cambio, el espectacular crecimiento de la red ferroviaria argentina, y su significación con respecto a la modernización y la capitalización del país, además de su importancia como infraestruc-

tura de un mejor y más barato transporte de la producción agropecuaria a la gran boca de expendio que era el puerto de Buenos Aires.

La boca de expendio

En 1886 la Capital Federal se vinculó a la red ferroviaria del interior mediante la línea que la ligó a Rosario. Las terminales ferroviarias se fueron instalando en los puntos de la ciudad porteña que históricamente habían sido de centralización del antiguo tráfico de carretas: Plaza Constitución para el sur, Plaza Once para el oeste, Plaza Retiro para el litoral y el norte. Las estaciones finales conforma-

ban un semicírculo urbano tendido a pocas cuadras del río, es decir, del camino a Europa. Sólo faltaba el puerto, que debía facilitar el tráfico transoceánico: su construcción fue uno de los grandes objetivos, y su ubicación suscitó una de las más enconadas polémicas de la década.

Desde tiempos de Rivadavia los porteños soñaban con el puerto. El método utilizado para desembarcar constituía todo un desprestigio y era comentado con sorpresa por los extranjeros que nos visitaban. Distintos planes fueron dejándose de lado durante décadas, hasta que, hacia 1880, las posibilidades quedaron definidas y encarnadas en las personas del ingeniero Luis A. Huergo y de Eduardo Madero.

Página 62, centro izquierda: desembarco en Buenos Aires. Centro, derecha: el Riachuelo. Eduardo Madero triunfó, ultraoceánico. Abajo: una litografía coloreada de Larsch sobre el viejo desembarcadero (1885). Derecha: Luis A. Huergo, que impulsaba la construcción de un puerto de aguas profundas a lo largo del Riachuelo.



Museo Mitre



Archivo «Todo es Historia»



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Huergo postulaba la creación de un puerto de aguas profundas a lo largo del Riachuelo, para lo cual -insistía- no hacían falta grandes inversiones. En 1881 la legislatura bonaerense votó una partida para dragar el Riachuelo, y ya en 1883 un gran transatlántico, el *L'Italia*, amarró en las nuevas instalaciones. Pero hacia 1885 los trabajos de Huergo languidecieron por falta de apoyo político, y finalmente debió renunciar a seguir adelante. Triunfaba la propuesta de Madero, que tenía mejores conexiones políticas y el apoyo de capitalistas e ingenieros británicos. En marzo de 1886 el Poder Ejecutivo Nacio-

nal aprobó sus planos y, en medio de un gran escándalo periodístico y parlamentario, se iniciaron los trabajos del puerto frente mismo a Plaza de Mayo. En enero de 1889 el vicepresidente Pellegrini -que en un principio había apoyado vehementemente a Huergo- inauguró la dársena sur de las nuevas instalaciones. En 1897 se habilitarían la dársena norte y el canal de acceso. Cuando el proyecto de Madero estuvo enteramente realizado -antes de esto, en realidad- resultó que era insuficiente, y en 1907 debieron iniciarse los estudios para construir un «puerto nuevo» que recién habría de terminarse en 1927.

«Transcurrido un siglo -dice James R. Scobie en su libro *Buenos Aires, del centro a los barrios*- resulta tentador encontrar motivos más profundos en la controversia entre los proyectos de Huergo y Madero. Para algunos, Huergo representaba la tradición criolla y el desarrollo nacionalista de la economía argentina. En Madero podía descubrirse la preocupación de los estadistas e intelectuales de la generación del ochenta, que buscaban la modernización y el progreso de la Argentina sobre la base de capitales y tecnología extranjera.» De alguna manera, Huergo proponía romper la tendencia

Página 62, centro, izquierda: el Riachuelo. Centro, derecha: el puerto de la capital. Eduardo Madero triunfó con su propuesta, y el nuevo puerto sería creado frente mismo a Plaza de Mayo. Antes de terminarlo, ya resultaría insuficiente.
Viñetas: monedas del ochenta.



Los ferrocarriles a la luna

En la compilación de Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo titulada *La Argentina del ochenta al centenario* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1980), el economista Eduardo Zalduendo se refiere a aspectos del sistema de transportes en la década de 1880 calificando de «período de la manía» al bienio 1887/89.

«Al terminar la primera administración del presidente Roca, la red ferroviaria contaba con 6000 km. Los tres años siguientes se caracterizaron por una fiebre o «manía» ferroviaria reflejada en el otorgamiento indiscriminado de concesiones por el Congreso y los gobiernos nacional y de la Provincia de Buenos Aires dentro de su jurisdicción: el total de concesiones aprobadas durante este período se ha estimado que posibilitaba la construcción de alrededor de 26 000 kilómetros.

«Una parte de estas concesiones se otorgó como recompensa por favores políticos. Los concesionarios lograron tramos paralelos a líneas ya en operación, o lograron los tramos siguientes a las puntas de rieles ya concedidas [o que fueron] ilusiones por

extenderse por zonas totalmente fuera de posibilidad de desarrollo. En los dos primeros casos los concesionarios tenían frecuentemente la intención de venderlas a las empresas británicas ya establecidas y, en el último caso, encontramos los que en la época se conocieron como «ferrocarriles a la luna» tales como Resistencia-Orán, San Rafael-Norquín, etc.

»Durante los tres años mencionados se otorgaron sesenta y siete concesiones nacionales, a veinticuatro de las cuales se les ofreció una garantía del 5 por ciento de interés sobre el monto de inversiones fijado por kilómetro de vía. El monto kilométrico variaba según la trocha, la topografía del terreno y el eventual volumen del servicio esperado. Asimismo los plazos de las concesiones, entre ocho y cincuenta y cinco años, siendo el de veinte años el plazo más frecuente. El total de líneas concedidas en tales condiciones fue de 12 200 kilómetros; felizmente, muchas no se llevaron a cabo, pues el compromiso financiero adicional que ellas configuraban hubiera representado nada menos que el 45 por ciento del presupuesto nacional de 1890.

»En esos años, además, algunas provincias comenzaron a deslumbrarse por la «manía»: durante 1888 y 1889, la Provincia de Buenos Aires acordó una red de concesiones en su territorio que culminó con el espectacular otorgamiento del día 17 de octubre de 1888. Luego la fiebre llegó a Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Corrientes; en la década siguiente a Salta, y en 1902 a Mendoza» ■



Moneda conmemorativa del primer ferrocarril Parque-Floresta.

Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires

predominante en la década del ochenta, mientras que Madero, por su parte, favorecía a los mismos intereses en juego en las redes ferroviarias, a los mayoristas e importadores y a las instituciones de crédito más importantes.

Sea como fuere, a finales de la década del ochenta el anhelado puerto empezaba a funcionar y a su ritmo desaparecían gradualmente los pintorescos resabios del tráfico anterior: las miríadas de pequeñas embarcaciones y carromatos de todo tipo, que antes se ocupaban de desembarcar a pasajeros y mercaderías de los navíos

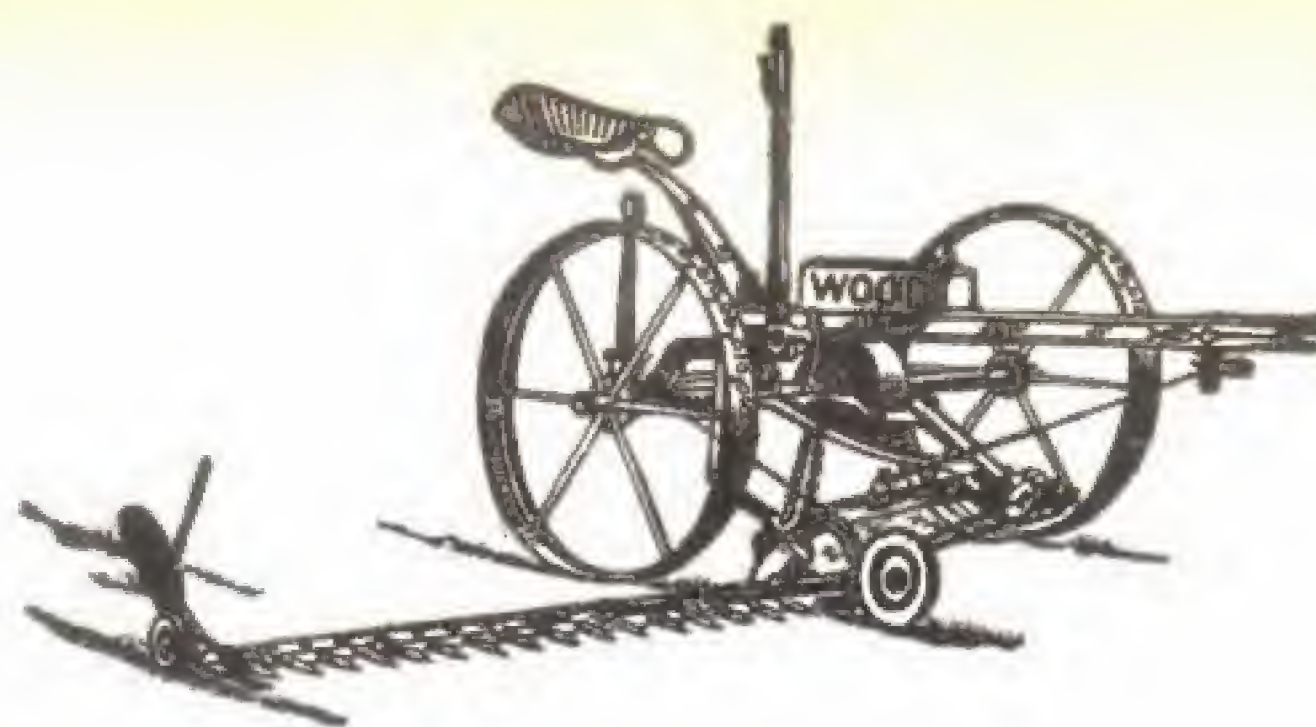
anclados frente a las toscas del río. Ahora, grandes buques amarraban en las dársenas, y las playas de embarque de los ferrocarriles y sus depósitos se encontraban a pocos metros de las bodegas. Año tras año se multiplicaba el tonelaje de los barcos, y Buenos Aires afirmaba su condición histórica de «boca de expendio» de las crecientes exportaciones. A un paso de la plaza que era el centro político, comercial y financiero de Buenos Aires, el «Puerto Madero» era, además, un símbolo de la irrefrenable vocación centralista de la capital de la República, lugar al que llegaban los frutos de la tierra para ser em-

barcados y desde donde se repartían por todo el país los productos que venían de ultramar.

...pero crecer al fin!

Sobre estas grandes líneas se fueron desarrollando las formas del espectacular crecimiento argentino de la década de 1880. Aunque Roca y su sucesor, Juárez Celman, se diferenciaron en sus distintas concepciones sobre el papel que debía desempeñar el Estado Nacional en este proceso, puede decirse que éste se llevó a

Abajo, el muelle de las Catalinas;
al pie, la dársena sur.
La ponencia nacionalista de Huergo
había sucumbido ante la tendencia
de la generación del ochenta,
que buscaba el progreso sobre
la base de la tecnología extranjera.
Viñeta: nueva maquinaria agrícola.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

cabo de acuerdo a una ideología única: progreso a toda costa y sin reparar en precios. Fue un crecimiento anárquico y descontrolado, pero su febril espectáculo cubría todas las dudas y amordazaba cualquier predicción agorera. Puede afirmarse que el principio era crecer de cualquier modo, pero crecer al fin... Tantas décadas habían demorado en concretarse las profecías de Rivadavia, Sarmiento, Alberdi y tantos otros sobre el venturoso futuro que le estaba reservado a la Argentina, que cuando empezó a palpase su evidencia toda palabra prudente sonó como una cobardía, toda actitud sensata pareció una negación del porvenir.

Por eso, el progreso de esos años se realizó en medio de un desorden monetario que las leyes de Roca no alcanzaron a superar totalmente, dado que su gobierno se encontraba agobiado por una deuda exterior cada vez más voluminosa y acuciante, una política crediticia incontrolada y un sistema bancario irresponsable. Pero aun con todas estas fallas, el despegue argentino tuvo una inauguración asombrosa que podía cuantificarse en los contingentes de inmigrantes que llegaban anualmente, en los kilómetros de vías que se tendían, en las exportaciones de productos nobles y fácilmente colocables, en las obras y construcciones que, por momentos, hacían de las grandes ciudades argentinas un inmenso campamento -como lo era; por otra parte, La Plata, a un paso de Buenos Aires.

Sobre todo, las fallas del crecimiento se cubrían con una fanática fe en el progreso argentino, que nacionales y extranjeros compartían por igual. La crisis de 1890 puso de manifiesto los errores y abusos de este proceso, pero no conmovió sus grandes bases ni sus presupuestos ideológicos, y sirvió para demostrar que, rectificando algunos de los desaciertos cometidos, el camino emprendido en 1880 era el de la grandeza y el enriquecimiento de esta tierra, cuya imagen ya se hacía legendaria en el Viejo Continente ■

5. Roca y el roquismo

Las palabras pronunciadas por Roca al cerrar su mensaje del 12 de octubre de 1880 -día en que asumió el mando- sintetizan el pensamiento de este estadista, que definió una época y marcó una línea política y económica que seguiría marchando con la historia del país: «intenciones sinceras; voluntad firme para defender las atribuciones del poder y hacer cumplir estrictamente nuestras leyes; mucha desconfianza en mis propias fuerzas; fe profunda en la grandeza futura de la República; un espíritu tolerante para todas las opiniones, siempre que no sean revolucionarias, y olvido completo de las heridas que se hacen y reciben en las luchas electorales; tal es el caudal que traigo».

Es un hombre de apariencia juvenil, de talla mediana y contextura fina y descarnada, prematuramente calvo, con ralos y rubios cabellos en las sienes y barba, y bigotes débiles. A primera vista, su rostro expresa más refinamiento que energía; muestra, sin embargo, un inequívoco sello de resolución y tiene en los ojos, de un frío azul grisáceo, un brillo como de acero».

Así describía Horace Rumbold, ministro de su majestad británica en la Argentina, al nuevo presidente que, a los treinta y

siete años, juraba su cargo el 12 de octubre de 1880. Casi todos sus contemporáneos, al retratar al general Julio Argentino Roca, subrayaron las mismas características físicas y también su indomable voluntad, la frialdad con que perseguía sus objetivos y la fortuna que siempre acompañó a sus empresas políticas. Desde 1880 hasta el comedio de la década de 1900, Roca mantuvo una hegemonía que en dos o tres momentos pareció naufragar, pero que siempre logró recomponerse. No fue un hombre amado, pero los argentinos terminaron por aprender a ad-



Retrato al óleo de Julio Argentino Roca pintado por Kogan. La descripción del ministro de su majestad británica Horace Rumbold, como puede juzgarse, se ajusta exactamente a los rasgos que trazara el pintor: «su rostro expresa más refinamiento que energía; muestra, sin embargo, un inequívoco sello de resolución».

Abajo, izquierda: Agustina Paz de Roca, madre del general. Al centro: Roca adolescente (izquierda). Abajo, derecha: Adolfo Alsina, ministro de Guerra. Su fallecimiento elevó a Roca a dicho cargo, desde donde encaró la «guerra al indio». En el centro de la página, salesianos y aborígenes durante el desarrollo de esa campaña.



Museo Roca



Museo Roca



Museo Mitre



Museo del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Doctor Arturo Jureche

mirar a este militar tucumano, bajo cuyo decanato la Nación Argentina adquirió su perfil contemporáneo.

Sin duda, Roca definió toda una época, y el roquismo, aun desaparecida la influencia de su creador, persistió como una línea ideológica asociada al progreso, al orden, al robustecimiento del Estado nacional y de la presencia del país en el concierto de las naciones del mundo, entre las cuales la Argentina no había cumplido un papel significativo.

El militar de la suerte

Nació en Tucumán en 1843, de una vieja familia criolla. Enviado al famoso Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, en 1859 se incorporó voluntariamente al Ejército de la Confederación que enfrentaría al rebelde Estado de Buenos Aires en los campos de Cepeda. Ya no volvería a las aulas, pero siempre conservó y aprovechó la formación clásica que allí había adquirido. Actuó en Pavón, también en las filas de la Confedera-

ción, y desde entonces quedó definitivamente incorporado al Ejército nacional. Estuvo en la guerra de la Triple Alianza, recorrió el país entero en las luchas contra las últimas montoneras, y en los distintos destinos fue anudando lazos con los dirigentes más conspicuos del interior: son muchas las familias provincianas que hoy muestran con orgullo el retrato del joven capitán Roca con unas líneas de dedicatoria al jefe de la casa. Indudablemente, su enorme prestigio no nació en la Capital Federal.

Izquierda: alrededor de 1870, Roca posó para el fotógrafo Aguiar. Más abajo: el Estado Mayor de Roca durante la campaña del desierto fotografiado por Pozzo. Abajo: Clara Funes, su esposa. Pertenecía a una antigua familia cordobesa. Al casarse con ella, Roca se convirtió en conuñado de Juárez Celman.



Archivo General de la Nación



Museo Roca

Museo Roca

Su brillante actuación contra la rebelión de López Jordán le valió el ascenso a coronel, ordenado por Sarmiento en el campo de batalla; su victoria sobre los revolucionarios de 1874, los despachos de general, también en batalla, firmados por Avellaneda. Comandante de las fuerzas que custodiaban la frontera con los indios, esperaba Roca su destino en aquella «Galia» bárbara y ruda que era Río IV por esos años. Pero no tuvo necesidad de cruzar ningún Rubicón: también la suerte lo acompañó cuando el fallecimiento del

ministro de Guerra, Adolfo Alsina, a fines de 1877, le abrió su oportunidad definitiva. Como sucesor de Alsina proyectó terminar de una vez por todas con el problema del indio. Propuso marchar sobre el río Negro con columnas que constituyeran una especie de gran rodillo, y a mediados de 1878 inició el avance, que culminó exitosamente en mayo de 1879 frente a Choele Choel.

No fue, hablando con propiedad, una ofensiva militar excesivamente riesgosa:

los indios eran muy inferiores en número y combatividad a lo que se había temido. Pero era de Roca la gloria de haber conquistado 15 000 leguas de tierras y clausurado un problema que llevaba ya dos siglos. De allí en adelante, el camino a la presidencia le estaba abierto. Su candidatura contó con el sostén de los gobernadores del interior y una parte del autonomismo de Buenos Aires. El localismo porteño, encarnado en Carlos Tejedor, intentó resistir el triunfo del tucumano, pero en junio/julio de 1880 el Ejército na-

Caricatura de El Mosquito (1879), donde Roca rinde homenaje a Alsina, a quien califica -en el texto- como «verdadero pacificador del desierto». Lo cierto es que la estrategia del anterior ministro de Guerra había resultado insuficiente: en realidad, la culminación de la campaña se debió al gran rodillo del «zorro».

cional, que ve en Roca a uno de los suyos, aplasta la rebelión. Avellaneda aprovecha la derrota porteña para terminar también con el problema de la capital federal. La Provincia de Buenos Aires debe abandonar su amada ciudad a la Nación, y el 12 de octubre de 1880, cuando el nuevo presidente se hace cargo, a pesar de la frialdad con que la ciudad recibe al flamante mandatario, todas las condiciones están dadas para que ejerza un gobierno fuerte, ordenado y progresista.

Una entrevista a Roca

El diario *El Independiente* de Rosario publicó, el 19 de diciembre de 1879, una entrevista al general Julio A. Roca, por entonces candidato a la presidencia de la República. Entre sus párrafos más salientes cabe destacar las frases que a continuación se transcriben, y que están referidas a los rebeldes tejedoristas: «Para agitar a las masas se necesita una bandera; no la tienen. La Nación ha aprendido a sus expensas lo que cuestan las revoluciones, se levantará contra toda tentativa de desorden y aplastará a los revolucionarios, cualesquiera que fuesen.

«La Nación ha entrado en la edad madura. Tengo entera confianza en el patriotismo de mis conciudadanos y en las fuerzas conservadoras de nuestra sociedad; ellas sabrán defender contra los hombres de discordia la riqueza nacional, que aumenta de día en día. No hay un argentino que no sepa hoy que el secreto de la prosperidad y la grandeza de la República está en el respeto y la fiel observancia de la Constitución.»

Preguntado sobre sus ideas acerca del comercio, los ferrocarriles, las grandes obras públicas y la inmigración, respondió así: «Mi opinión es que el comercio sabe por hábitud mejor que el Gobierno lo que le conviene. La verdadera política consiste, pues, en dejarle la mayor libertad posible. El Estado debe limitarse a establecer las vías de comunicación, a ligar las capitales por medio de ferrocarriles, a fomentar la navegación de las grandes vías fluviales, tales como el río Negro, el Neuquén, el Bermejo, el Pilcomayo, el Santa Cruz, el Limay. Debe mantenerse muy alto el crédito público en el exterior

y tomar por divisa la palabra del doctor Avellaneda: economizaremos sobre nuestro pan y sobre nuestra sed para cumplir con nuestros compromisos. En cuanto a la inmigración, debemos protegerla a todo precio, a fin de poder recibir doscientos mil inmigrantes por año.»

Cuando el periodista le acota que los recursos del presupuesto no bastarían para esta acción, Roca contesta: «Bastará para ello cuando se los emplee en garantizar un interés a los capitales extranjeros que quieran emplearse en la colonización; la Europa, que está repleta de capitales, no espera para colocarlos en la América del Sud sino una garantía seria...»

Sobre la posibilidad de que la existencia de conflictos latentes con Chile empañara la realización de esos gigantescos proyectos, afirmó: «No creo absolutamente en dicha eventualidad. Cualquiera que sea el desenlace de la guerra del Pacífico, Chile saldrá de ella extenuado. Los gastos de esta guerra sobrepasan en mucho a sus recursos. Supóngalo vencedor; necesitará por lo menos tres años antes de moverse. Durante este tiempo la República Argentina tendrá quinientos mil habitantes más y habrá duplicado su producción, mientras que Chile se encontrará al nivel en que se hallaba antes de empezar la guerra. La posición no sería igual, suponiendo que alguna vez lo hubiese sido. Chile



Archivo General de la Nación

Nicolás Avellaneda y Bernardo de Irigoyen. El primero -presidente de la República- aprovechó la derrota de los localistas porteños, en 1880, para terminar con el problema de la Capital Federal. El segundo ocupó, durante las presidencias de Avellaneda y Roca, las carteras de Relaciones Exteriores e Interior.

buscará, pues, nuestra amistad, si no por sentimientos de fraternidad, cuando menos por interés. La República sale de sus pañales; tiene ante ella horizontes inmensos. Ha sido codiciada por sus vecinos mientras la vieron débil o convulsionada; será respetada así que se le vea fuerte y unida. Dele usted seis años de paz y será inatacable.»

El roquismo

Fue Roca el único ciudadano que, desde 1853 hasta el presente, ocupó por dos períodos completos la Presidencia de la Nación. Esta circunstancia autorizaría por sí



Museo Mitre



Museo Mitre

Moral social en la década del ochenta

En 1930 Juan Balestra publicó un libro que se convirtió en un clásico de la literatura política argentina: *El noventa* (Editorial Luis Fariña, Buenos Aires, 1971, página 14) en cuyas páginas reconstruye los hechos que confluyeron en aquel decisivo año. Del mismo reproducimos el capítulo titulado «La moral social»:

«La fiebre económica conmueve la moral social. Los hábitos pausados y solemnes al par que sencillos, y la conformidad con un modesto pasar, heredados de la colonia y no alterados en tiempos posteriores, dedicados más a la virilidad que al deleite, son sacudidos por el vendaval. Se aprendió a vivir de prisa y a mirar la dignidad como estorbo y los escrúpulos como majaderías. Bajo la magnificencia corría el cable conductor: el juego. Los 1500 de la pizarra de la Bolsa no son negocios reales sino en pequeña parte: son «pura tiza», según la frase del día. Se juega a las diferencias: se hace con locura la cotización de las locuras. Algún incidente escandaloso revela que los corredores de Bolsa no son sino agentes de antiguos virtuosos cansados de serlo. A

diario se producen diferencias de 40 ó 50 puntos que enriquecen o arruinan. Pero nadie quiebra: la confianza o la fiebre mantienen inflado el globo. [...] La vieja Buenos Aires, la gran aldea como la denominara despectivamente Lucio López, empieza su ascensión a segunda capital latina de la tierra, con la intrepidez despiadada para lo antiguo de todas las transformaciones históricas. Los caserones tradicionales de Catedral al Norte y Catedral al Sud, heredados por varias generaciones, se lotean y son entregados a la especulación. El barrio aristocrático se desplaza hacia el norte, donde se está formando la avenida Alvear. El interior doméstico, hasta entonces más decorado por el recuerdo de los antepasados y por la virtud y lo útil que por lo sensual, se vuelve ostentoso: cuadros, mármoles, bronce, tapices, decoran los salones; las victorias, landós y cupés de la época, con troncos de caballos de la raza Orloff, monopolio de los zares de Rusia, cruzan calles y paseos. [...] Se multiplican los restaurantes, bazares, joyerías y mueblerías de lujo. A los teatros vienen tres compañías líricas con los artistas más fa-

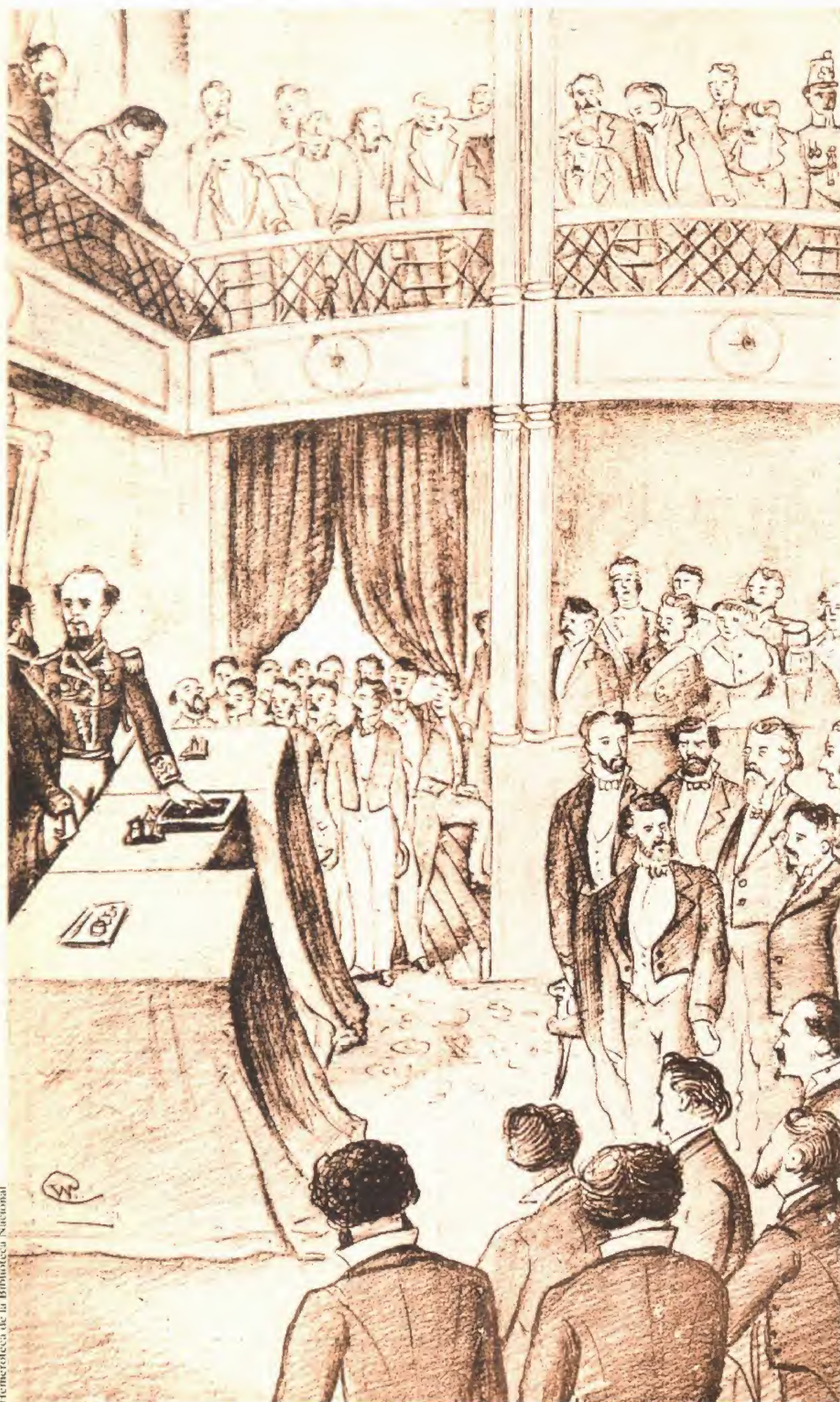
mosos de la tierra. La música italiana, generosa y heroica, los vinos franceses y los cigarros de La Habana, dan entusiasmo, alegría y aroma a la opulencia. Se suceden los festines y recepciones pomposos. Los hábitos francos y los jugosos gustos criollos son desplazados por lo exótico y amanerado. Y como resaca de tamaño oleaje, la corrupción, las cortesanas, la juglería de los jovencuelos, el descoco de los viejos y todas las extravagancias del vicio, ostentadas para escándalo de las viejas costumbres» ■



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



El 12 de octubre de 1880 Roca, por entonces brigadier general, asumió como presidente de la República. Este dibujo pertenece a una revista de la época, El Gráfico. Viñeta: otra revista humorística, la casi legendaria El Mosquito, satirizaba de esta manera a los rifleros de Carlos Tejedor.



sola a que se lo destacara como un caso insólito en nuestra historia política, pero no es la única. Pues los hechos y realizaciones que se han venido relatando -la fundación de La Plata, la conquista del Chaco, la organización política y poblacional de la Patagonia, el establecimiento de tendencias económicas que marcaron durante años la inserción del país en los circuitos mundiales de la producción y el consumo- están asociados a la gestión de Roca; como lo están también otros que se expondrán más adelante, tales como la inmigración masiva, los arreglos de límites con los países vecinos y las polémicas religiosas y educativas de la época, que concluyeron, en definitiva, con la imposición del laicismo en las escuelas y registros públicos.

Así, la figura de Roca marca una etapa nueva en el país, cuyos avances se fueron prefigurando en los años de Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda, pero que se definió en plenitud a partir de 1880. Una etapa que se extiende políticamente hasta la sanción de la ley Sáenz Peña y que, en el campo económico, proyecta sus consecuencias hasta la década de 1930.

Tal etapa fue protagonizada por el Partido Autonomista Nacional como fuerza política vertebradora; pero el PAN fue el roquismo, y sus alianzas y enfrentamientos marcaron la vida del país durante un cuarto de siglo. No era un partido político en el sentido moderno de la palabra. Constituía, más bien, una red de compadrazgos políticos y económicos, un sistema de lealtades y compromisos con sus correspondientes premios y castigos manejados por el poder central y afirmados en los gobernadores provinciales, con el apoyo de las incipientes fuerzas productivas del país -como los industriales azucareros tucumanos o los estancieros bonaerenses-, además del consenso, más o menos tácito, de la opinión pública. No fue el roquismo una estructura autoritaria: muchas veces Roca debió transar y se vio obligado a admitir rebeldías o disidencias cuando su astuto manejo de los hombres no alcanzó a borrarlos de su sistema o a hacerlos cómplices. Por otra parte, la libertad de expresión de aquellos años fue ilimitada, y la función del Congreso se desarrolló con independencia. Pero la



Los más destacados hombres del país integraron los ministerios: izquierda, Benjamín Victorica; pie de página, de izquierda a derecha, Wenceslao Pacheco, Victorino de la Plaza y Manuel Pizarro. Abajo, la caricatura muestra a Saturnino Laspiur, ministro de la Corte Suprema, amonestado por Carlos Tejedor.



Pocas veces Buenos Aires mereció tanto interés por parte del presidente como en la época de Roca. La calle Victoria (izquierda) sería protagonista de una de las grandes reformas; en 1882 comenzó la construcción de la Casa de Gobierno (centro), completada en 1894 por Pueyrredón, Antonini y Tamburini. Viñeta: moneda de 1886.

El roquismo en Córdoba

Si se desea enfocar el desarrollo del roquismo en Córdoba en cuanto a la creciente gravitación personal del general Roca en la política de la provincia y su compleja y sutil relación con ella, puede ser útil recordar algunos hechos. Observando la marcha de la época, se puede advertir la gradualidad y solidez de ese proceso, uno de cuyos comienzos debe quizá situarse en la trama de las relaciones familiares y personales, que arranca de su casamiento con Clara Funes. Así se convirtió en concuñado de Miguel Juárez Celman, tejió vínculos con las familias más prominentes de la ciudad, y la estancia La Paz, que pertenecía a su suegro -en las sierras de Córdoba, cerca de Jesús María- se transformó, poco a poco, en lugar preferido de descanso y reflexión.

Cuando el coronel Roca derrota en Santa Rosa al general Arredondo, que era al mismo tiempo su jefe y su compadre (padrino de su único hijo varón) Avellaneda, ya presidente, lo hace general «en el campo de batalla». Su prestigio e influencia crecen, en el país y en la ciudad. El presidente requiere sus opiniones. Su juicio, siempre equilibrado a pesar de su juventud y, a veces, de su energía, gana plaza entre los cordobeses. El joven general ha probado, una vez más, su capacidad de conductor militar, y también su fidelidad a la Constitución nacional, enfrentando a su jefe directo, el general Arredondo, por cumplir las órdenes del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, el presidente Sarmiento.

Cuando muere el ministro de Guerra, Alsina, el 27 de diciembre de 1877, Avellaneda designa a Roca en su lugar. Su concepción estratégica sobre la manera de combatir al malón depredador es diferente. Con-

vence y recibe apoyo. Avellaneda manda el mensaje firmado por su ministro Roca el 14 de agosto. Roca convence al Congreso, que sanciona la ley 947. El ministro se pone al frente del Ejército. Concibe y ejecuta la campaña. En el término previsto, el 25 de mayo de 1879, cumple con el plan que había anunciado, y en consecuencia celebra la fecha patria sobre el río Negro.

Su prestigio en Córdoba y en todo el interior ya no tiene rival. Durante estos años anteriores la influencia política del mitrismo ha declinado. En 1877 había asumido el gobierno de la provincia el doctor Antonio del Viso, cuyo ministro de Gobierno fue el doctor Juárez Celman, quien habría de sucederle al final de su mandato. El 14 de mayo de 1879 -no había concluido la campaña del desierto, pero la opinión pública ya lo descontaba- se forma en Córdoba el Comité Central Autonomista, presidido por Tristán A. Malbrán, para sostener la candidatura de Roca a la presidencia de la Nación en las elecciones del ochenta.

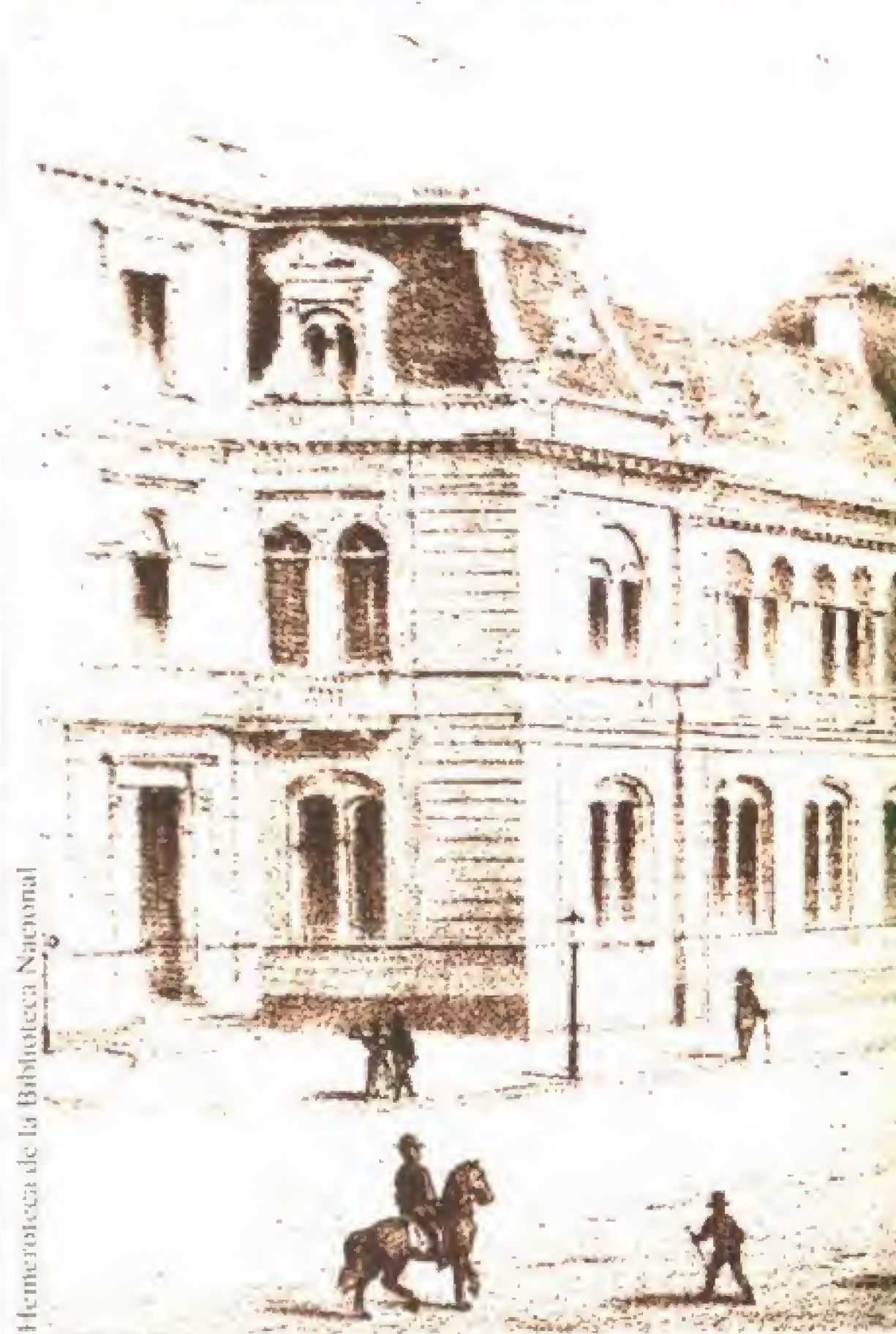
El Partido Autonomista triunfa con la fórmula provincial Juárez Celman-Malbrán en noviembre de 1879. Se ha adelantado al mismo tiempo el contacto con otras provincias y el resultado de las negociaciones será la candidatura a presidente para las próximas elecciones de 1880 del joven general Roca, ex-ministro de Guerra y Marina, conquistador del desierto, sostenida por una «Liga de Gobernadores» ■

Rodolfo Martínez (h)

Ex-ministro de Defensa y del Interior (1962 y 1963), y ex-secretario para la Educación, la Ciencia y la Cultura de la OEA (1968-1975).



Museo Mitre



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

base del sistema republicano -los comicios- no mejoró respecto de años anteriores, y los fraudes, violencias y falsificaciones electorales constituyeron la regla común en la época roquista -como lo habían sido antes de 1880.

Además, hay que reconocer que el elenco que lo acompañó en su primera presidencia representaba los mejores valores humanos del país político. Para advertirlo es suficiente la mención de algunos de sus ministros: Bernardo de Irigoyen, Victoriano de la Plaza, Manuel D. Pizarro, Juan J. Romero, Benjamín Victorica, Carlos Pellegrini, Eduardo Wilde. Durante su gobierno fueron ministros de la Corte Su-



prema José B. Gorostiaga, Saturnino Laspiur y Onésimo Leguizamón, entre otros. Algunos de los gobernadores contemporáneos fueron Dardo Rocha, Miguel Juárez Celman, Benjamín Paz y Simón de Iriondo. Muchas de estas personalidades tenían antecedentes federales; otras venían del autonomismo. En cierto modo, el PAN significó una amnistía en las viejas luchas anteriores al ochenta, y aunque los mitristas se mantuvieron alejados del nuevo régimen, Mitre fue reintegrado al escalafón militar, y Roca tuvo con su persona algunas cortesías significativas que contrastaron con las tremendas pasiones y odios que aún persistían en esta época en el campo político.



Un estadista cabal

Al igual que sus antecesores militares que, luego de desempeñar funciones gubernativas y después de pasar por diversos enfrentamientos internos, fueron elegidos presidentes (Urquiza y Mitre), Roca concitó la adhesión del Ejército y de la ciudadanía que lo había llevado al poder. Además, dirigió simultáneamente, como aquellos, al Estado y al partido. Pero esta situación no se tradujo, durante su primera presidencia, en una imposición de ribetes dictatoriales, no tanto por la contención surgida de las limitaciones constitucionales, como por el carácter que distinguía a los prohombres actuantes. Roca se manejó con prudencia, eligiendo como colaboradores inmediatos a figuras consagradas que le brindaban seguridad y prestigio, a quienes supo mantener dentro del rumbo firme que también imprimió a los asuntos públicos. La mano de Roca era reconocida por todos, y el país entero tuvo conciencia de que lo dirigía un conductor con ideas definidas sobre la grandeza que la hora histórica le marcaba. Supo aprovechar lo existente para proyectar la República a ese destino anhelado por sus hijos y adivinado por el extranjero. Además de su innegable ascendiente positivo, al dejar la primera magistratura Roca vio crecer su fuerza por la comparación con el fracaso de sus sucesores (Juárez Celman y L. Sáenz Peña). Se afirmaba -ahora sí- el roquismo, con dimensión y proyecciones con las que no había contado mientras su inspirador era presidente. Las múltiples vinculaciones personales en el país entero -que había anudado en incesantes comisiones y que no descuidaba-, al margen de sus sonados triunfos militares y aciertos políticos, montaron un invisible pero no menos evidente y sólido aparato que respaldaba la voluntad de Roca, tanto

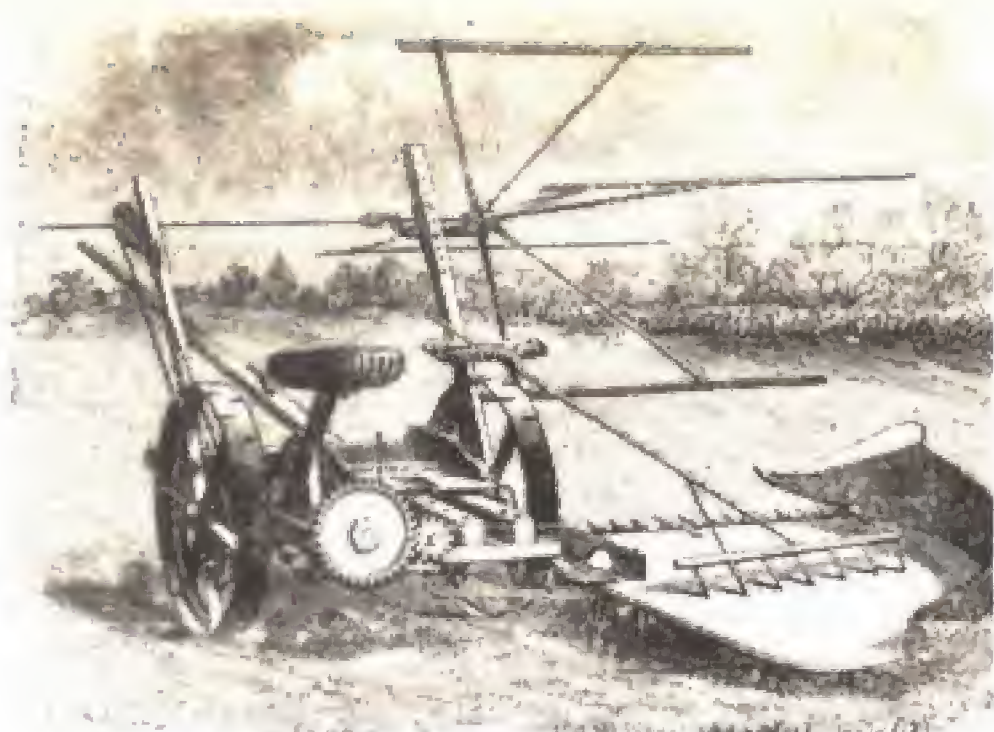
más eficaz cuanto que descansaba en factores reales de poder: los mandatarios provinciales y sus representantes en el Congreso. Con todo, la creciente influencia de la casi flamante Capital hizo que en buena medida fuese el porteño Pellegrini el hacedor de Roca como nuevo presidente, desbrozándole un camino que los intentos de sus adversarios no pudieron estorbar eficazmente. Ese roquismo que procuró, sobre todo, defender la unión nacional a través del principio de autoridad mediante una cauta habilidad no exenta de energía -armónica y difícil combinación que revela al estadista cabal- no fue producto de circunstancias siempre favorables, y por sobre las contingencias que superó arrojó brillantes resultados para la vida nacional. Roca mismo explicaría que el secreto de su éxito, que reposaba en las cualidades de inteligencia y criterio que adornaron su personalidad, no se debió a una «buena estrella»: «La fortuna es una diosa soberbia, pero rara vez ingrata con los que perseveran, con los que no desmayan, con los que se gobiernan a sí mismos; con los que en vez de declararse vencidos desde los primeros golpes, saben hacer frente a las infinitas adversidades de que está poblada la existencia.» Claras palabras de un espíritu fuerte y sin dobleces, que llenó con su presencia poderosa una página de gloria de la historia argentina ■

Isidoro J. Ruiz Moreno

Abogado, profesor en la Facultad de Derecho (UBA) y en la Escuela Superior de Guerra. Director de la *Revista Histórica*. Autor de *La federalización de Buenos Aires, Relaciones hispano-argentinas y Elecciones y revolución*.

En la Memoria del Ministerio de Guerra y Marina del año 1885 se publicó este mapa del territorio argentino indicando la distribución de las fuerzas nacionales. En el mismo, el canal de Beagle aparece marcado como perteneciente a Chile.

Viñeta: máquina segadora con engavillador manual.



Roca tenía un claro concepto del papel que debía desempeñar el Estado nacional en el despegue económico del país y en la organización de los nuevos territorios ganados a los indios. Sin dejar de ser liberal -todos lo eran en ese tiempo, como también eran positivistas, darwinianos y anticlericales- y siendo un decidido partidario de atraer el capital extranjero, reservaba para la acción estatal un rol promotor y orientador; en algunos casos, hasta empresario.

Siendo él mismo un provinciano y habiendo sido llevado al gobierno por una liga de provincias, buscó sustento político en Buenos Aires, y lo consiguió. Pocas veces la ciudad porteña fue regalada y ornamentada como en tiempos de Roca, y basta recordar a Torcuato de Alvear, su

primer intendente, para acreditar en qué medida halagó a la sociedad porteña para conseguir su apoyo a través del embellecimiento y modernización de Buenos Aires. A tanto llegó su anhelo de convertirse en un porteño más, que en 1883 comenzó a explotar las tierras de Guaminí, que le habían sido donadas dos años antes por la legislatura de la Provincia de Buenos Aires como premio por sus servicios en la conquista del desierto. Quería ser un estanciero. En 1889 su establecimiento, La Larga, estaba totalmente alambrado, y contaba con un hermoso casco. Y -como relata María Sáenz Quesada en *Los estancieros*- antes de morir, en 1914, escribe con nostalgia: «Dudo que nadie pueda suplirme en el gobierno de La Larga, como no me han suplido hasta ahora en el gobierno de la Nación...»

El sexenio presidencial de Roca fue rico en promesas y realizaciones. La renta nacional, que era de 20 millones de pesos oro en 1880, al finalizar su mandato se había duplicado. Casi medio millón de inmigrantes se habían incorporado a la fuerza del trabajo nacional. Se había fundado el Banco Hipotecario y sancionado los códigos penal y de minería, y las leyes orgánicas para las municipalidades del distrito federal y los territorios nacionales. Se había solucionado, mediante arbitraje, el problema de límites con Brasil en Misiones, y el tratado de 1881 con Chile ponía una pausa, al menos, en las rivalidades con el país trasandino, ratificando la soberanía argentina en toda la Patagonia y en parte de Tierra del Fuego, por la que tanto se estaba haciendo desde la iniciación de la campaña del desierto.





Torcuato de Alvear fue el primer intendente de Buenos Aires. Sus iniciativas dieron una nueva fisonomía a la capital. La vieja recova que separaba la Plaza de la Victoria de la Plaza de Mayo sería demolida (pie de página, centro) para dar lugar a un único espacio. Pie de página, derecha: la vieja Aduana. Viñetas: dibujos del Album Militar, 1888.

De estos y otros temas se hablará más adelante. Para cerrar el de Roca y su sistema político, habría que subrayar que durante su presidencia no se estableció nunca el estado de sitio; no ocurrieron, sino por excepción, aquellos conatos sediciosos provinciales de los cuales habían estado plagadas las tres presidencias anteriores; y sólo en dos oportunidades se enviaron intervenciones federales a las provincias. Hubo «paz y administración», tal como el presidente había prometido al asumir su cargo. Es cierto que la vida cívica se aletargó: algún crítico ironizó que así como Roca había descubierto en su campaña de 1879 que no había indios en el desierto, también había comprobado en los años de su presidencia que no había ciudadanos en la República Argentina... Su régimen fue oligárquico: es posible

que en esa circunstancia histórica haya sido el único viable, dado que era el momento en que las masas criollas, el país tradicional, vivían el impacto de la inmigración, y no existía una tradición de luchas democráticas ni partidos orgánicos para vivificarlas.

Julio A. Roca seguirá apareciendo reiteradamente en estas páginas. Por ahora lo abandonaremos para ocuparnos del gobernante que protagonizó los cuatro últimos años de la década que nos ocupa.

El sucesor

Roca había sido jefe del gobierno y, a la vez, jefe del partido oficial. Por primera vez un gobernante alcanzaba, en el país

ya unificado, esta doble condición. Miguel Juárez Celman intentó repetir la experiencia de su predecesor.

Había nacido en 1847 en Córdoba, y en ese medio, al que su familia estaba vastamente vinculada, desarrolló la mayor parte de su actuación. Abogado en 1871, ministro del gobierno provincial en 1878, gobernador en 1880, fue uno de los motores de la candidatura de Roca, su concuñado y amigo. Era Juárez Celman una personalidad difícil de definir: durante el proceso de su encumbramiento recayeron sobre él torrentes de alabanzas y se lo describió como un estadista dotado de todas las virtudes. Después de su caída se lo halló frívolo, ingrato, indeciso, poco sutil y engreído. Probablemente fue un hombre con reales condiciones de gober-



Archivo General de la Nación



Dos grandes del ochenta: Torcuato de Alvear (izquierda) según Le Dimanche -publicación en francés que se editaba en Buenos Aires- y Carlos Pellegrini (abajo) dibujado por Carvalho en 1885. Roca, con bastón, en una de sus estancias (centro, izquierda). El campo era una de sus grandes pasiones. Viñeta: caricatura de El Mosquito.



Hemeroteca de la Biblioteca nacional



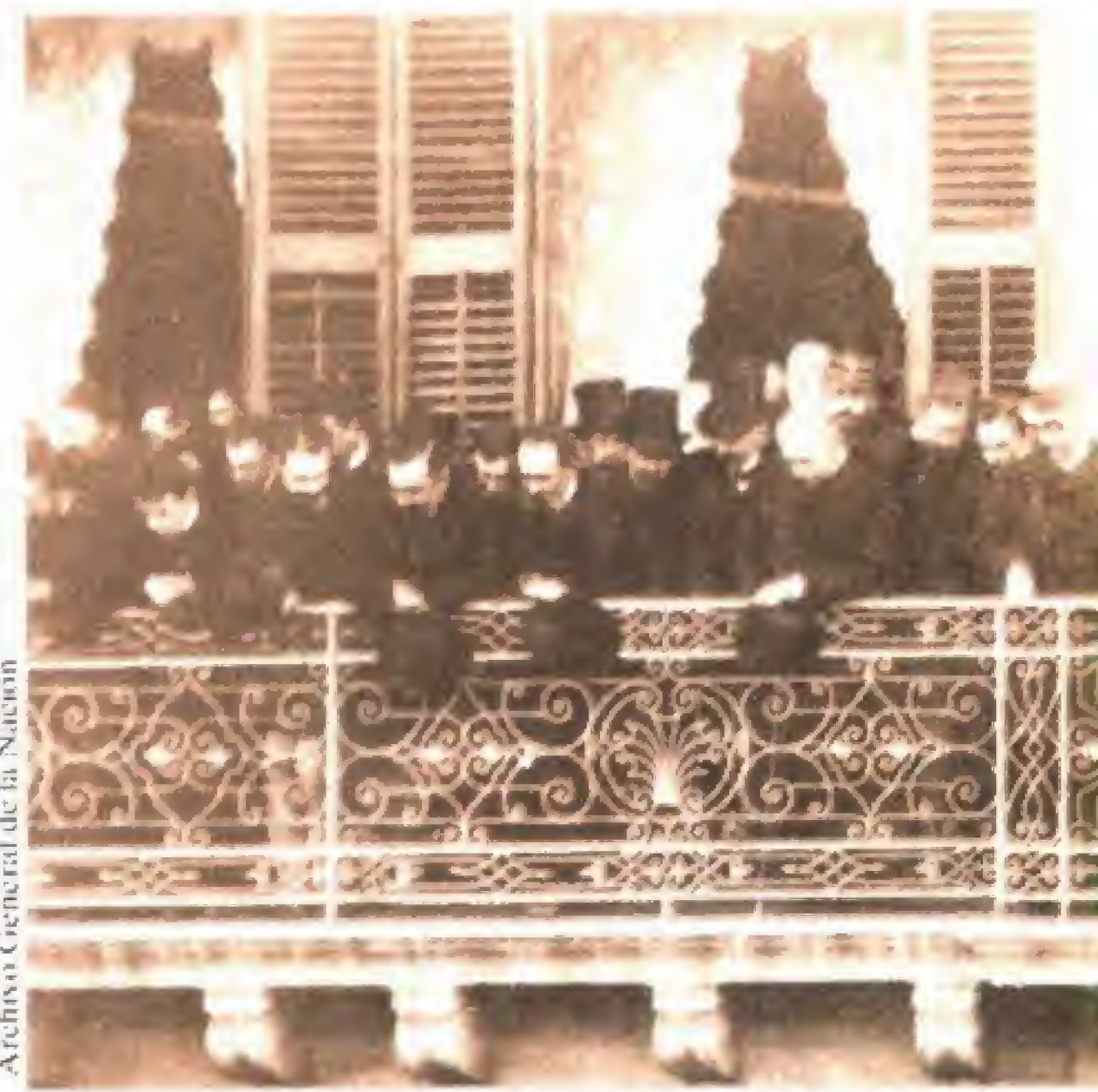
Museo Mitre



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

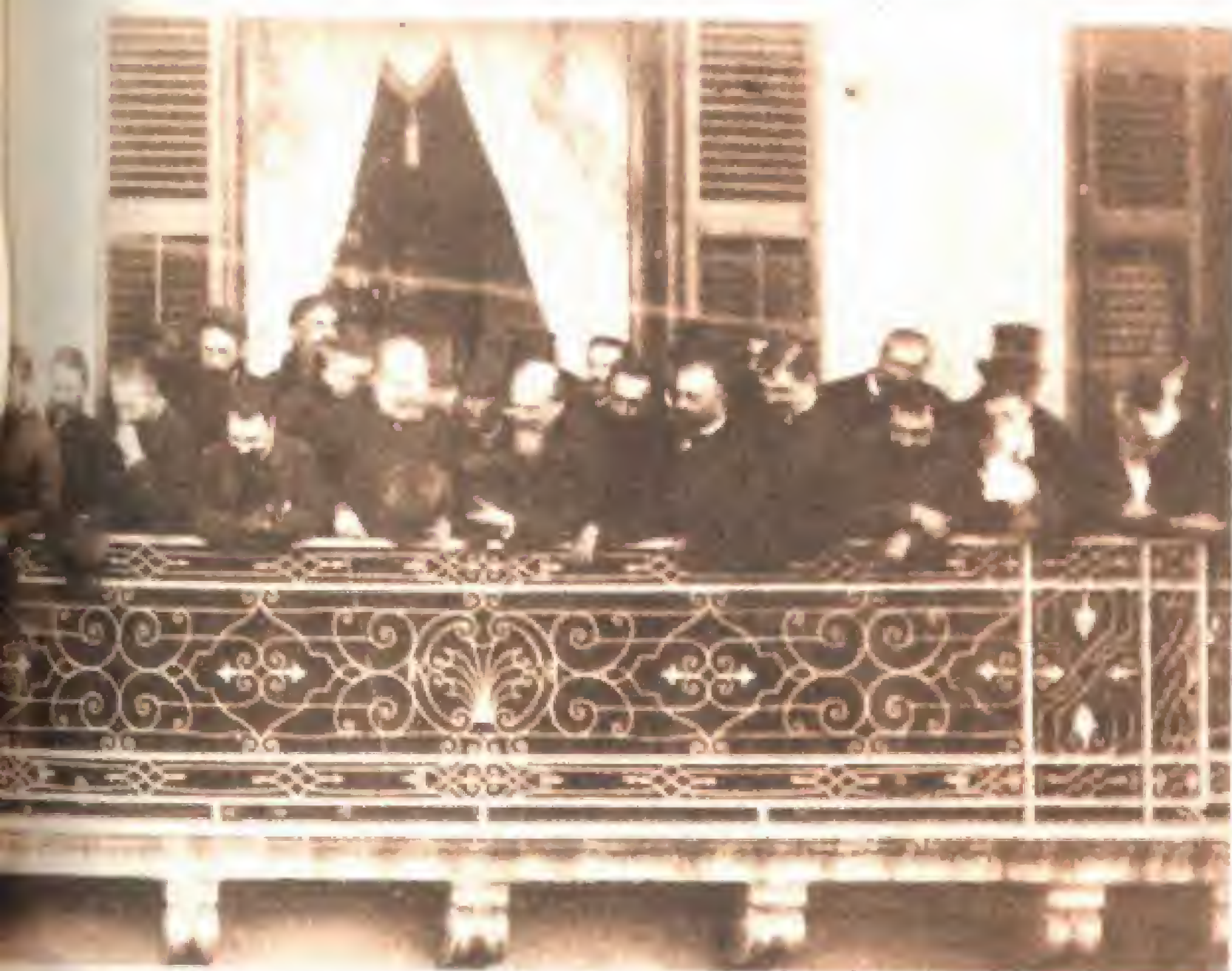
nante, pero sin la ductilidad necesaria como para promover las rectificaciones de sus propios errores, y susceptible de ser manejado por sus obsecuentes.

El ascenso de Roca significó, naturalmente, la proyección de Juárez Celman al panorama nacional. Con una buena administración de Córdoba en su haber (a su empeño se debe la construcción del dique sobre el lago San Roque), fue designado senador nacional al terminar su mandato de gobernador, como era usual

en la época. Hizo en el Senado un discreto papel, y cuando empezaron a barajarse las candidaturas a la sucesión de su pariente político, nadie dudó de que sería el preferido del presidente. En realidad, a Roca le hubiera sido difícil oponerse a Juárez Celman: el cordobés había logrado renovar en su favor la liga de gobernadores que tan bien funcionara en 1880, y el mismo presidente, en una reunión mantenida en Mendoza con personalidades políticas de todo el país al inaugurar el ferrocarril, dio su asentimiento a la postu-

lación. Ni la personalidad de prócer de Bernardo de Irigoyen, ni el poder bonaerense movilizad por Dardo Rocha, ni una efímera coalición opositora que rodeó a Manuel Ocampo, lograron presentar una lucha seria. Juárez Celman fue consagrado presidente en comicios que no fueron mejores ni peores que los habituales. Al hacerse cargo de la primera magistratura hizo notar que era la primera vez que el poder se transmitía «en plena paz interior y exterior». En verdad, asumía en excelentes condiciones.

Sentados, de izquierda a derecha, Julián Martínez, Pellegrini, Alvear, Bernabé Láinez y Artayeta Castex (abajo). Al centro: Roca (con sombrero) aparece en el balcón después de haber sido herido en la frente por una piedra arrojada por un opositor, el 10 de mayo de 1886. Centro, derecha: el conquistador del desierto fotografiado por Alejandro Witcomb.



Archivo General de la Nación

El «unicato»

A pesar de que la máquina política de Juárez Celman y su sistema de gobierno eran, sustancialmente, los de Roca, hubo desde el principio notables diferencias entre ambos. Puede decirse que el juarismo fue como una caricatura, una imagen deformada del estilo que se había impuesto en 1880. Casi todo lo malo del roquismo fue acentuado; casi todo lo bueno se fue minimizando, y el país perdería una excelente oportunidad.

Roca, por ejemplo, había manejado las situaciones provinciales con astucia y realismo, evitando choques inútiles. Su sucesor, en cambio, promovió dos escandalosas intervenciones a Tucumán y Mendoza, con el notorio propósito de cambiar gobernadores que no consideraba adictos, sustituyéndolos por otros totalmente afectos. Roca trató de no agredir a los opositores; Juárez Celman fue exclusivista y cerrado, y no intentó incorporar elementos ajenos a su propia constelación. Roca adoptó medidas enérgi-

cas, como la expulsión del nuncio apostólico, monseñor Mattera, en ocasión de los debates sobre educación, pero logró que el problema no pasara a mayores; Juárez Celman, que no tomó iniciativas concretas en este campo, pareció más anticlerical que su predecesor.

Además, Juárez Celman adoptó un liberalismo incondicional que lo llevó -como ya se ha visto- a enajenar ferrocarriles nacionales, consentir la venta del Ferrocarril del Oeste, vender las obras sanitarias de la Capital Federal y entregar a bancos particulares la facultad de emitir billetes. Comentando la ley sobre obras sanitarias Roca decía: «A estar a las teorías de que los gobiernos no saben administrar, llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil, y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al Telégrafo, a los puertos, a las oficinas de renta, al Ejército y a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del poder.» (Después del derrocamiento de Juárez, Roca, como ministro del Interior, auspició la rescisión del contrato de enajenación de esas obras). En Roca había un sentido nacional alerta; su sucesor carecía de estos escrúpulos, y en aras de la estabilidad económica podía sacrificar elementos fundamentales para el ejercicio del poder y la soberanía.

El gobierno de Juárez Celman se diferenciaba del de su antecesor por el despilfarro de los dineros públicos, el afán de lujo de que hizo gala y que infundió a los gobernadores, y la adulación que lo rodeó -modalidad que, hasta entonces, no se aplicaba en los usos políticos del país. Juárez Celman era, para sus paniaguados, el *Unico*, el jefe a quien debía rendirse un apoyo «incondicional». Este manejo contrastaba con el estilo de Roca, que trató de mantener las formas republicanas que caracterizaron a las primeras presidencias. Además, si el elenco de Juárez Celman fue, en gran medida, el mismo de Roca, algunos de sus integrantes, como Marcos Juárez, hermano del presidente y gobernador de Córdoba, acusado de ejercer brutalidades con la oposición; Máximo Paz, gobernador de Buenos Aires, cuestionado por negocios dudosos; y Ramón J. Cárcano, el supuesto «delfín», de quien se pensaba que era excesivamente

La enemistad entre Roca y Juárez Celman

Apoco de iniciada la gestión presidencial de Miguel Juárez Celman, sus relaciones con Roca empezaron a enfriarse. En 1889 la ruptura entre ambos concuñados era completa. Así lo revela la carta enviada por Roca a Gregorio Torres el 5 de marzo de 1889, publicada por Gustavo Ferrari en *Apogeo y crisis del liberalismo* (Editorial La Bastilla, Buenos Aires, 1978). La misiva dice así en uno de sus párrafos: «De Juárez no tengo nada que esperar sino que continúe en sus maldades y bajezas conmigo. Las viles y ruines pasiones que nuestro presidente tenía en germen y medio ocultas, han florecido espléndidamente en el poder. No en balde en Córdoba el instinto público lo re-

pulsaba y repulsa siempre. Sólo yo he sido el cándido que no he sospechado el egoísmo sin límites, la avidez y la falta absoluta de instintos nobles y hasta el sentido moral de Juárez. No hablaré de su ignorancia y falta de preparación y de miras para desempeñar el gobierno de la Nación, porque ha podido suplirlo con un poco de sentido común [...] Pero mi pesar más grande es la responsabilidad que tengo ante el país por tanta torpeza que he cometido al servir de puente y barrer el camino a tanta inmundicia. Así, todo lo que a mí me hagan, es merecido por bruto...» ■

Acompañado por Eduardo Wilde, Juárez Celman y otras personalidades, Roca inaugura una escuela en 1884 (pie de página). Juárez Celman (derecha) impulsó muchas obras positivas, como la construcción del dique San Roque (centro), pero cayó en el derroche y en el desorden económico que aceleraría la crisis. Centro, derecha: Juárez Celman en el hipódromo.



Museo Mitre

Archivo General de la Nación

joven y tenía escasa experiencia para los altos destinos que aparentemente se le reservaban, suscitaban resistencias y críticas. Existía, por añadidura, un elemento que, si bien no apareció claramente en los momentos de bonanza de la gestión de Juárez Celman, se definió con todas sus connotaciones negativas cuando la situación económica y financiera empezó a hacerse difícil: el presidente era cordobés... y esta circunstancia no dejaba de molestar el espíritu localista de Buenos Aires. Se había aceptado al tucumano Roca porque Buenos Aires había sido derrotada en 1880; se había aceptado a su concuñado cordobés porque la fuerza de la máquina oficial era incontrastable; pero la perspectiva de un tercer presidente provinciano, Cárcano, también cordobés, erizaba a los porteños.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Sin embargo, hasta mediados de 1889 el presidente no encontró mayores obstáculos en su administración, y hasta pudo jactarse de las mayores cifras históricas obtenidas en el intercambio comercial y en la afluencia de inmigrantes -260 000 en 1889. Se construían suntuosos edificios públicos, se contrataban obras nuevas, y la presencia del nuevo Eldorado, Argentina, se afirmó lujosamente en la Exposición Universal de París de 1889 como una promesa que nada podría desvanecer. Pero la vertiginosa calesita de la especulación circulaba cada vez más locamente, y aunque nadie pudo probar que el presidente se hubiera beneficiado en esa danza de fortunas improvisadas, una atmósfera de comisiones ilícitas, maniobras y negociados empezó a flotar pesadamente sobre el gobierno.

En 1887 el vicepresidente Pellegrini escribía a Roca: «Un economista extranjero acostumbrado a estudiar aquellas plazas donde las oscilaciones son pequeñas y sujetas a cuatro reglas fijas, traído aquí se le quemarían los libros y nos declararía locos o tontos.» Dos años más tarde, la locura y la tontería de la política económica saltaban a la vista. Los síntomas del derrumbe se hacían inocultables. El alza del oro continuaba, la vida se encarecía, el papel moneda se depreciaba y las cotizaciones de la Bolsa se derrumbaban, mostrando la esencia ficticia de ese espectáculo de números que meses antes llenaba la boca del oficialismo. Las obligaciones en oro de la Nación se convertían ahora en una carga pesadísima, imposible de levantar, y ni los cambios de ministros de Hacienda ni las manifesta-

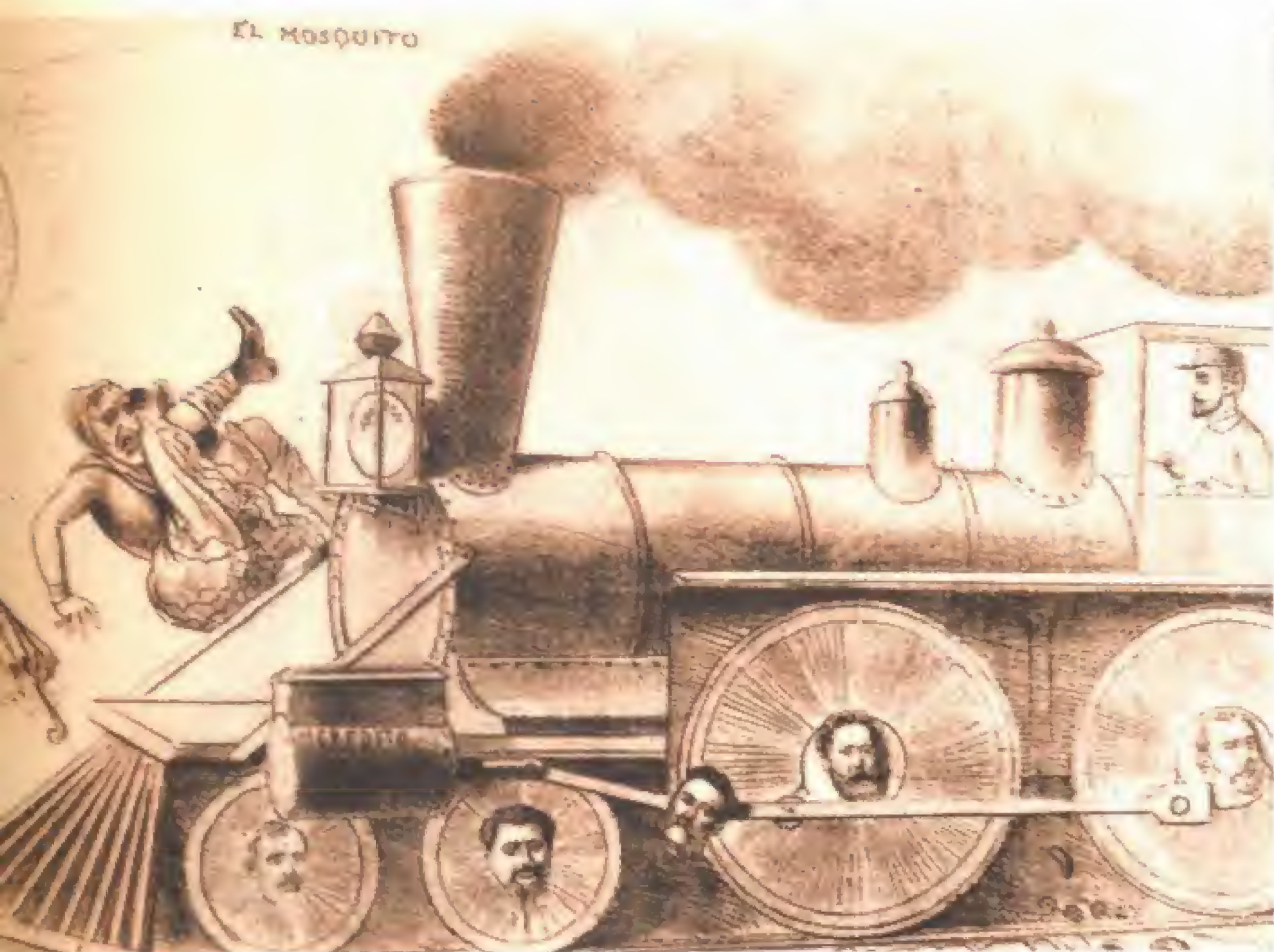
ciones de apoyo a Juárez Celman podían ocultar la gravedad de la situación.

Una enérgica rectificación podía haberla salvado, tal vez, pero de todos modos faltaba la confianza que es necesariamente el sustento de una política económica arriesgada. Juárez Celman, por otra parte, no buscaba ampliar sus bases de apoyo, y ahora sus opositores comenzaban a cobrarse las cuentas.

El gobierno apela, entonces, a recursos desesperados. Lanza las reservas de oro del Banco Nacional al mercado para estabilizar la cotización de los billetes, pero la especulación absorbe como esponja el metal, y los papeles siguen bajando. Promueve la sanción de una ley disponiendo la venta en Europa de 24 000 leguas de



La política de Juárez Celman provocó reacciones como la de El Mosquito: el Presidente conduce la locomotora y arremete con lo que se le cruza (abajo, izquierda). Las mejores líneas férreas, como la del Oeste y las del Andino (centro, izquierda), estaban siendo enajenadas. Abajo: Pellegrini parte para París. Viñeta: Ramón J. Cárcano.



Archivo General de la Nación



Museo Mitre

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



tierras públicas. Emite dinero sin respaldo. Nada es un remedio que sirva para contener el desplome -a esta altura irreversible- de las endeble bases de las finanzas públicas, y de las privadas armadas en torno de ellas.

A fines de agosto de 1889, para prestigiar al acosado mandatario, un grupo de jóvenes oficialistas realiza un banquete destinado a proclamar su incondicional adhesión a Juárez Celman. En reacción contra este acto, otros jóvenes organizan un mitín en el Jardín Florida, el 1° de septiembre, que tiene la virtud de unificar a toda la oposición. Allí están los mitristas, los católicos, los antiguos autonomistas, los

jóvenes sin partido a quienes indigna el espectáculo del oficialismo. Consecuentemente, reaparece y es aclamado un tribuno a quien se respeta por su desinterés y austeridad: Leandro Alem.

A partir de ese momento, el vacío que rodea a Juárez Celman se acentúa, mientras la situación económica se torna caótica. Roca y sus amigos, que lo consideran un traidor, le han retirado todo apoyo; Mitre se va a Europa para dejar que sus amigos conspiren. El *Único* se va quedando solo, aunque el círculo que lo rodea siga a su lado. Después, el acto multitudinario del Frontón Buenos Aires, la campaña de la Unión Cívica, la conspiración, la revolu-

ción del Parque. El 6 de agosto de 1890, la renuncia de Miguel Juárez Celman a la presidencia de la Nación es aceptada por la Asamblea Legislativa. Con esta dimisión ha concluido la década que comenzó en 1880, irrepetible en sus grandezas y miserias, llena de realizaciones y frustraciones, espléndida como promesa y mezquina en muchas de sus realidades; la de los años que llevan la inconfundible marca de Roca, que logró salir indemne del fracaso de aquel que parecía ser su mejor discípulo...

6. La gran inmigración

Hasta la segunda década del siglo pasado, la inmigración hacia nuestro país fue poco numerosa. Cuando Alberdi y Sarmiento la caracterizaron como importante factor de progreso-idea recogida por la Constitución de 1853-empezaron a llegar los primeros contingentes organizados, para poblar colonias en Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires. La ley nacional 817, dictada durante el gobierno de Avellaneda, instrumentó definitivamente la venida de extranjeros. Las facilidades otorgadas a los hombres de buena voluntad que quisieran habitar en nuestro territorio convirtieron rápidamente a la Argentina en uno de los países más cosmopolitas del mundo.

Uno de los fenómenos más característicos de la historia del siglo pasado en el mundo occidental fue el de los grandes movimientos migratorios hacia América. Nuestro país lo vivió a lo largo de toda la centuria, con magnitudes diferentes en importancia cuantitativa. Pero en la década de historia argentina que estamos analizando, la gravitación del aporte inmigratorio fue enorme. Ningún otro país del nuevo continente recibió, en proporción a su población local, tantos inmigrantes. Ningún otro fue rehecho y moldeado más profundamente por esa afluencia foránea, que transformó su mundo urbano y la mayoría de sus comarcas rurales. No hay aspecto de la realidad argentina que pueda desvincularse de la problemática inmigratoria. Y aunque este proceso comenzó en el comedio de la década que se inicia en 1870 y sus manifestacio-

nes clásicas continuaron hasta el año 1914, entre 1880 y 1890 se apreció de una manera más impactante.

Una tierra de inmigrantes

Desde antes de 1810 el Río de la Plata había sido una región atractiva para los europeos. Pero hasta la segunda década del siglo pasado sólo se producía una inmigración poco numerosa. Ingleses, irlandeses, franceses, alemanes y sardos se fueron instalando, en reducido número, en Buenos Aires y su campaña, y en proporciones menores en otras zonas del país. Generalmente eran comerciantes, artesanos, especialistas en diversos servicios. A partir de 1830 empieza a llegar una inmigración más modesta, integrada mayoritariamente por gallegos y vascos que es-

Entre 1875 y 1914 la Argentina recibió a más de cinco millones de extranjeros, que representaron el 14 por ciento del total del movimiento migratorio mundial, por lo que llegó a ocupar, en este período, hasta el segundo lugar entre los países que recibían inmigración. Siempre detrás de los Estados Unidos, por supuesto.



Archivo General de la Nación

Los barcos de gran calado no podían entrar al puerto de Buenos Aires. Llegaban a Montevideo, y desde allí los pasajeros eran trasladados a Buenos Aires en embarcaciones más pequeñas. La más conocida era el Eolo. Abajo: un desembarco en el puerto de Montevideo.

capen de la miseria de España o de las guerras carlistas; también vinieron del sur de Francia, el Piamonte o las Canarias. Algunos eran emigrados políticos -por ejemplo, los garibaldinos- que dejaban atrás las represiones absolutistas.

Esta lenta pero persistente corriente tenía un destino preferentemente urbano: en 1855, de los casi 100 000 habitantes que tenía Buenos Aires, el 35 por ciento era extranjero; en la campaña bonaerense, en cambio, esta proporción disminuía a un 8 por ciento. En general, el extranjero no encontraba ningún tipo de discriminación ni hostilidad, y recién en la década de 1870 se pueden detectar algunas manifestaciones aisladas de antipatía de la población local frente a los *gringos*, cuya condición los eximía de las temidas levadas militares y que, además, estaban amparados por sus cónsules frente a tropelías que el criollo debía soportar sin recurrir a autoridad ninguna.

Para entonces ya se había incorporado al mundo de las ideas de los argentinos el concepto de la inmigración como factor de progreso, que Alberdi y Sarmiento, cada uno con sus matices, habían difundido. El tucumano sostenía la conveniencia de dejar actuar a las fuerzas renovadoras del mundo moderno para que afluyeran los trabajadores especializados y la mano de obra necesaria -que deseaba de origen anglosajón- para ese progreso; el sanjuanino imaginaba una sociedad de medianos propietarios que tuviera sus fundamentos económicos en la explotación de chacras y se afirmara a través de la vida municipal, y cuyos integrantes pudieran convertirse en ciudadanos mediante la acción de un vasto programa educativo que los abarcara por igual.

A la luz de estos criterios, en buena parte volcados en la Constitución de 1853, empezaron las inmigraciones, que se asentaron en colonias, primero en Entre Ríos y Santa Fe, luego, en número menor, en Buenos Aires. Eran suizos, franceses, alemanes e italianos: estos últimos afluyeron en tal cantidad, que hacia 1880 constituían los dos tercios de la población extranjera de las colonias. En un principio, se trataba de inmigraciones organizadas por el Estado o por particulares avala-

dos por el gobierno. Pero fue prevaleciendo la idea de que la inmigración debía ser espontánea, y que al Estado sólo le correspondía fomentarla y protegerla. Este fue el concepto difundido a través de la ley 817 de inmigración y colonización, sancionada durante la presidencia de Nicolás Avellaneda.

La ley instrumentaba diversos mecanismos para promover la inmigración europea, tales como la instalación de oficinas especiales o consulados, el otorgamiento gratuito de pasajes, el alojamiento a cargo del Estado en el Hotel de Inmigrantes durante los primeros días, y el transporte sin cargo hasta su destino final. La inten-

ción era privilegiar la colonización rural, y a ese efecto se creaban instrumentos legales para que el Estado o los particulares formaran colonias, en predios de propiedad privada o fiscales. Pero la disponibilidad de tierras ya era escasa, y aunque la conquista del desierto incorporó amplios territorios, estos pasaron, en su mayoría, a manos de especuladores o latifundistas. En 1887 el fracaso de la ley de centros agrícolas en Buenos Aires concluyó, virtualmente, con los intentos oficiales de colonización. Precisamente ese año Buenos Aires, con una población cuatro veces más grande que la que tenía en 1855, mostraba una proporción de extranjeros que había pasado del 35 al 53 por ciento,



Archivo General de la Nación

pero esta cifra era mucho más reducida en la campaña bonaerense.

Así, la inmigración que Sarmiento había soñado como base de una democracia jefersoniana, sería mayoritariamente urbana. Para entonces, la corriente de recién llegados alcanzaría niveles realmente espectaculares.

Los que llegaban

En 1880 el saldo de entradas y salidas en el país fue muy magro: no alcanzó a 1000 personas... pero a partir del año siguiente y hasta 1890, los inmigrantes que se que-



Archivo General de la Nación

Izquierda: caricatura de Sarmiento realizada por Enrique Stein para un almanaque de El Mosquito de 1886, en el que aparece como inmigrante y vendedor callejero de papas. Abajo: Nicolás Mihanovich, cónsul general de Austria-Hungría en la Argentina. Pie de página: alemanes que parten de Leipzig rumbo a América.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Dos ejemplos de inmigrantes que llegaron a ocupar posiciones descollantes: abajo, el chalet de la familia Tornquist en Sierra de la Ventana; lo construyó Ernesto Tornquist, el gran financista del ochenta, nieto de suecos.

Derecha: Carlos Pellegrini según Stein, y su padre, Carlos Enrique (abajo), ingeniero y pintor, nacido en Saboya, Italia.



manu y el mundo

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



daron en el país fueron cada vez más. Así lo indican las cifras: 37 000 en 1884, 67 000 en 1885, 80 000 en 1887, 185 000 en 1889... En este último año el gobierno nacional, para paliar la siempre afligente escasez de mano de obra, había puesto a disposición de estancieros, industriales y otros empleadores, la fabulosa cantidad de 50 000 pasajes subsidiados. En esta generosidad -o dispendio, según se mire- no faltaron desfalcos y fraudes. A pesar del fomento, parecía evidente que la inmigración venía o dejaba de venir según los avatares políticos. Así, en 1880, el año de la insurrección de Tejedor, el saldo de los que se quedaron en el territorio argentino fue ridículamente bajo, y en 1890, el año de la revolución del Parque y de la crisis, la cifra bajó abruptamente a menos de 50 000, casi una cuarta parte de los radicados en 1889.

Aun con estos picos, la década comenzada en 1880 fue el lapso en que el país se mostró más receptivo al extranjero. Entre 1875 y 1914 la Argentina recibió a más de 5 millones de personas, que representaron el 14 por ciento del total del movimiento migratorio mundial. En este período, nuestro país llegó a ocupar el tercer y aun el segundo lugar entre los países que recibían inmigración, siempre detrás de los Estados Unidos y en magnitudes bastante inferiores. Pero también hay que advertir que los retornos fueron muy abundantes. Como expresión de este fenómeno podemos mencionar a los «trabajadores golondrinas», que llevaron el número de inmigrantes a cifras que, en los primeros años de este siglo, llegaron a superar largamente las de la década que va del ochenta al noventa, un verdadero record internacional.

¿De dónde venían quienes, en esta década, desembarcaban en nuestras costas? La mayoría era de origen italiano y español. Muy atrás de estas dos grandes vertientes venían franceses, ingleses, alemanes, sirios, judíos, etc. En los años a los que nos referimos fueron escasos los aportes de las nacionalidades que, bajo el título de «las inmigraciones exóticas», veremos más adelante. Entre los italianos, en el lapso que corre entre 1860 y 1890, predominaron los *caffoni*, trabajadores de la tierra en el Piamonte, Lombardía y el Friul; después empezaron a venir campesinos y jornaleros del sur (Calabria, Nápoles y Sicilia); ya veremos cómo la proporción de italianos fue disminuyendo en beneficio de la de españoles, quienes entre los años 1905 y 1910 aportaron entre el 43 y el 60 por ciento de la totalidad de los inmigrantes llegados a este suelo.

Estación Paraná del Ferrocarril Central Entrerriano en 1887. En 1853 empezaron las inmigraciones, que luego se fueron asentando en colonias. Primero, en Entre Ríos y Santa Fe, y más adelante, en menor escala, en Buenos Aires. Eran franceses, suizos, alemanes del Volga e italianos.

Cartas de inmigrantes

El sociólogo italiano Emilio Franzina publicó una selección de cartas de campesinos italianos establecidos en la Argentina en la década de 1880 (*¡Mérida! Mérida!*, Editorial Feltrinelli, Milano, 1979), de las que, a continuación, reproducimos diversos fragmentos:

De Girolamo Bonesso, en Esperanza (1888): «Aquí, del más rico al más pobre, todos viven de carne, pan y minestra todos los días, y los días de fiesta todos beben alegremente y hasta el más pobre tiene cincuenta liras en el bolsillo. Nadie se descubre delante de los ricos y se puede hablar con cualquiera. Son muy afables y respetuosos, y tienen mejor corazón que ciertos canallas de Italia. A mi parecer, es bueno emigrar...»

De Luigi y Oliva Binutti, en Jesús María (1878): «Aquí la gente es tan buena, que es una maravilla. Decían que son indios, y son todos muy bien.

En Italia no se encuentra gente de educación como aquí [...] Se puede cazar casi con la mano; hay tantas palomas como moscas hay en Italia...»

De Vittorio Petrei, en Jesús María (1878): «Nosotros estamos seguros de ganar dinero y no hay que tener miedo a dejar la polenta, que aquí se come buena carne, buen pan y buenas palomas. Los señorones de allá decían que en América se encuentran bestias feroces; las bestias están en Italia y son esos señores...»

De Nanni Partenio, en Rosario (1878): «Lo malo de esta tierra es que es peligrosa: por una chirola te asesinan. Así que hay que estar siempre alerta, armado con revólver [...] Todos los años esta fertilísima tierra es devastada fieramente por las langostas».

De Luigi Basso, en Rosario (1878): «He pensado en marcharme a Mon-

tevideo, capital del Uruguay, y si no hay trabajo me voy al Brasil, que allí hay más trabajo y al menos tienen buena moneda, y no como aquí en la Argentina, que el billete siempre pierde más del veinte [por ciento] y no se ve ni oro ni plata. Es una ley estúpida eso de que con esta moneda no se puede ir de una provincia a la otra, se debe cambiar y perder la mitad de su valor».

De Leonardo Placereano, en Buenos Aires (1880): «En cuanto a los granos, te diré que el trigo viene hermosísimo, pero este año vale muy poco. El maíz, en general, no es tan bueno como el de Italia. Azúcar no hay en cantidad y tampoco otras verduras y papas, y aun cuando tengas ganas de hacer una huertita, da mucha fatiga conservarlas por la gran cantidad de hormigas y el mucho calor» ■

Se calcula que, en definitiva, nueve de cada diez inmigrantes se instalaron en la región litoral-pampeana, y que en la ciudad de Buenos Aires quedaron de dos a tres de cada diez de los que llegaban al país. Así, en 1910, de los 200 000 habitantes que tenía Rosario, un 46 por ciento era extranjero; por su parte, Buenos Aires, con su población de 1,6 millones de almas, tenía un 50 por ciento de extranjeros. La explicación de esta radicación urbana puede centrarse en las grandes obras públicas de la década de 1880 (aguas corrientes y de salubridad, ferrocarriles, edificios públicos y viviendas privadas, la enorme obra del puerto). La crisis de 1890 derivó a mucha de esta gente al campo, mas en los primeros años de este siglo la ciudad porteña retomó nuevamente su ritmo intenso y las oportunidades de trabajo se ampliaron: tranvías,



Archivo General de la Nación

Con respecto a la inmigración, prevaleció la idea de que debía ser espontánea; el Estado sólo la fomentaría y protegería. Ese fue el espíritu de la ley 817, en la que se instrumentaban mecanismos para ayudar a los que llegaban, tales como la instalación de oficinas especiales. En la foto, la Comisión de Inmigración de la ciudad de Corrientes.



Archivo General de la Nación

subterráneos, viviendas, comercio, molinos, refinerías, frigoríficos, establecimientos manufactureros de todo tipo. Después de 1910, sólo el 35 por ciento de los inmigrantes se declaraba agricultor: en la década de 1880, esta proporción había sido del 70 por ciento.

Hacia el año del Centenario, los que habían venido en 1880 tenían treinta años de antigüedad en el país. Sus hijos eran argentinos y ellos mismos estaban asimilados a la sociedad local, en la que no pocos habían hecho fortuna. La gran inmigración, la de la década de Roca y Juárez Celman, estaba ya integrada, y el sistema de educación popular había posibilitado el ascenso de sus vástagos.

«Alucinados, como si miraran el sol»

La inmensa mayoría de los inmigrantes entraba por Buenos Aires, transportada en navíos de toda clase, cuyos pasajes se habían abaratado notablemente a partir de 1870. Aquí no había puerto todavía, aunque los trabajos del proyectado por Madero avanzaban rápidamente. Debían, pues, desembarcar en botes y descender en un endeble muelle de pasajeros; la redonda silueta de la Aduana construida por Taylor en 1857 se presentaba a

los viajeros dominando, hasta mediados de la década de la que nos estamos ocupando, la chatura del paisaje urbano. Un breve trámite y el inmigrante ya pisaba libremente el suelo argentino. Podía ir a alguno de los hoteles de inmigrantes por unos días, o subir la pequeña pendiente que separaba la ciudad de las toscas, para entrar a ese mundo nuevo que venía soñando desde su partida. «Cuando desembarcan en América -escribía Sarmiento en aquellos años- sus ojos quedan alucinados como si miraran el sol».

Algunos venían con direcciones y rumbos precisos. Otros vagaban al azar hasta encontrar alojamiento y acomodo, y aquellos primeros días de América les dejaban impresiones imborrables que pasaban a la tradición familiar. Edmundo D'Amicis, entre otros escritores, ha narrado las búsquedas, los desencuentros, las ansiedades de quienes habían llegado contando con ampararse en la casa de algún paisano, sin encontrarlo. Aquellos que no se encaminaban al campo se iban estableciendo en distintos puntos de la ciudad, y ciertas misteriosas afinidades o, en muchos casos, la simple casualidad, los afincaban por nacionalidades en determinados barrios. Sin que nunca llegaran a constituir ghettos, los recién llegados se agrupaban cerca de parientes, compatriotas o amigos, allí donde pudieran seguir



Archivo General de la Nación. Fotógrafo: A. Rigod



El antiguo muelle de desembarco
del puerto de Buenos Aires, demolido
en 1891, según foto de Rigod.
Viñeta: un viejo chiste de españoles.
El texto decía: -«¿Cómo se llama tu
hijo? -Ramón. -¿Y cuándo nació?
-El domingo de Ramos. -Ah, claro,
¡el santo del día!»



El fenómeno inmigratorio

Creo que una de las causas de la paradoja histórica del pueblo argentino, su obsesiva, casi enfermiza búsqueda de identidad, su incapacidad de reconstrucción orgánica y de convicciones motoras, se debe al hecho de no haber asumido en toda su avasallante complejidad y en su permanente fermentación el fenómeno inmigratorio. La transformación global que incidió en el país a partir de la gran inmigración, en el último cuarto del siglo pasado -y las sucesivas, heterogéneas oleadas posteriores a las dos guerras mundiales-, no fue investigada a fondo, subestimándose la gravitación que una mayoría numérica produjo sobre la realidad étnica, antropológica y psicocultural. Los estudios sobre inmigración en su relación directa con el avance tecnológico, industrial, con la historia de los partidos políticos, con la evolución jurídica, con la cultura en su multiplicidad de facetas, con la literatura y con la lengua, son, a mi juicio, escasos, anacrónicos, deficientes y estancados. El mito se enseñorea así de la opinión pública, y las nuevas generaciones tantean y manotean a ciegas en el tembladeral del desarraigo.

Creo que no es posible tener una visión de la realidad histórica argentina y del hombre argentino de hoy, si no se tiene una concepción lúcida, cabal, de la propulsión ejercida por el fenómeno inmigratorio que dinamizó la vida del país en el último siglo. Ningún análisis de la realidad argentina, más, ningún programa de gobierno, ningún estudio antropológico del hombre argentino serán posibles sin una indagación exhaustiva, llevada a cabo con rigurosa metodología y objetividad, acerca de los alcances de un fenómeno decisivo cuya proyección y consecuencias no hemos sabido desentrañar.

Dentro de este fenómeno, que embiste toda la realidad y es determinante de futuros procesos psicoculturales, existe -además- otro vacío histórico incomprensible en el mundo de hoy: ¿cuál fue el rol de la mujer inmigrante a lo largo de la historia argentina y en particular en la llamada «gran inmigración» -la de 1876, fecha de promulgación de la ley 817, hasta 1900? ¿Fue la mujer tan sólo un elemento pasivo al lado del hombre? Aun si así fuera, ¿cuál ha sido su aporte en el nucleamiento familiar, en la fusión de razas y credos, en la composición y combinación de culturas, en la evolución jurídica, social, económica y cultural? Nos falta todo un sustento de documentación, de conocimientos de hechos, ejemplares o cotidianos, de crónicas, de cartas, de historias de vida, que permitan al historiador estructurar una concepción esclarecedora ■

Syria Poletti

Novelista, nacida en Italia y radicada en la Argentina. Autora de *Gente conmigo* y *Estrañio oficio*, entre otras obras, y de varias narraciones infantiles.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

hablando su idioma y practicando sus costumbres. El historiador James Scobie ha realizado una descripción muy detallada del crecimiento de la ciudad desde la Plaza de Mayo hacia la periferia; de su trabajo puede tomarse, como índice indubitable de la prosperidad de aquellos años, la rapidez con que se fue compactando el tejido urbano mediante la extensión de los loteos y el alargamiento de las líneas tranviarias y ferroviarias, que acercaban los incipientes vecindarios a los lugares de trabajo.

Pero por uno que llegaba a concretar el sueño de la casita propia, diez quedaban en el conventillo. Esto no sólo se daba en Buenos Aires: en todas las ciudades argentinas del litoral prosperaron estas vi-



viendas colectivas. Algunas habían sido antiguas residencias venidas a menos; otras fueron construidas especialmente para inquilinatos.

Es que la ingente descarga de personas sobre la ciudad, reiterada semana tras semana, desbordaba toda capacidad de alojamiento y dejaba atrás el ritmo de construcción de viviendas, por activo que fuera. Los recién llegados, entonces, debían hacinarse en los conventillos, que estaban situados en la parte vieja de Buenos Aires y, por consiguiente, cerca de los empleos y oportunidades de trabajo, evitando así gastos de transporte. Generalmente se instalaban en los inquilinatos con la idea de una estadía provisoria, pero muy frecuentemente se quedaban

Los particulares, en un principio avalados por el gobierno, formaban colonias en tierras de propiedad fiscal o privada. Uno de ellos fue Jerónimo Cracogna -en la foto, a los setenta años, con uno de sus nietos-, del grupo de los primeros habitantes de Colonia Avellaneda (Santa Fe).

Inmigrantes en Bahía Blanca

En 1883 un destacado periodista porteño, Benigno Lugones, escribió que Bahía Blanca «es ahora una California en que se hablan todos los idiomas», con lo cual reflejaba el rasgo más notorio de la ciudad, sacudida por un rápido proceso de cambio. En efecto, en la década del ochenta Bahía Blanca vive una decisiva etapa de expansión y modernización. Apenas concluida la conquista del desierto -desde su fundación, en 1828, fue una aldea de frontera, insegura y objeto de reiterados ataques indígenas que impedían toda posibilidad de progreso- comenzaron a producirse hechos trascendentes que contribuyeron a promover el cambio socioeconómico largamente postergado: se inaugura la primera línea ferroviaria que comunica directamente con Buenos Aires (1884), se construye un muelle de acero en el puerto (1885), el comercio crece notablemente, se expande la producción industrial, se incrementan los servicios públicos esenciales, arriban contingentes de inmigrantes europeos y la ciudad acelera vertiginosamente su crecimiento demográfico.

La diversidad y expansión de las posibilidades ocupacionales determinan una constante demanda de mano de obra, satisfecha por los inmigrantes extranjeros que se asientan en la ciudad, en su mayoría italianos y españoles, y en menor número franceses, ingleses, alemanes, etc. La actividad de estos inmigrantes fue decisiva para el desarrollo industrial y comercial, que comienza a adquirir fisonomía moderna. Y esto, en lo social, se traduciría en la conformación de una nutrida clase media. Debe recordarse, asimismo, que juntamente con la masa anónima de inmigrantes que se incorpora como mano de obra no calificada, arribaron también profesio-

nales, docentes, periodistas, artistas, etcétera.

En el ámbito rural, por iniciativa de empresas privadas, se establecen colonias que concentran a inmigrantes agrupados étnicamente, y en las que predomina la propiedad como sistema de tenencia de la tierra. La Sociedad Anónima Curamalán organizó una colonia francesa, de origen aveyronés, en Pigüé (1884); una colonia de piemonteses en Arroyo Corto (1884); y tres colonias de alemanes del Volga cerca de Coronel Suárez (1887); mientras que en 1885 Ernesto Tornquist funda una colonia en campos de su propiedad, integrada por suizos, alemanes y austríacos, en las inmediaciones de la estación que lleva su nombre.

Desde otro punto de vista, corresponde agregar que hasta 1890 los inmigrantes se mantuvieron al margen de las actividades políticas. Esto, naturalmente, no impidió la intensa acción comunitaria de las diversas colectividades extranjeras, que se manifestó a través de la fundación de mutuales, escuelas privadas, entidades culturales y periódicos ■

Félix Weinberg

Profesor titular y director del Centro de Estudios Regionales en la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca). Es autor de numerosos libros y de artículos publicados en revistas especializadas del país y del exterior.

Nicolás Avellaneda, bajo cuya presidencia se dictó la ley de inmigración (abajo, izquierda). Aviso publicado en la Revue Sud-Américaine, en 1886, por la Oficina Oficial de Informaciones argentina en París (abajo, derecha). Pie de página: al lado del Mercado Modelo, una posada para inmigrantes.

«El Mosquito», 1885



«Revue Sud-Américaine», 1886



allí durante décadas. Con condiciones higiénicas deplorables, sometidos a la tiranía de los encargados, desprovistos de intimidad y de comodidad, helados en invierno y sofocantes en verano, los conventillos, sin embargo, fueron la fragua de esa heterogeneidad bullente y cosmopolita que los habitaba. En el contacto cotidiano se intercambiaban palabras, costumbres, comidas, fiestas, creencias, prejuicios, esperanzas y frustraciones: el conventillo era un inmenso *clearing* humano, cuyo resultado inmediato sería la otra generación, la de los hijos de los inmigrantes, con el espíritu lleno de los contenidos heredados de sus progenitores, pero ya netamente argentino.

Algunos años más tarde, el conventillo habría de convertirse en el motivo central del sainete, y el teatro definiría sus arquetipos más característicos. En este proceso de estilización y elaboración retrospectiva, el tango haría de sus patios el escenario principal de sus argumentos sentimentales.

El hablar, el comer, el vivir

Los nuevos habitantes no tropezaron con hostilidades ni discriminaciones por parte de los nativos: la hospitalidad argentina para con los extranjeros era tradicional, y siempre se los había respetado, aun en los avatares políticos más extremos. Ahora, en la década de 1880, cuando la prédica de Alberdi, Sarmiento, Mitre, Rawson y tantos otros sobre la necesidad de atraer nuevos brazos y nuevas inteligencias al conjunto nacional compenetraba la conciencia colectiva, mucho menos habrían de existir prejuicios o inconvenientes. Si los hubo, fueron excepcionales y no alteran lo dicho.

Los españoles eran como hermanos de raza (aunque los sinuosos gallegos o los enrevesados vascos provocaran a veces la burla de los locales) y los italianos inspiraban simpatía y cordialidad. Por otra parte, los «rusos» -generalmente judíos provenientes del imperio de los zares- y los «turcos» -originarios del imperio Otomano-, que llegaban en proporciones mucho menores, llamaban la atención por su exotismo, pero no fueron objeto de rechazo ni en la ciudad ni en los ámbitos



Archivo General de la Nación

El edificio del Hotel de Inmigrantes se erguía sobre el puerto de Buenos Aires (abajo). La ley preveía el alojamiento sin cargo durante los primeros días. Después, muchos optaban por instalar precarias viviendas en las inmediaciones (pie de página). Viñeta: Eduardo Wilde, según Stein.



rurales. Sin embargo, algunas voces resonantes, como la de Domingo Faustino Sarmiento, se alzaron para advertir estas irrupciones de extraño origen, que no eran las que habían deseado los organizadores de la Argentina moderna.

En suma, la adaptación fue rápida. Sin ninguna duda, el amor constituyó un elemento coadyuvante. «Marineros, arquitectos, buhoneros y agricultores a la vez... se casan pronto en el país», decía Sarmiento en 1856 hablando de los italianos que estaban llegando a Buenos Aires. Una inmigración compuesta mayoritariamente por hombres solos tenía que concluir, por necesidad, en la constitución de parejas con las sabrosas criollas, que encontraban mejor futuro en estos laboriosos europeos que en los paisanitos del campo y la ciudad, acostumbrados al ocio, sin hábitos de ahorro y tentados siempre por el juego y la diversión.

Estos connubios, aquellos contactos, fueron estableciendo intercambios que en aquel momento pasaron inadvertidos, pero que más tarde aparecerían como las causas principales de esa peculiar identidad que distingue a nuestro pueblo del resto de América latina.

En primer lugar, el lenguaje. Sobre todo el de las ciudades, empezó por entonces a poblarse de italianismos, derivados del *argot* y del *caló*, de fácil incorporación a los vocablos usuales en las capas más bajas de la sociedad criolla y en el mundo del hampa y la picaresca. Así, mientras se desvanecían las palabras castizas y las que provenían del mundo rural, se fue definiendo el lunfardo, al que estudiosos y periodistas de la época, como Lisandro Segovia, Agustín Álvarez y más tarde Fray Mocho, dedicarían ilustrativas páginas en las que se demostraba la extensión adquirida en aquellos años.

El lunfardo fue, al principio, un medio de entendimiento verbal en el que los gestos tenían gran importancia, utilizado en los ambientes del delito y la prostitución; poco a poco se trasfundió a otras ciudades y otros niveles sociales. Luego, con los años, adquirió la jerarquía de lenguaje típico de los argentinos, sobre todo de los porteños: se transformó en un signo de re-

Archivo General de la Nación. Fotografía: A.W.B. y C.



Archivo General de la Nación





El aluvión inmigratorio cambió la fisonomía de Buenos Aires. Sus viviendas, apresuradamente construidas, tenían un carácter diferente (abajo). Los vendedores ambulantes fueron reemplazados por lecheros vascos (pie de página) o por verduleros italianos (derecha).
Viñeta: Luis Sáenz Peña dibujado por Stein para El Mosquito.

Biblioteca Municipal Manuel Gálvez



conocimiento mutuo, en un continente de los mensajes poéticos del tango. Esto, repetimos, ocurrió mucho después, cuando las alquimias del tiempo lo limpiaron de sus espurios orígenes y filtraron sus antiguos contenidos canalleros. Pero ya en la década de 1880 Buenos Aires, como otras grandes ciudades del mundo, podía jactarse de disponer de un idioma propio y distintivo, producto directo de la gran inmigración que hervía en sus calles.

También los hábitos alimentarios de los argentinos se modificaron con la llegada de los inmigrantes. Los españoles trajeron su afición a las fritangas y enriquecieron el magro pucherito criollo con porotos, garbanzos y chorizos; importaron sidra y chacolí, aceite de oliva y sardinas enlatadas. Los italianos aportaron la sun-

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación. Fotógrafo: Whitcomb



tuosidad de sus pastas, que rápidamente fueron aceptadas por todos: desde entonces, los tallarines se convirtieron en un rito dominical para toda la familia. También fue itálico el origen de la *bagna cauda*, la pizza y la polenta, sobre todo si se comía «con pajaritos»: un aditamento que la población nativa no aceptó totalmente, pues hasta entonces los palomares que adornaban estancias y quintas se consideraban una recreación para la vista y no una fuente de alimentos. Pero los activos *cacciatori* incorporaron estas aves a sus manjares, como lo hicieron con bichos del campo que antes se despreciaban: tal el caso de las liebres y las vizcachas. Unos y otros elaboraron productos lácteos y embutidos. Los «turcos» difundieron el *keppe* y los postres hojaldrados, así como los «rusos» aportaron con-

fituras de toda clase y sabor. Por su parte, los franceses hegemonizaban los sofisticados manjares de restaurantes y hoteles, y los menús de la clase alta: tener un cocinero francés -como una institutriz inglesa y mucamas gallegas- era toda una definición social... Pero aunque ampliado con estos aportes, el panorama gastronómico argentino siguió girando alrededor de la carne. Era rica y barata; la mestización de los rodeos la fue haciendo más tierna y crasa, aunque tal vez menos sabrosa. Los argentinos consumían carne diariamente y para los extranjeros era un símbolo concreto del mejoramiento de su calidad de vida, de modo que la res vacuna -y muy atrás el cordero, el cerdo y la oveja- continuó siendo, tal como había sucedido en épocas anteriores, el elemento fundamental de las comidas.

Nos hemos extendido en las modificaciones producidas por la gran inmigración en el campo del lenguaje y de los alimentos, porque son las que muestran con mayor transparencia el impacto de los recién llegados sobre la sociedad tradicional. Puesto que los fenómenos de transformación que se dieron en estos ámbitos fueron netamente culturales, sus efectos resultaron profundos y trascendentes, y contribuyeron a perfilar la personalidad colectiva con una fuerza que tal vez no se registre en otros planos.

Es innegable que la vida misma de los argentinos -sus costumbres, sus creencias, sus formas de convivencia- cambió con la presencia de los inmigrantes, aun cuando algunos de sus valores y hábitos fueron rechazados. Los inmigrantes, por ejemplo, venían con un anhelo que era el motor de su actividad: hacer la América. Este afán contrastaba con la placidez de la vida del argentino viejo, que en la ciudad o en el campo se contentaba con un moderado pasar, que limitaba sus quehaceres a lo esencial y dejaba tiempo para el ocio, la tertulia, la diversión, la política. Los inmigrantes eran ahorrativos y hasta mezquinos o, al menos, más medidos que los nativos. Elaboraban, además, ciertas formas de sociabilidad y solidaridad que aquí eran desconocidas. Conviene señalar que los italianos fundaron, en 1857, la sociedad *Unione e Benevolenza* y el Hospital Italiano, y en 1861 la sociedad *Nazionale Italiana*. A pesar de estos modestos comienzos, en 1904 ya había ochenta y cuatro asociaciones de ese origen, y algunas de ellas tenían más de cinco mil asociados. No menos numerosas o importantes fueron las asociaciones españolas, algunas de una gran resonancia social y económica, como el Hospital Español, el Centro Gallego, el Club Español, etc. Casi todas ofrecían servicios de beneficencia, socorros mutuos, escuelas. Todavía se pueden ver, en decenas de pueblos del interior del país, los edificios de estas instituciones: las de origen italiano, con una barroca profusión de adornos en sus frentes; las españolas, con algún elemento morisco y un león de Castilla dando el tono hispánico a la arquitectura, que se completaba en su interior con el característico patio andaluz, adornado con macetas y mayólicas.



Este tipo de asociación resultaba novedoso para el individualismo nativo. Lo más aproximado a aquellas mutuales, cooperativas y otras formas de ayuda recíproca que se habían logrado en el país hasta el momento, eran clubes como el del Progreso en Buenos Aires o Veinte de Febrero en Salta, o centros de sociabilidad como el Jockey Club, fundado en 1882. Poco a poco, los argentinos entendieron la conveniencia de aunar fuerzas para lograr diferentes objetivos comunes, y en distintos barrios de Buenos Aires, en ciudades y pueblos del interior, surgieron, con el tiempo, instituciones culturales, deportivas -copiadas de los ingleses, a las cuales nos referiremos más adelante- de fomento, sociales y de difusión ideológica o religiosa.

Aprender de los nativos

Pero también los inmigrantes aprendieron de los nacionales; de ellos asimilaron virtudes y defectos. La primera de las virtudes: la conciencia de la propia dignidad. En 1888, un campesino instalado en Esperanza escribía a sus parientes en Italia: «nadie se descubre para hablar con los ricos y se puede hablar con cualquiera». Con distintas palabras, son muchos los testimonios del grato asombro que provocaba en los recién llegados el tono igualitario, sencillo y democrático de la sociedad nativa en la región pampeana, en comparación con las estructuras semif feudales que prevalecían en muchas regiones de Italia y España -para no hablar de los imperios ruso u otomano. Dos décadas antes, el chileno Vicuña Mackenna había elogiado la llaneza del trato del gaucho, que tenía un natural señorío y no se consideraba inferior a su patrón. Los inmigrantes asumieron muy pronto un aire que excluía el servilismo y la humillación, y esta mutación no debe haber sido el menor de los factores que contribuyeron a su rápida integración.

La presencia de los inmigrantes, con su urgencia por hacer dinero, también fue cambiando el ritmo de las ciudades, al menos en el litoral. Buenos Aires dejó de ser la Gran Aldea para moverse con un apuro que asombraba a los visitantes, y que era el mismo de La Plata o Rosario. En el interior, este efecto se sintió en me-



Archivo General de la Nación

nor grado, y así empezaron a diferenciarse las regiones tradicionales de aquellas pobladas significativamente por extranjeros. Cuando treinta años más tarde Manuel Gálvez describió a La Rioja en *La maestra normal*, la comparó con esas ciudades de Castilla, dormidas, viviendo del recuerdo de su pasado. Insensiblemente, la Argentina se dividió según el hábito de la siesta: allí donde se radicaban los inmigrantes, esa saludable costumbre quedaba automáticamente abolida...

También variaron los gustos. La colectividad italiana impuso su amor por el arte lírico, ya apreciado desde décadas anteriores en el Río de la Plata, ahora expuesto suntuosamente a través de los mejores

tenores y *prime donne*, y representado en teatros que florecieron en todas las ciudades más o menos importantes. La gente española renovó en estas tierras su apego por el género chico; era la mejor época de la zarzuela, y después del estreno en Madrid las compañías las traían enseguida a Buenos Aires. De allí al sainete criollo sólo había un paso, que se dio inmediatamente. Recién en 1890 Alberto Williams, aplicando una concepción nacionalista, compondría *El rancho abandonado*; pero en el gusto musical de la gente común la confluencia de habaneras y pasodobles, de los viejos ritmos africanos y las milongas vernáculos, prefiguraba la aparición del tango, que asomaría en la década siguiente.

Buenos Aires llegó a tener el 50 por ciento de su población compuesta por extranjeros. Los mercados (abajo) prácticamente estaban manejados por la colectividad italiana. Derecha: Rafael Calzada, abogado asturiano, impulsor del Hospital Español. Más a la derecha: Lisandro Segovia, jurista y profesor, autor del Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos.



Archivo General de la Nación. Fotógrafo: M. San Martín



Archivo General de la Nación



La hospitalidad del criollo

El tema de la integración entre criollos e inmigrantes preocupó a la gente del ochenta. En *Memorias de un viejo*, la obra de Víctor Gálvez (Vicente Quesada) publicada por la Editorial Kraft en 1942, pueden leerse estas reflexiones:

«El criollo, el nativo, el que lleva la hidalguía española en su sangre y en su tez, ése ama al huésped que llega, al inmigrante que viene, si se asimila a las costumbres nacionales; pero no podría simpatizar con aquel que, creyéndose superior sólo por ser europeo, traza una línea divisoria entre lo argentino y lo extranjero, como con frecuencia lo hace el orgulloso inglés. Simpatiza con el alemán honesto y serio que se hace padre de familia y se vincula a la tierra. ¿Cómo no reír con el francés burlón, pero franco y cordial? El español viene, puede decirse, en familia, para él somos los mismos, cualidades, defectos, pasiones, todo lo expresamos en la armoniosa lengua castellana, por cuya conservación y pureza debieran hacerse sacrificios. El italiano, el belga, el suizo, el holandés, el dinamarqués, encuentran abiertas todas las puertas, sólo se exige honradez y manos limpias. Sería absurdo pretender

que al iletrado y burdo obrero se le sienta en el salón argentino.

»La hospitalidad es generosa, pero ¡guay con los que pretenden ser superiores y privilegiados sobre los ciudadanos! La bondad no iría jamás a conceder privilegios al extranjero que los haga superiores al hijo del país» ■



Fueron cambiando también los gustos estéticos. Los constructores italianos ornamentaban los frentes de las casas y la clase alta convocaba a arquitectos franceses para sus nuevas mansiones. El sobrio mobiliario antiguo era sustituido por enormes armatostes, y las habitaciones se poblaban de estatuas, cuadros, *bibelots*, jarrones y otros objetos innecesarios: era el tiempo en que Eduardo Wilde se quejaba, en un divertido artículo, de la prisión que era su hogar, plagado de obstáculos, verdaderas imposiciones de una moda venida de Europa que los artesanos y profesionales extranjeros aprovechaban al máximo. Porque la gran inmigración no estuvo constituida solamente por trabajadores manuales; también vinieron médicos,

Rafael Calzada y su mujer, en la sala de su casa, rodeados por el mobiliario y los adornos de moda (abajo, izquierda). Abajo, derecha: uno de los oficios más humildes, el de changadores callejeros, en este caso ejercido por gallegos. Pie de página: en la planchada se fotografía un contingente de emigrantes, dispuestos a luchar por un futuro mejor.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

abogados, ingenieros, profesores, hombres de ciencia, atraídos por ese *boom* que absorbía brazos e inteligencias, y ríos de oro en forma de empréstitos o inversiones. Estos profesionales tampoco encontraron discriminaciones. Muchos cumplieron carreras exitosas y aun espectaculares, como el abogado español Rafael Calzada, dueño de un loteo que fue origen del barrio que lleva su nombre y defensor judicial de los hijos naturales de Rosas, una *cause célèbre* que escandalizó, en la década del ochenta, a la pacata sociedad porteña.

Pacata, pero tolerante con el submundo de la prostitución. La inmigración masculina reclamaba mujeres, y esa demanda imperiosa era satisfecha por una oferta variada, que en la capital de la Nación se brindaba especialmente en el Paseo de Julio y las cercanías del Parque de Artillería y, en gradaciones proporcionales a la población y riqueza locales, se multiplicaba en todo el país. Había burdeles para los menos exigentes, pero también se montaban establecimientos poblados por pupilas venidas de Marsella o Burdeos. Tan extendida estaba la costumbre de frecuentar estas casas, que el jurista Juan Balestra cuenta en su libro *El noventa* que el ilustre general Mitre era, en su viudez, cliente habitual de una de ellas...

Sería tarea infinita la enumeración de los cambios que provocó en el país el aluvión inmigratorio. Nada dejó de modificarse. Todo cambió, en mayor o menor medida: el paisaje urbano y rural, las cosas, el espíritu, las formas de vida. Generalmente, con signo positivo; algunas veces, negativamente. No se puede pensar en la Argentina de hoy sin tener en cuenta aquel formidable proceso. La inmigración influyó en la población y fue influida por ella, y en esa compleja interrelación se ha ido gestando la identidad que el escritor mexicano Carlos Fuentes resumió al decir: «Los mexicanos descendemos de los aztecas, los peruanos descienden de los incas y los argentinos descienden... de los barcos!» ■



Archivo General de la Nación

7. El mundo de la época

En 1880 el imperialismo europeo culminó un proceso de casi cinco siglos de expansión en ultramar. Gran Bretaña en primer lugar, y después Francia, Alemania y Bélgica, se fueron repartiendo trozos de Asia, África, América y Oceanía. Surgían dos grandes colosos: Estados Unidos en occidente, Japón en oriente. La segunda revolución industrial perfeccionaba la maquinaria y potenciaba el trabajo especializado. La esperanza en la ciencia y en el progreso de la humanidad ponía en cuestión la fe tradicional. Los sectores laborales, por su parte, adquirirían una auténtica conciencia de clase, la que daría impulso a sus primeras reivindicaciones.

La frase del político inglés Joseph Chamberlain -«el día de las naciones pequeñas ha pasado; ha llegado el día de los imperios»- resume con propiedad la situación mundial en el último cuarto del siglo XIX. En efecto, el imperialismo más desenfrenado se presentaba entonces como la culminación de casi cinco siglos ininterrumpidos de expansión europea en ultramar. Las grandes potencias buscaban nuevas conquistas, mercados para sus productos manufacturados, fuentes baratas de materias primas, y tierras vírgenes donde enviar a sus poblaciones hambrientas. Para asegurarse estas metas, los países europeos libraron guerras coloniales encarnizadas. En un lapso equivalente al desarrollo de una sola generación, alrededor de un quinto de la superficie terrestre y la décima parte de la

población mundial quedaron bajo la sombra de la dominación del Viejo Mundo.

Si consideramos esta expansión en la década que se inicia en 1880, podemos destacar algunas figuras, hitos y momentos culminantes. Por ejemplo, la Conferencia de Berlín, que en 1885 dispuso el reparto de África entre varias potencias. Y también el jubileo de la reina Victoria de Inglaterra, que en 1887 congregó en Londres a pueblos vasallos de cinco continentes. O la Exposición Universal de París (1889), para la cual se construyó un monumento original de discutible belleza, que sería objeto de la curiosidad de millares de turistas en los años venideros: la Tour Eiffel, bautizada así como homenaje al ingeniero Eiffel, su constructor, maestro en el empleo del hierro.

Durante el jubileo de la reina Victoria de Inglaterra, en 1887, se congregaron en Londres pueblos vasallos de cinco continentes. El Imperio Británico era por entonces considerado «la más grande fuerza bienhechora que hay en el mundo, después de la Providencia».



Una vista panorámica de la ciudad de El Cairo (abajo, izquierda) y las clásicas felucas amarradas en las márgenes del Nilo (en el centro, izquierda). Entre 1883 y 1907, la administración de lord Cromer fue creando las bases del Egipto moderno. Estudió las crecientes del Nilo y dispuso la realización de importantes obras públicas.

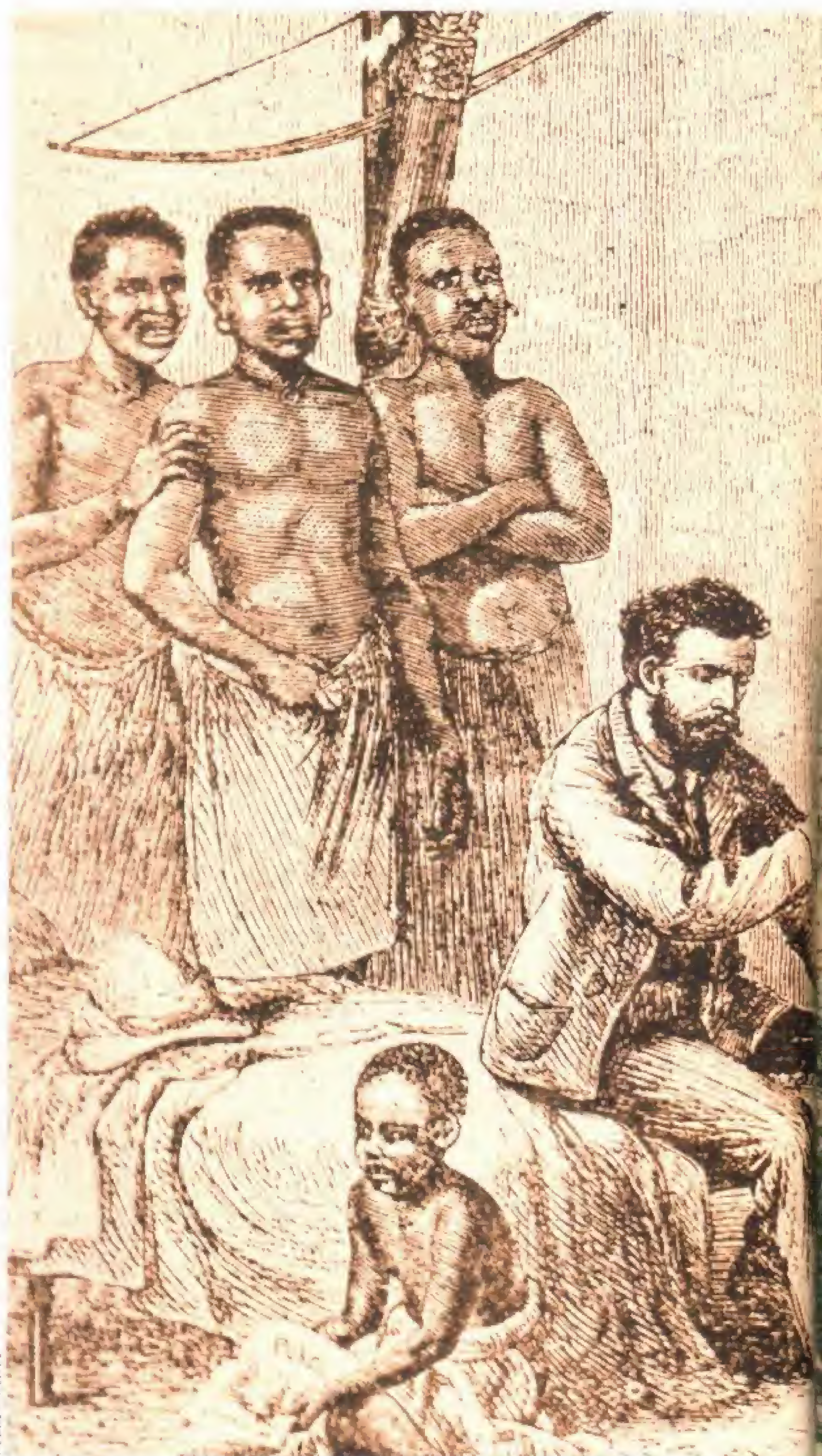


Librería Pampeana



Librería Pampeana

Museo Mitre



La gran fuerza bienhechora

«El Imperio Británico es, después de la Providencia, la más grande fuerza bienhechora que hay en el mundo», se escuchó afirmar durante el jubileo de la reina Victoria. Expresiones de características similares contenía la letra del himno *Rule Britannia* (Inglaterra gobierna los mares), que también fue entonado en esa oportunidad histórica.

Nada se oponía a la tranquila satisfacción con que los blancos europeos y norteamericanos y sus parientes pobres, las élites

gobernantes de América latina, aceptaban la hipotética carga o «fardo del hombre blanco»: transmitir la civilización a los pueblos cultural y étnicamente «inferiores» de África, Asia, Oceanía y América del Sur.

Los intelectuales, los filósofos, los estudiosos, los antropólogos y los políticos, coincidían en admitir el derecho de las naciones técnicamente más desarrolladas a dominar y utilizar en beneficio propio a los demás pueblos, a suprimir, si era preciso, su independencia política, y a establecer lazos rigurosos de dependencia

económica. A través del capitalismo financiero que florece en la década de 1880, el dinero se convierte en el gran impulsor de las conquistas militares del hombre blanco.

Cualquier mapamundi de la época señala con claridad las tajadas que las potencias imperiales estaban arrancando en todos los continentes; muestra, asimismo, los puntos de fricción sobre los que, en un futuro próximo, se enfrentarían.

El hombre blanco, en su versión inglesa, se hallaba sólidamente instalado en la In-



Un grabado de la época muestra al doctor Livingstone y al periodista Stanley en el interior de una choza africana (centro). Abajo, derecha: Henry Morton Stanley, cuyo verdadero nombre era James Rowland, corresponsal en Africa del New York Herald y del Daily Telegraph de Londres. Viñeta: una belleza oriental.



Librería Pampeana

dia, donde la penetración europea llevaba ya mucho más de un siglo de existencia. Desde 1877 la India estaba gobernada por virreyes, delegados de la reina Victoria, y entre 1880 y 1890 consolidó sus fronteras: al norte, en Afganistán, donde se insinuaba un avance ruso, la habilidad diplomática del primer ministro Gladstone aseguró la tranquilidad; al sudeste, Birmania quedó parcialmente anexada al complejo de pueblos y culturas diferentes que constituían la India británica. Un virrey liberal y progresista, lord Ripon, provocó el escándalo de los angloindios más conservadores con medidas como la li-

bertad de prensa, otorgada incluso a los hindúes, y con proyectos de dar a la justicia local cierta jurisdicción sobre los europeos residentes. En 1885, la creación del Congreso Nacional Indio, que en un principio contaría con la participación de las castas locales más elevadas, preanuncia el importante papel que dicha agrupación jugará en el futuro político del subcontinente indio.

China no pertenecía al Imperio Británico, pero comerciaba con él a través de un puerto privilegiado, Hong Kong, que en 1880 era, sin duda, el mayor centro co-

mercial del Extremo Oriente. Francia, siempre a la zaga de las conquistas inglesas, extendía su influencia en el sudeste asiático, reemplazando la tutela china sobre Annam y creando la Unión Indochina (1887), integrada por Tonkín, Cochinchina, Annam, Camboya y Laos. Sólo el reino de Siam mantenía, hacia 1890, su independencia.

El reparto de Africa

En el transcurso de unos veinte años, aproximadamente, el continente africa-

Dos calles de El Cairo y un habitante del desierto. El pretexto para que el Reino Unido ocupara Egipto fue la presencia de un gobernante débil y ostentoso, Ismail Pasha, que se endeudó con la banca europea y desquició la economía de su país, dando pie a una intervención militar anglofrancesa.

no, cuatro veces más grande que Europa, fue fragmentado. En el interior de este continente, la carrera colonialista se aceleró a partir del año en que Francia ocupó Túnez (1881), distrayendo de esta forma a la opinión pública de sus propios problemas internos. Francia se sentía con derechos históricos a adueñarse de casi todo el norte de Africa, y otro tanto experimentaban Italia con relación a la antigua Cartago, España con Marruecos, y así sucesivamente.

Años atrás, la opinión culta de Europa y América había seguido con apasionado

deleite los viajes y las aventuras de unos pocos pioneros, como lo fueron el doctor Livingstone y el periodista Stanley, en pleno proceso de descubrimiento del interior del Africa negra, de las rutas de las caravanas, los mercados de esclavos, las selvas y las sabanas habitadas por pigmeos, hotentotes, bantúes y otros tantos grupos humanos.

Pero la ciencia europea se empeñaba en desdeñar las identidades culturales de estos pueblos, tal como los españoles lo habían hecho tres siglos antes con las culturas de los indígenas americanos vencidos.

En los años ochenta Gran Bretaña definió sus pretensiones sobre Egipto. La antigua tierra de los faraones había visto multiplicado su valor estratégico debido a la creación del canal de Suez (1869), que agilizó el tráfico entre la metrópoli inglesa y sus posesiones en la India, Australia y Nueva Zelanda. Las fértiles llanuras del Nilo, aptas para cultivar algodón, representaban otro interesante incentivo, en este caso para la industria textil británica. El pretexto para que el Reino Unido ocupara Egipto fue la presencia en El Cairo de un gobernante débil y ostentoso, el khedive Ismail Pasha, que se endeudó



En el Sudán, los derviches -fanáticos religiosos-, conducidos por el profeta Mohamed Ahmed (abajo), hijo de un carpintero, tuvieron en jaque a las fuerzas inglesas comandadas por el general Gordon (pie de página), quien fue muerto durante el sitio de la ciudad de Khartoum, en 1885.

Viñeta: infiernillo labrado por Fanière.



con la banca europea y desquició la economía de su país. Una rebelión de carácter nacionalista, cuyo lema fue «Egipto para los egipcios», dio pie a una intervención militar anglofrancesa que culminó en 1882 con el bombardeo de la ciudad de Alejandría por parte de la flota inglesa.

Los manuales imperialistas británicos afirman que la ocupación de Egipto fue provocada por la mera lógica de los hechos, contra la opinión del primer ministro Gladstone, que no deseaba implantar la *pax britannica* a un número mayor de pueblos que los que ya estaban sometidos.

Colección Mariana de Nieho



Archivo Todo es Historia



Inauguración de la Exposición Universal

El 16 de mayo de 1889 el presidente de Francia, Sadi Carnot, inauguró la Exposición Universal, realizada con motivo del centenario de la Revolución Francesa. Su paso por la avenida de los Campos Elíseos y por el puente de Iéna para entrar en el Campo de Marte, fue saludado con verdaderas aclamaciones del público. Bajo la cúpula del Palacio de la Exposición, formaban guardia quince soldados indígenas enviados por el Servicio Colonial. La crónica de esta jornada cuenta que «los soldados daban vuelta los ojos sorprendidos ante el espectáculo: se veían annamitas de piel amarillenta y arrugada como la de las mujeres viejas; sakalaves negros como el betún, de enormes mandíbulas; spahis -tropas coloniales- senegaleses, tan negros como los anteriores, pero con un tipo físico menos brutal; cipayos hindúes de piel lustrosa como el bronce, y otros hombres de razas difíciles de reconocer. Ellos representan los países administrados por Francia más allá de los mares.

»Muchos arreglos exóticos completaban la fisonomía internacional de la magna fiesta. En las profundidades de la sala se veían persas de bonetes puntiagudos, árabes con *tarbouchs*; había cabezas extrañas, negras con turbantes multicolores, amarillos con tocados que sólo se ven en los relatos de viajeros, y hasta un indio, un «indio» auténtico, coronado de altas plumas parecidas a las que usan los caciques.»

Los discursos del presidente del Consejo y del presidente de la República fueron interrumpidos por ovaciones. Cuando Carnot descendió del estrado

do donde había declarado inaugurada la exposición, fue saludado por un delegado de los obreros de la Torre Eiffel, M. Dupuis, caballero de la Legión de Honor. El discurso del delegado enfatizó los logros de la industria francesa, capaz de superar cualquier obstáculo para la gloria del país, y destacó que la notable celebración demostraba en qué medida el gobierno republicano se ocupaba de los intereses de los trabajadores. Francia será siempre la cuna de la civilización y del progreso -afirmó Dupuis en ese momento.

Esa noche una bella fiesta veneciana tuvo lugar en el Sena. Una flotilla de embarcaciones particulares, muy empavesadas, circulaba por el río, mientras se escuchaba música de las bandas militares. En cuanto a la exposición, los aspectos exóticos estaban cuidadosamente presentados: había bazares argelinos y tunecinos, teatro annamita y conciertos norafricanos. El público se interesaba preferentemente en el encanto de los pueblos y las culturas lejanas. (Tomado del libro *París de 1800 a 1900*, de Charles Simond, París, Plon, 1901, tomo III)

El Sudamericano, 1888



En el África Austral, la expansión británica generó conflictos con los boers, descendientes de colonos holandeses que se agrupaban en las repúblicas de Orange y Transvaal. Abajo: Cecil Rhodes, premier de la Colonia de El Cabo, parlamentando con jefes indígenas. Pie de página: Extracción de diamantes en el Transvaal.



En 1883 el Foreign Office anunció que consideraba su deber aconsejar al khedive para que el orden restablecido luego de la rebelión nacionalista resultara satisfactorio y progresista. Lord Cromer fue el funcionario designado para «aconsejar» al khedive. Durante más de veinte años, de 1883 a 1907, el riguroso lord fue creando las bases del Egipto moderno; estudió las crecientes del Nilo y dispuso la realización de importantes obras públicas, que mejoraron el aprovechamiento del gran río y facilitaron el cultivo de caña de azúcar y algodón.

Por supuesto que no era fácil manejar los asuntos de la región del Nilo. Más al sur, en el Sudán, los derviches fanáticos religiosos conducidos por un profeta, el madhi Mohamed Ahmed- tuvieron en jaque a fuerzas militares angloindias comandadas por el general Gordon. Este resultó muerto en la sitiada Khartoum (1885) poco antes de que llegaran los refuerzos enviados desde Egipto. Durante algunos años, la idea de tomarse una revancha contra los derviches fue algo así como un imperativo moral para la opinión belicista inglesa, que no admitía derrotas a manos de pueblos «inferiores».

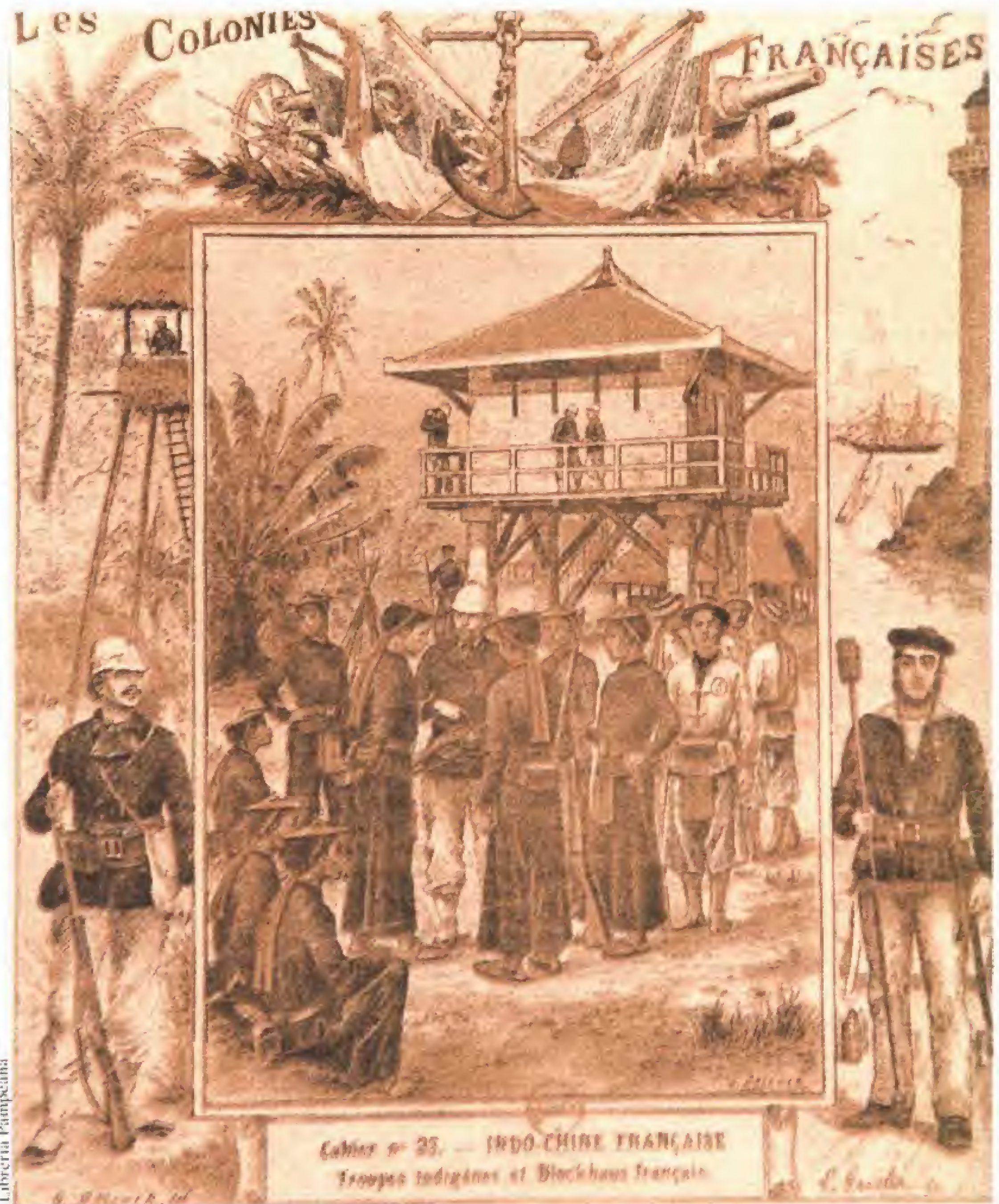
Sudáfrica fue el tercer punto conflictivo del África inglesa en la década de 1880. Allí la Corona tuvo que combatir, más que a los nativos, a los descendientes de los holandeses, los boers, quienes desde 1815 se negaban a aceptar la soberanía inglesa y habían optado por dirigirse hacia el norte para realizar nuevas colonizaciones. En 1880 los boers se agrupaban en las repúblicas de Orange y Transvaal, pero su condición independiente era precaria debido a que en esos territorios existían importantes yacimientos de oro y de diamantes, muy codiciados. La necesidad de asegurarse la posesión de recursos tan preciosos impulsó la gesta de Cecil Rhodes, empresario de la industria de los diamantes y más tarde *premier* en la colonia inglesa del Cabo.

Rhodes soñaba con poder llegar a tender los rieles de un ferrocarril entre Sudáfrica y El Cairo, que atravesara todo el continente africano. Su actuación política se desarrolló en el estilo clásico de las grandes empresas imperialistas de su patria:

Leopoldo II de Bélgica, bajo cuyo reinado se emprendió la colonización del Congo. Francia, siempre a la zaga de las conquistas inglesas, extendía su influencia en el sudeste asiático, reemplazando la tutela china sobre Annam y creando la Unión Indochina en 1887. La lámina muestra a tropas coloniales francesas e indígenas.



Archivo Hispánico



Libreria Pampeluna

creó una compañía comercial que en 1885 colonizó Bechuanalandia, y que se financió mediante el negocio de los diamantes. En poco tiempo, esta compañía logró quebrar la quietud del África negra con ferrocarriles y colonos. En cuanto a los boers, su expansión en esa región fue limitada: mediante una hábil jugada política, el territorio de Bechuanalandia se convirtió en protectorado británico.

Alemania intentó, a partir de 1882, competir con el Reino Unido en la explotación de los recursos africanos. Al canciller Bismarck no le habían preocupado las posesiones coloniales: prefería que su país mantuviera la hegemonía en Europa. Pero los intereses colonialistas que dominaban el mundo eran tan fuertes, que el

Reich inició también la carrera expansionista, y con la ayuda de una Liga Colonial de estructura muy similar a las compañías inglesas utilizadas para tal fin, se ocuparon las costas de Togo y Camerún.

Paulatinamente, el litoral atlántico africano fue a parar a manos de distintas potencias europeas. Francia se había apoderado de Senegal y de Gabón; Inglaterra se hallaba instalada en Gambia y Sierra Leona; incluso España participaba, habiendo fundado un enclave en Cabo Blanco. Pero las palmas de estas conquistas fueron para Leopoldo II de Bélgica y para la Asociación Internacional del Congo, que emprendió la colonización de esa región y, en 1882, fundó Leopoldville en la ribera del misterioso río.

Tantas empresas simultáneas podían generar guerras intercoloniales. La susceptibilidad de las cancillerías de entonces era muy notable, sobre todo en el caso de Francia, cuya derrota a manos de Prusia en la guerra de 1871 había causado heridas irreparables en el honor nacional. Por su parte, el Foreign Office vigilaba el fortalecimiento germánico. Esta tensa situación hizo que, en 1884, con el propósito de evitar fricciones, se convocara a la Conferencia de Berlín, en la que catorce naciones discutieron y aprobaron las bases del reparto de África. Asimismo, se adoptaron reglas para suprimir la esclavitud, se estableció la libre navegación de los ríos Congo y Níger, se reconoció la existencia de un Estado Libre del Congo bajo la soberanía personal de Leopoldo de

Brasil: el fin de una época

El 15 de noviembre de 1889 el Ejército brasileño, liderado por Deodoro da Fonseca, asesta un golpe mortal al decadente Imperio de Pedro II. Con él, sucumben también para siempre el sistema de alianzas políticas -conformado por la nobleza, los *fazendeiros* del norte, el Ejército y la Iglesia- y las formas de producción y de organización social esclavistas que constituyeron la base de sustentación del viejo orden en su etapa de apogeo.

Durante las décadas del setenta y del ochenta, por diferentes motivos, la jerarquía religiosa, la oficialidad del Ejército y la vieja aristocracia de las plantaciones dejaron de prestar a la monarquía su tradicional e imprescindible apoyo.

Por otra parte, las profundas transformaciones económicas y sociales producidas a partir de la segunda mitad del siglo XIX fueron minando las estructuras de poder de los «barones del azúcar», y trasladaron el centro de gravedad del país a las *terras roxas* cafetaleras -capitalistas y «modernas»- de San Pablo, Minas Gerais y Río de Janeiro. En este marco de tránsito hacia una nueva etapa, el Imperio cayó sin mayores resistencias. De la mano del Ejército, la nueva oligarquía del café y los grupos medios emergentes proclamaron la República, ante la total indiferencia de las masas y la pasividad de la Iglesia y de la vieja aristocracia.

Sin embargo, la implantación del nuevo orden no resultaría una tarea sencilla. Los enfrentamientos producidos luego de la caída de la institución monárquica pusieron de manifiesto las tensiones existentes en el interior de la alianza republicana. El

Ejército y los sectores medios -pequeños industriales, comerciantes, profesionales liberales, empleados- favorecían un republicanismo *forte* que se expresaba en el apoyo a la formación de un Estado centralizado, al que percibían como un prerequisite para la puesta en marcha de un programa de reformas industrialista y modernizador. Contrariamente, el republicanismo de la nueva aristocracia del café postulaba la constitución de un régimen federativo lábil, con el propósito de asegurarse el manejo autónomo de las economías estatales, liberándose, de este modo, de la carga de financiar al resto de la Nación.

Luego de un breve período de preeminencia del Ejército y de los grupos medios (República de la Espada, en 1889-1894) las élites paulistas y mineiras impusieron su «modelo» y lograron convertir su acotado sistema de intereses económicos y políticos en los intereses «nacionales» de Brasil. Para ello, montaron a lo largo de toda la República Vieja (1894-1930) un restringido y particular mecanismo de condominio y alternancia concertados, que como consecuencia estableció para los grupos medios un espacio secundario y subordinado, y para los sectores populares un rol absolutamente marginal ■

Roberto Russell

Profesor titular de Historia de América latina y de Sistemas Políticos Latinoamericanos en las universidades de Belgrano y El Salvador. Coordinador de Política Internacional del Área de Relaciones Internacionales de FLACSO (Programa Buenos Aires).

Pedro II, último emperador del Brasil, fue un monarca inteligente y liberal, a quien se debieron la abolición de la esclavitud, el sufragio universal y la difusión de la instrucción pública. Su hija Isabel (pág. 105) lo sucedió en sus derechos al trono como Regente, en 1888. Centro: la ciudad de Río de Janeiro, fotografía de la colección Pillado.



El Mosquito, 1888



Archivo General de la Nación

Bélgica, y se declaró que el derecho de posesión se fundaría en la ocupación efectiva del suelo africano.

De este modo, entre 1880 y 1890 la mayor parte de ese continente quedó en poder de los europeos, o al menos bajo su autoridad nominal, pues subsistieron muchas regiones inaccesibles al hombre blanco donde la cultura nativa se mantuvo intacta. Es preciso destacar que, al finalizar el siglo XIX, la población africana había aumentado debido a la disminu-



ción de las luchas tribales, la mejora en las comunicaciones y los nuevos recursos introducidos por los colonizadores para combatir las enfermedades endémicas. Pero en el conjunto del continente sólo unas pocas naciones pudieron conservar su independencia política, como ser Abisinia, que había logrado derrotar a los ejércitos italianos que vanamente pretendieron imponerle su dominio. Este país gobernado por los negus, descendientes del legendario Preste Juan, sufrió a fines del siglo pasado el primer embate

El mundo de la ópera

El arte lírico es una de las grandes creaciones humanas que iluminan el siglo XIX. Arte completo que requiere muy diversos elementos -no sólo musicales, sino teatrales, plásticos, literarios, etc.- apasionó, en Europa y en América, a todas las clases sociales.

La década 1880-89 es de culminación y cambio: en ella se registran los estrenos de *Parsifal* (Bayreuth, 1882), de Wagner -muerto al año siguiente-; y de *Otello*, de Verdi (Milán, 1887), cimas en sus respectivas áreas. También asoman los epígonos: Puccini (*Edgar*, Milán, 1889), y el precursor de la escuela verista, Mascagni (*Cavalleria rusticana*, Roma, 1890).

Todavía estrenan *alla Scala* Ponchielli, Samara, Smareglia y Catalani. En París, amén del póstumo *Cuentos de Hoffmann*, de Offenbach (1881) anotamos los triunfos de Delibes (*Lakmé*, 1883), y Massenet (*Manón*, 1884; *Le Cid*, 1885). En San Petersburgo, la más occidental de las ciudades rusas, ofrecen sus óperas Rimsky-Korsakoff (*La doncella de nieve*, 1882), Chaikovsky (*La dama de pique*, 1890) y Borodin (*El príncipe Igor*, 1890).

Asimismo, el gusto estético desarrollado por la ascendente burguesía en lo que al lujo se refiere, hace que se multipliquen salas de ópera que luego serán leyenda: el 22 de octubre de 1883 se inaugura el Metropolitan de Nueva York, donde la legendaria Nilsson, Campanini y Novara ofrecen *Fausto*, de Gounod.

En nuestras tierras remotas y prósperas, esa tradicional devoción hispana por el arte italiano, que fue fecunda-

da por la nostalgia de los inmigrantes, se regodea con una ópera que aún no conoce la competencia del cine, y mucho menos la del fútbol.

Y aunque hacia setiembre de 1888 se clausure el viejo Teatro Colón de Anastasio *el Pollo*, en mayo de 1889 reabre, heroicamente decorado, el Teatro de la Opera. Entonces se oye allí *Mefistófeles*, de Boito, cantado por dos titanes: Angelo Massini y Elena Theodorini, la Mata-Hari de la lírica. Por otra parte, esta década fue fecunda en nuevas salas operísticas: en 1882 se inauguró el Teatro Nacional, y cinco años después el San Martín. Como acontecimiento mayor, señalemos la presencia porteña del ruisenior del siglo: la pirotécnica Adelina Patti, que canta en el Politeama dos temporadas consecutivas (1888 y 1889). Sarmiento acude a homenajearla ■

Horacio Sanguinetti

Abogado e historiador. Autor de numerosos ensayos, entre ellos: *Los socialistas independientes*, *La democracia ficticia* y *Los reformistas* (en colaboración con Alberto Ciriá). Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires.



Colecton Mario Delfis



Los logros alcanzados por los Estados Unidos fueron impresionantes. Cuatro líneas férreas transcontinentales barrieron para siempre con la presencia del indígena, reducido ahora a mezquinas reservas. En la foto, Jerónimo, uno de los jefes aborígenes más famosos. Viñeta: viajeros japoneses.

de la civilización europea con la mencionada invasión italiana, que se repetiría en 1930, bajo el gobierno de Mussolini.

Los jóvenes pueblos

Mientras las viejas potencias europeas se enfrentaban por el reparto del mundo, hacia 1880 dos colosos surgían con empuje singular. Sesenta años más tarde ambos se disputarían la hegemonía en el océano Pacífico, pero a fines del siglo XIX era difícil pronosticar que los Estados Unidos de América y Japón, el Imperio del Sol Naciente, llegarían a representar intereses tan opuestos.

Los Estados Unidos habían cambiado su primitiva piel jeffersoniana por un nuevo rostro industrial y financiero, posterior a la victoria del Norte sobre el Sur en la guerra de secesión terminada en 1865. Más que los titulares de los poderes públicos nacionales, en esta nueva etapa se destacaban los grandes pioneros de la industria, la minería y las finanzas: Morgan, Rockefeller, Carnegie, Vanderbilt y Armour, entre muchos otros triunfadores que no vacilaban en gastar el excedente de sus fortunas en obras de bien público, como universidades, centros de investigación, museos y organismos de previsión social. Tales obras pretendían hacer perdonar la violenta irrupción en la sociedad y en la economía norteamericanas de tantos *cartels*, *pools* y *trusts* que, unificando las sociedades de accionistas, eliminaban la competencia, atentando contra los principios de la iniciativa individual y de la libre empresa que habían inspirado a los fundadores de la Nación. La ley Sherman -antitrust-, aprobada en 1890, fue sólo un débil intento de frenar la supremacía del gran dinero en la vida de la República.

En otros campos, los logros alcanzados por la Unión fueron realmente espectaculares. Cuatro líneas férreas transcontinentales habían barrido para siempre la amenaza de los indígenas, reducidos ahora a mezquinas reservas y a la categoría de curiosidad etnológica, tan del gusto de la época. En las llanuras del Mississippi y del Missouri las cosechas eran tan prodigiosas, que más de una quedó sin levantar

por falta de brazos. A fin de que no faltara mano de obra barata, se promovió la afluencia de numerosos contingentes de alemanes, irlandeses, eslavos, italianos y judíos (en cambio, la inmigración china, muy notable en la costa del Pacífico, empezó a ser obstaculizada). Más de 800 000 personas llegaron a los Estados Unidos en 1882. Ellos trabajarían en los cultivos agrícolas, pero también se dirigirían a los centros urbanos industriales y a las ciudades portuarias de Nueva York y San Fran-

cisco. La corriente inmigratoria hizo que Denver, Chicago y Detroit crecieran como hongos: menos de la mitad de sus habitantes había nacido en el lugar.

El carbón, los adelantos científicos, las nuevas metodologías de producción y el entusiasmo de los inmigrantes por incorporarse al *american way of life*, signan este período de florecimiento de la Unión. Cumplido este ciclo de desarrollo interno, el país se dispondría a dirigir su



Archivo "Todo es Historia"

Abajo, izquierda: un grabado que ilustra la vida del granjero norteamericano, que asociaba técnica, confort y religión. Abajo, derecha: Edison, inventor de la lámpara de filamento incandescente. Pie de página, izquierda: una calle de Hong Kong, la gran ciudad portuaria oriental. Pie de página, derecha: el primer ferrocarril japonés.

mirada hacia el sur. Porque, sin duda, el continente latinoamericano, a pesar de algunos logros importantes de la década - por ejemplo, la abolición de la esclavitud en el Brasil- se había distanciado definitivamente del progreso alcanzado por el país del norte.

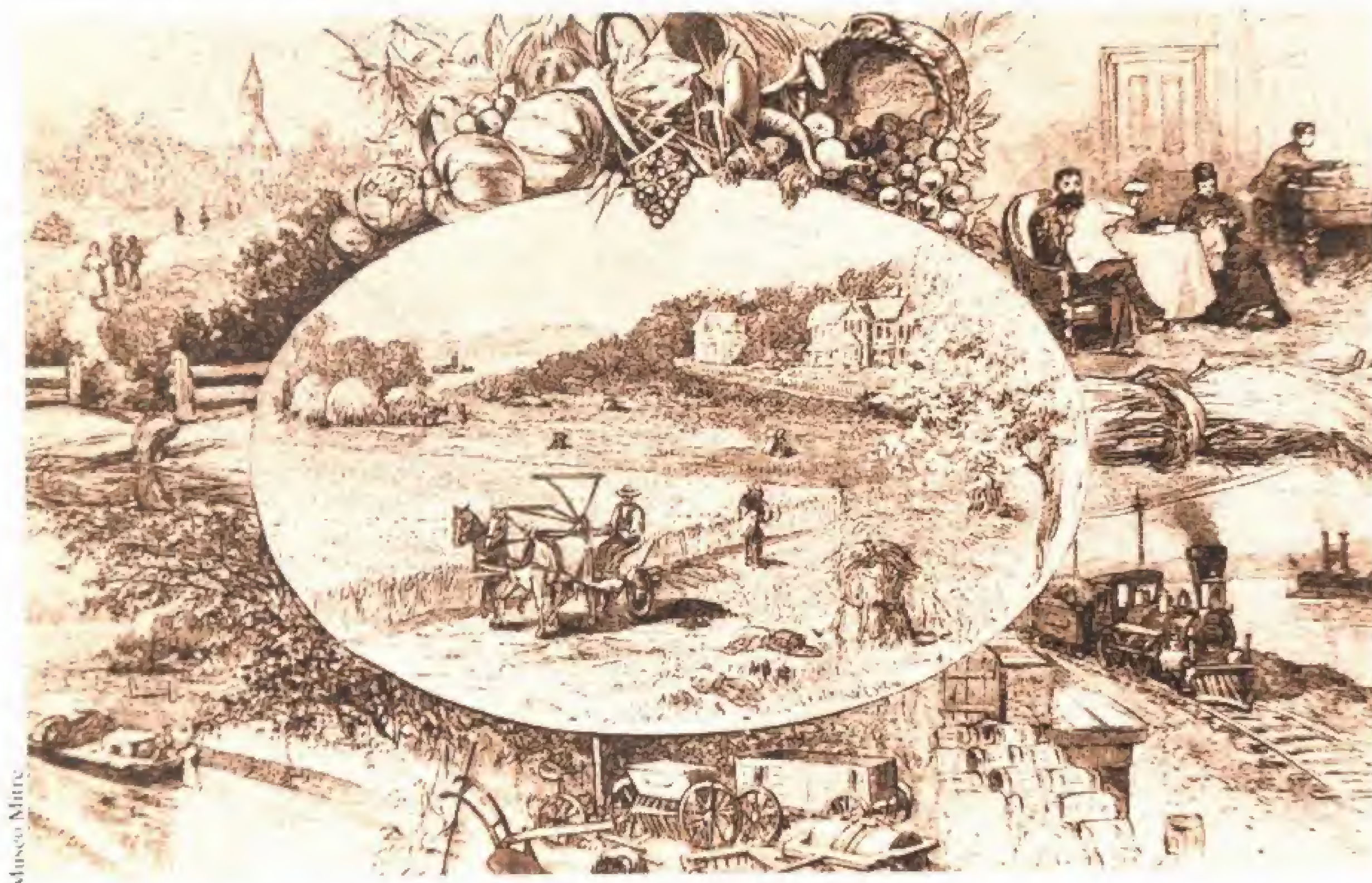
En cambio, del otro lado del Pacífico, el Imperio del Sol Naciente empezaba a movilizarse. Acababa de sacudir la coraza feudal impuesta por el régimen del shogu-

nado, y bajo la conducción del emperador reformista Matsu-hito (1866-1911) de la dinastía Meiji, se había fundado el Japón moderno. Kyoto, la antigua capital, fue desplazada por la moderna e industrializada Tokyo.

En 1880 Japón se encontraba integrado al estilo de producción del gran capitalismo occidental, y varias familias de negociantes demostraban una rara habilidad para manejarse con los criterios más actualiza-

dos. Los Mitsui, por ejemplo, cuyos orígenes familiares se remontaban al siglo XII, eran los grandes banqueros aliados al emperador. Mitsubishi, por su parte, que treinta años atrás había sido un oscuro campesino, se convertiría en el dueño del comercio marítimo japonés, y sus negocios comprenderían, además, bancos y minas de hierro.

La clase dirigente del imperio había logrado insuflar su propia mística al resto de



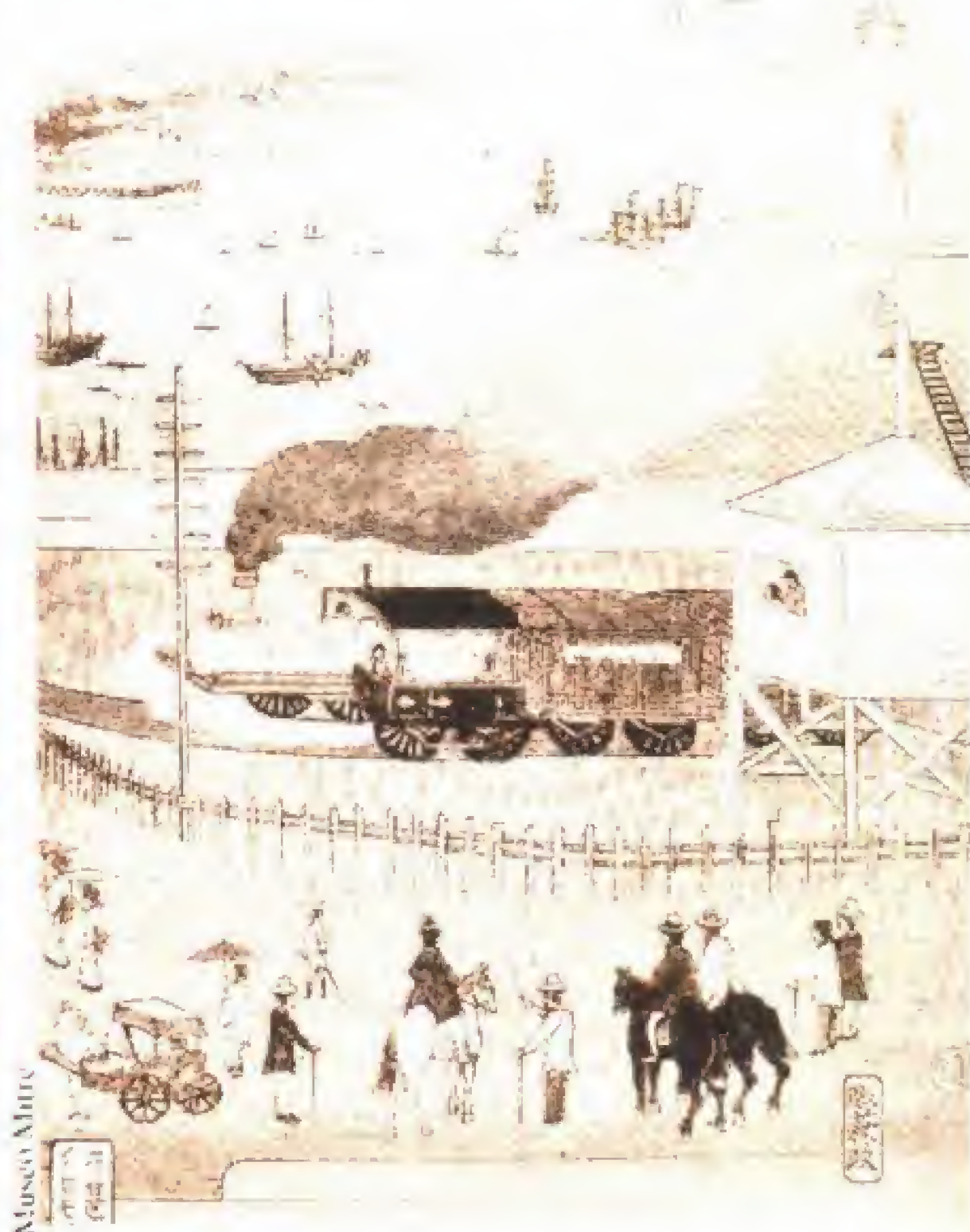
Museo Mitre



Museo Mitre



Librería Pampeluna



Museo Mitre

Derecha: Karl Benz perfeccionó el motor a explosión, agregándole el encendido eléctrico.

Abajo: León XIII, primer papa que se preocupó por la cuestión social en los tiempos modernos.

Pie de página: la práctica de deportes como el tenis, difundida por los ingleses, comenzó a generalizarse.

la población. El sistema se apoyaba en un buen régimen alimenticio basado en el consumo tradicional de arroz, el mejoramiento de la condición social de los campesinos, los bajos salarios en las fábricas y leyes durísimas con los huelguistas. De este modo, se producían manufacturas a precios reducidos, de gran difusión en los mercados asiáticos, y los «pequeños caballeros amarillos» -así denominaban los británicos a los japoneses- comenzaban a asombrar al mundo por su eficiencia y su cortesía imperturbable.

La población japonesa, que en 1890, por su composición, era la más joven del mundo, tenía varias connotaciones originales. La educación impartida en sus mejores colegios y universidades incluía el aporte de planteles de profesores europeos que transmitían técnicas y ciencias occidentales, sin modificar por ello los principios tradicionales que regían a la sociedad local.

Fuerzas económicas y conflictos sociales

La fuerza del imperialismo se sustentaba en la llamada segunda revolución industrial, en el curso de la cual el acero comienza a sustituir al hierro como materia prima industrial básica, y el petróleo y el gas al carbón como principal fuente de energía. La aplicación de la electricidad para producir la energía de uso industrial, el comienzo del perfeccionamiento de la maquinaria automática, una mayor especialización en el trabajo, el uso de aleaciones y de productos de la química industrial, fueron otras de las novedades de la época. Las comunicaciones y los transportes más baratos y frecuentes proyectaron el fenómeno industrial a los territorios más lejanos del orbe.

Algunos de los grandes nombres de la industria contemporánea surgen en el período que estamos tratando: Gottlieb Daimler, que adaptó el motor de combustión interna para que pudiera ser alimentado con nafta en lugar de gas natural; Karl Benz, que perfeccionó dicho motor agregándole una chispa eléctrica como encendido; Humphrey Davis, quien, gracias a sus estudios, logró obtener la luz eléctrica, perfeccionada luego por Edi-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Colección Mario Delfino



Museo Mitre

Abajo: gobernantas y niños de la alta sociedad parisina, disfrutando del sol en la plaza de la Trinidad. Los adelantos de la ciencia y la técnica hacían mucho más placentera la vida de las élites y de los sectores medios.
Pie de página: Instituto Pasteur, en París.



son, el inventor de la lámpara de filamento incandescente. En 1887 empezaron a obtenerse temperaturas muy altas mediante el arco voltaico, y principió a desarrollarse la electrometalurgia. La linotipia rindió sus primeros servicios en el campo del periodismo escrito. La máquina de coser, el estampado mecánico de las telas y la seda artificial revolucionaron la industria textil. En cuanto a los ferrocarriles, 32 000 km de líneas férreas inglesas, 41 000 de los alemanes y 26 800 de los estadounidenses, sugerían quiénes eran las grandes potencias industriales del mundo. Naciones pequeñas y en pleno proceso de industrialización, como Japón, Holanda y Bélgica, se colocaban a continuación de los grandes países.

Tanta circulación de bienes permitía una gran acumulación de capital. Había mucho dinero disponible para realizar inversiones en el exterior. Mientras las sociedades por acciones se multiplicaban, las fuerzas económicas tendían a centralizarse en monopolios. Entretanto, los pueblos de estos países industriales se beneficiaban con adelantos en materia de alimentación y salud. Sus sectores laborales adquirían una mayor conciencia de clase y se producían huelgas en demanda de mejoras, algunas tan memorables como la de los obreros portuarios ingleses de 1889. Esta protesta tuvo un final feliz, pues recibió apoyo de la opinión pública, sensibilizada por el periodismo, y la colaboración de sindicatos lejanos, como los de Australia, que contribuyeron a auxiliar con dinero a los huelguistas.

Por supuesto, no todas las protestas fueron exitosas. Muchas concluyeron con el castigo de los instigadores, entre quienes se destacaban, hacia 1880, varias mujeres, como la anarquista francesa Luisa Michel, activista en las luchas de la Comuna de París de 1871 y autora de muchos folletos y escritos.

En Inglaterra se creó la Federación Democrática, que inició la propaganda socialista en los medios obreros, refractarios hasta entonces a la política. Su inspirador fue Hyndman, traductor de las obras de Karl Marx, el fundador del socialismo científico fallecido en 1883. Los sindicatos empezaban a englobar a traba-



Proceso a Luisa Michel

La dirigente obrera francesa Clemencia Luisa Michel (1833-1905), hija natural del dueño del castillo de Vroncourt y activista en las jornadas revolucionarias de la Comuna de 1871, fue detenida y procesada en 1883, acusada de promover tumultos populares en París. La crónica de la época registra el asalto a una panadería y varios disturbios estudiantiles, que incluyeron el ataque con bolas de nieve al ministro de Instrucción Pública.

Ninguno de estos episodios revestía especial gravedad, pero el gobierno los reprimió severamente, en parte para desviar la atención de las dificultades de la política exterior francesa, en especial las que enfrentaban las operaciones militares en el golfo de Tonkín. En cuanto al proceso a la Michel, fue seguido por un público atento que se emocionó cuando uno de los testigos, luego de destacar el carácter pacífico y de protesta simbólica que tenía la manifestación convocada por la activista, recordó detalles de la vida de la acusada.

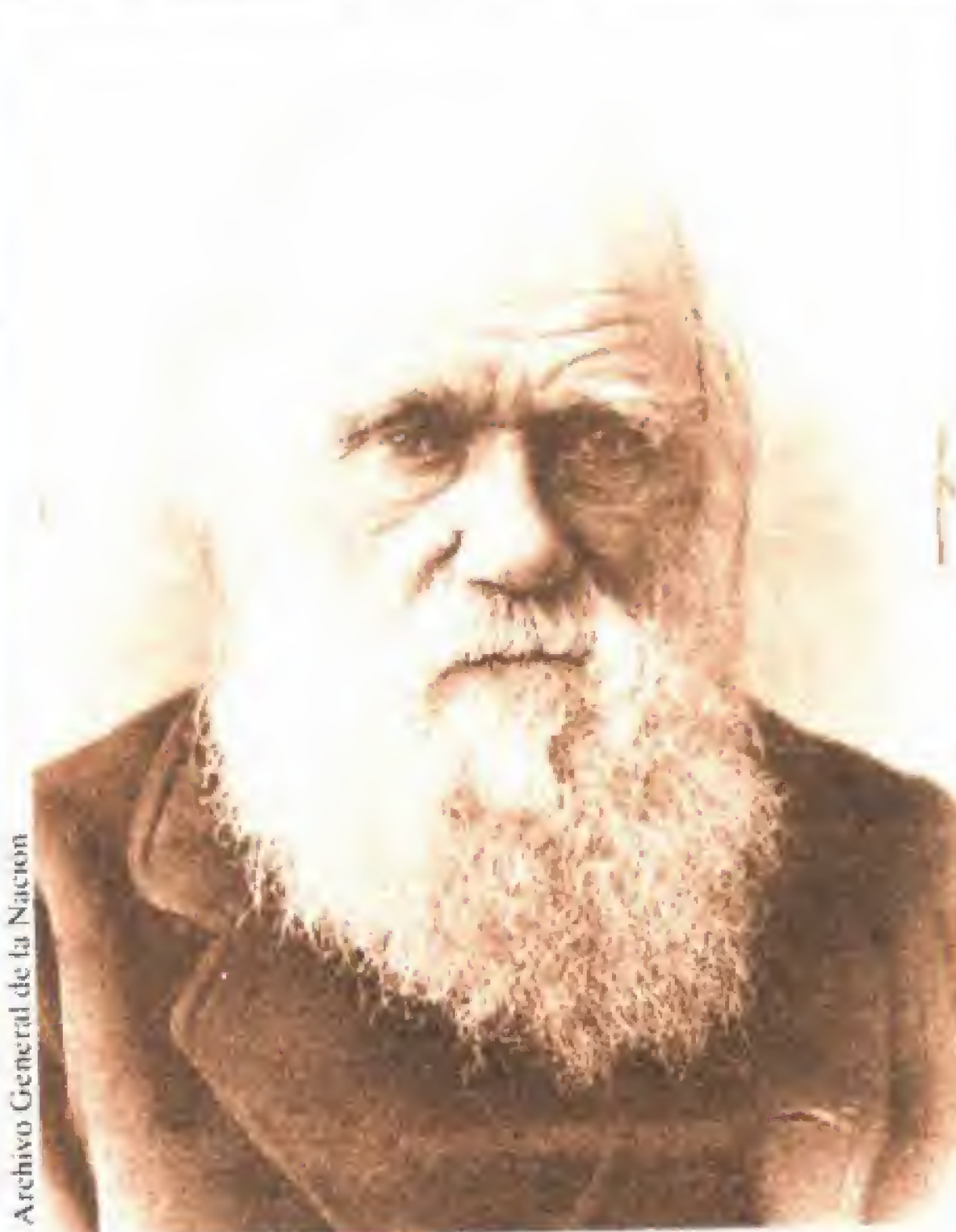
«Fui deportado junto con ella a Nueva Caledonia -dijo. Ella se paseaba por el puente del buque apenas vestida, socorriendo a sus camaradas. Con sus magros recursos se ocupaba de una veintena de compañeras de destierro». Luisa, visiblemente conmovida, procuró interrumpir estas declaraciones. La corte, por su parte, la condenó a seis años de reclusión y a diez más de libertad vigilada. (Fuente: *París de 1800 a 1900*, de Charles Simond, París, Plon, 1901, tomo III)

Charles Darwin (abajo), el célebre naturalista inglés, autor de El origen de las especies, obra que inició una verdadera revolución en la historia natural.

Victor Hugo (centro), genial escritor francés, autor, entre muchas otras obras, de Los miserables, Nuestra Señora de París y El hombre que ríe.

Richard Wagner (abajo), músico alemán autor de la tetralogía El anillo del nibelungo, y Tristán e Isolda, entre otras óperas. Fedor Dostoievsky (centro, derecha) notable escritor ruso, autor de Crimen y castigo y Los hermanos Karamazov.

Página 111: Buenos días, Sr. Gauguin, de Gauguin.



Archivo General de la Nación



Archivo «Todo es Historia»



Archivo «Todo es Historia»



Archivo «Todo es Historia»

jadores no calificados, mientras importantes intelectuales socialistas, encabezados por Sidney Webb y George B. Shaw, integraban la Fabian Society, que tendía a la realización práctica de un socialismo de Estado.

En la Alemania de Bismarck, el gobierno procuraba evitar las protestas sociales mediante una legislación avanzada, que proporcionaba seguridad a los trabajadores y les daba beneficios por enfermedad, accidente y vejez. Leyes laborales simila-

res a las germánicas se irían promulgando en los últimos años del siglo en otros países del mundo. La filosofía del *laissez faire* desenfrenado daba paso a medidas moderadamente proteccionistas. Los siete millones de ingleses agrupados en mutuales eran una demostración más de la necesidad de asociarse. En Roma, la Santa Sede, por su parte, se disponía a abordar el problema social, cuyo estudio fue encomendado por el papa León XIII a una comisión especial, durante el transcurso del año 1881.



Archivo Hispamerica

La civilización europea parecía haber alcanzado su cenit, y una importante renovación en las ciencias y en las artes acompañaba el despegue político y económico de las grandes potencias.

Ciencias y letras

Un gran número de descubrimientos científicos justificaban esta creencia colectiva: sólo la ciencia empírica otorga validez al conocimiento. La esperanza y

la fe en Dios eran reemplazadas por la esperanza y la fe en el progreso indefinido de la humanidad. Victor Hugo, el máximo vate francés, cuyo fallecimiento en 1885 provocó manifestaciones de dolor en todo el mundo, había pronosticado en sus últimos poemas una sociedad futura sin guerras, sin odios ni patíbulos. Desgraciadamente, no fue así.

Los buenos modales, el confort, los juegos y los deportes más variados estaban de moda. El optimismo colectivo de los pue-

blos privilegiados, de sus élites y de sus sectores medios, se fortalecía al tenerse conocimiento de los adelantos que ocurrían año tras año. Louis Pasteur, el sabio francés, había aislado el bacilo de la rabia, vencido al carbunclo -uno de los azotes del ganado- y preparado vacunas contra la erisipela de los cerdos. Joseph Lister, descubridor de la asepsia, era honrado por la reina Victoria con el título de baronet (1883). Los experimentos de Robert Koch, un oscuro médico rural prusiano, permitieron que en 1882 se identificara el bacilo de la tuberculosis y al año siguiente el del cólera asiático, dos de los mayores flagelos padecidos hasta entonces por la humanidad.

La psicología y la sociología tenían más cantidad de adeptos que las especulaciones filosóficas. Se leía a William James y Herbert Spencer. Se discutían las teorías de Charles Darwin, fallecido en 1882, que hablaban de la evolución de las especies y de la victoria, en el campo de la naturaleza, de los fuertes sobre los débiles (punto de vista que se avenía a la perfección con los conceptos básicos de las sociedades imperialistas).

En el marco del mundo civilizado, la literatura francesa tuvo, en el último cuarto del siglo XIX, millones de lectores. Hacia 1880 el naturalismo, que aplicaba a la narrativa el empirismo de las ciencias naturales, se encontraba en su momento de mayor brillo, con nombres como los de Emile Zola y Guy de Maupassant, quienes describían en trazos amargos la sociedad de la época.

Pero había otra pléyade de jóvenes autores que integraban una nueva generación literaria. Se trataba de los simbolistas, a la vanguardia de quienes se colocaban Paul Verlaine, Rimbaud, Mallarmé y Villiers de L'Isle Adam. Del otro lado del canal de la Mancha, sus inquietudes artísticas encontraban eco favorable en el joven Oscar Wilde, que a partir de 1887 inició la publicación de sus cuentos cortos -como *El príncipe feliz*- en diversas revistas. Tanto Wilde como los simbolistas preferían los paraísos artificiales de la imaginación a las realidades de la naturaleza. Desdeñaban la trivialidad de la vida burguesa que fascinaba a la mayoría de sus

Abajo: Jules Verne y la ilustración de una de sus novelas de aventuras en África.

En El taller de Manet en Batignolles, un óleo de Henri Fantin-Latour, aparecen varios protagonistas de las artes francesas del ochenta: rodean al pintor, Astruc, Schölderer, Renoir, Zola, Maitre, Bazille y Monet (pie de página).



Archivo "Todo es Historia"



Colección Mariana de Nichilo

contemporáneos: «Yo soy el principio y el fin de la decadencia» -afirmaba por entonces Verlaine.

Los escritores rusos estaban en su apogeo. La muerte de Fedor Dostoievsky en 1882 dio lugar a un gran duelo nacional. En una de sus últimas novelas, *Los hermanos Karamazov*, había trasuntado la ambivalencia del hombre moderno. Tolstoi proseguía con la formulación de su credo ético, social y religioso con libros como *La sonata a Kreutzer*, y Chejov deslumbraba a los públicos cultos con sus sutiles obras de teatro.

También descollaban en el drama los autores nórdicos: en 1888 August Strindberg escribió *La señorita Julia*, y en 1882 Henrik Ibsen presentó *Un enemigo del pueblo*. En los nuevos mundos publicaban dos escritores de estilo opuesto: el humorista norteamericano Mark Twain, que expresaba el espíritu de la frontera, y el nicaragüense Rubén Darío, iniciador de la corriente modernista en la poesía castellana.

Pero ninguno de los autores mencionados gozaba de tanta popularidad en los años ochenta como un escritor francés nacido en Nantes casi sesenta años antes, y que había creado un género nuevo, la novela de aventuras pseudocientíficas y geográficas. Jules Verne hacía que sus lectores viajaran con sus libros al centro de la tierra, o pasaran cinco semanas en globo, recorrieran el África austral o las pampas argentinas, descendieran con el capitán Nemo a las profundidades del océano, o acompañaran a Keraban el Testarudo en su periplo en torno del mar Negro, o se trasladaran con la imaginación a la misteriosa ciudad de Toumbouctou, situada más allá del codo del Niger. El flemático Phileas Fogg, protagonista de *La vuelta al mundo en ochenta días*, resumía algunos de los valores del hombre blanco occidental, imperturbable y deseoso de realizar comprobaciones científicas. Y entre tanto, el prolífico novelista Verne proseguía su tarea sin pausas, limitando su ambición personal a recorrer en un yate las aguas cercanas a su Bretaña natal ■

Archivo Hispánico



Sumario

Capítulo 1 / Página 1

LA FUNDACIÓN DE LA PLATA

La fundación de La Plata fue un intento de hacer realidad el deseo del pueblo bonaerense de darse una capital más espléndida que Buenos Aires. Constituyó una genuina expresión de la audacia y de la fe en el futuro que caracterizaron a la generación del ochenta, capaz de afrontar gigantescas empresas, como la de erigir una gran urbe entre desolados bañados y miserias lomadas.

Capítulo 2 / Página 17

LA CONQUISTA DEL CHACO

Una multitud de parcialidades indígenas poblaba el Chaco, desde los contrafuertes andinos hasta el Paraná. Escenario de una guerra continua desde la llegada de los españoles, fue incorporado al patrimonio de la República a partir de 1884. Con ello, sus primitivos habitantes sufrieron la pérdida definitiva de las tierras que les habían pertenecido durante siglos.

Capítulo 3 / Página 33

LA ORGANIZACIÓN DE LA ARGENTINA AUSTRAL

La conquista de la Patagonia también se consumó entre 1879 y 1885. Sucesivas expediciones enviadas por el gobierno nacional fueron aniquilando a las tribus aborígenes. Cuando terminó este proceso, la llegada de aventureros, terratenientes y especuladores dio origen a otra historia, llena de hechos sombríos, privaciones, injusticias y soledades.

Capítulo 4 / Página 49

MONEDA, CRÉDITO, COMERCIO, FERROCARRILES

A comienzos de la década de 1880, toda la dirigencia argentina coincidía en promover una mejor ligazón con el mercado mundial, el tendido de vías férreas, el ingreso de capitales y de inmigrantes. Había que progresar a toda costa y sin reparar en el precio. Ello trajo un crecimiento anárquico, que dejó como secuelas el desorden monetario, una deuda exterior y voluminosa, y una política crediticia incontrolada.

Capítulo 5 / Página 65

ROCA Y EL ROQUISMO

El militar tucumano de vieja familia criolla, que a los 37 años juró como presidente de la Nación, definió toda una época. Y el roquismo sobrevivió a la primera presidencia de su creador como una línea ideológica definida. Con el fracaso del sucesor de Roca, Juárez Celman, concluyó la década de 1880, llena de realizaciones y frustraciones, espléndida como promesa y mezquina en muchas de sus realidades.

Capítulo 6 / Página 81

LA GRAN INMIGRACIÓN

Entre 1875 y 1914, la Argentina recibió el 14 por ciento del total del movimiento migratorio mundial. Italianos y españoles, así como franceses, ingleses, judíos, alemanes y sirios trajeron sus costumbres, que se fundieron con las tradiciones nacionales. Esa nueva identidad ha sido resumida por el escritor mexicano Carlos Fuentes: "Los mexicanos descendemos de los aztecas, los peruanos descienden de los incas y los argentinos descienden... de los barcos".

Capítulo 7 / Página 97

EL MUNDO DE LA ÉPOCA

En el último cuarto del siglo XIX la expansión europea en ultramar culminó en una carrera imperialista desenfrenada. Fuera de Europa, dos nuevas potencias avanzaban con empuje: Estados Unidos y Japón. Los pueblos de los países industriales se beneficiaban con innumerables adelantos técnicos y científicos; los sectores laborales iban adquiriendo una mayor conciencia de clase y se organizaban sindical y políticamente.

Libros recomendados

Alvarez, Antonio
CRONICA DE LA PATAGONIA Y
TIERRAS AUSTRALES
Buenos Aires, 1978.

Belza, Juan E.
EN LA ISLA DEL FUEGO
Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas
de Tierra del Fuego, 1974

Braun Menéndez, Armando
PEQUEÑA HISTORIA PATAGONICA
Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1971.

Carril, Bonifacio del
LA CUESTION CON CHILE
Buenos Aires, Emecé, 1984.

Daireaux, Emilio
VIDA Y COSTUMBRES EN EL PLATA
Buenos Aires, Lajouanne, 1952.

D'Amico, Carlos
BUENOS AIRES, SUS HOMBRES,
SU POLITICA, 1869-1890
Buenos Aires, Americana, 1952.

DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE LA LEY 1420
Estudio preliminar, selección y notas por
Gregorio Weinberg
Buenos Aires, Raigal, 1956.

Fernández, Juan R.
HISTORIA DEL PERIODISMO ARGENTINO
Buenos Aires, 1943.

Ferrari, Gustavo
APOGEO Y CRISIS DEL LIBERALISMO
Buenos Aires, La Bastilla, 1978.

Galíndez, Bartolomé
HISTORIA POLITICA ARGENTINA /
La revolución del 80
Buenos Aires, Conti, 1945.

Gallo, Ezequiel, y Cortés Conde, Roberto
LA REPUBLICA CONSERVADORA
Historia argentina, volumen V
Buenos Aires, Paidós, 1972.

Gallo, Ezequiel, y Ferrari, Gustavo (compiladores)
LA ARGENTINA DEL OCHENTA
AL CENTENARIO
Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Galván Moreno, D.
EL PERIODISMO ARGENTINO
Buenos Aires, Claridad, 1944.

Groussac, Paul
LOS QUE PASABAN
Buenos Aires, Huemul, 1972.

Jitrik, Noé
EL OCHENTA Y SU MUNDO
Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.

Lista, Ramón
MIS EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS
EN LA PATAGONIA
Buenos Aires, Marymar, 1973.

López Meyer, Cristina, e Iñigo Carrera, Nicolás
PIONEROS EN LA FRONTERA NORTE
«Documentos de Polémica», Buenos Aires,
Centro Editor de América Latina, 1972.

Moyano, Carlos M.
VIAJE DE EXPLORACION A LA PATAGONIA
Buenos Aires, Austral, 1951.

Paula, Alberto J. de
EL PLAN LA PLATA 1881-1884
Y SU PLANIFICADOR
Buenos Aires, Revista *Summa*, noviembre de 1982.

Rivero Astengo, Agustín
JUÁREZ CELMAN
Buenos Aires, 1944.

Sáenz Hayes, Ricardo
MIGUEL CANÉ Y SU TIEMPO
Buenos Aires, Kraft, 1955

Sáenz Quesada, María
LOS ESTANCIEROS
Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.

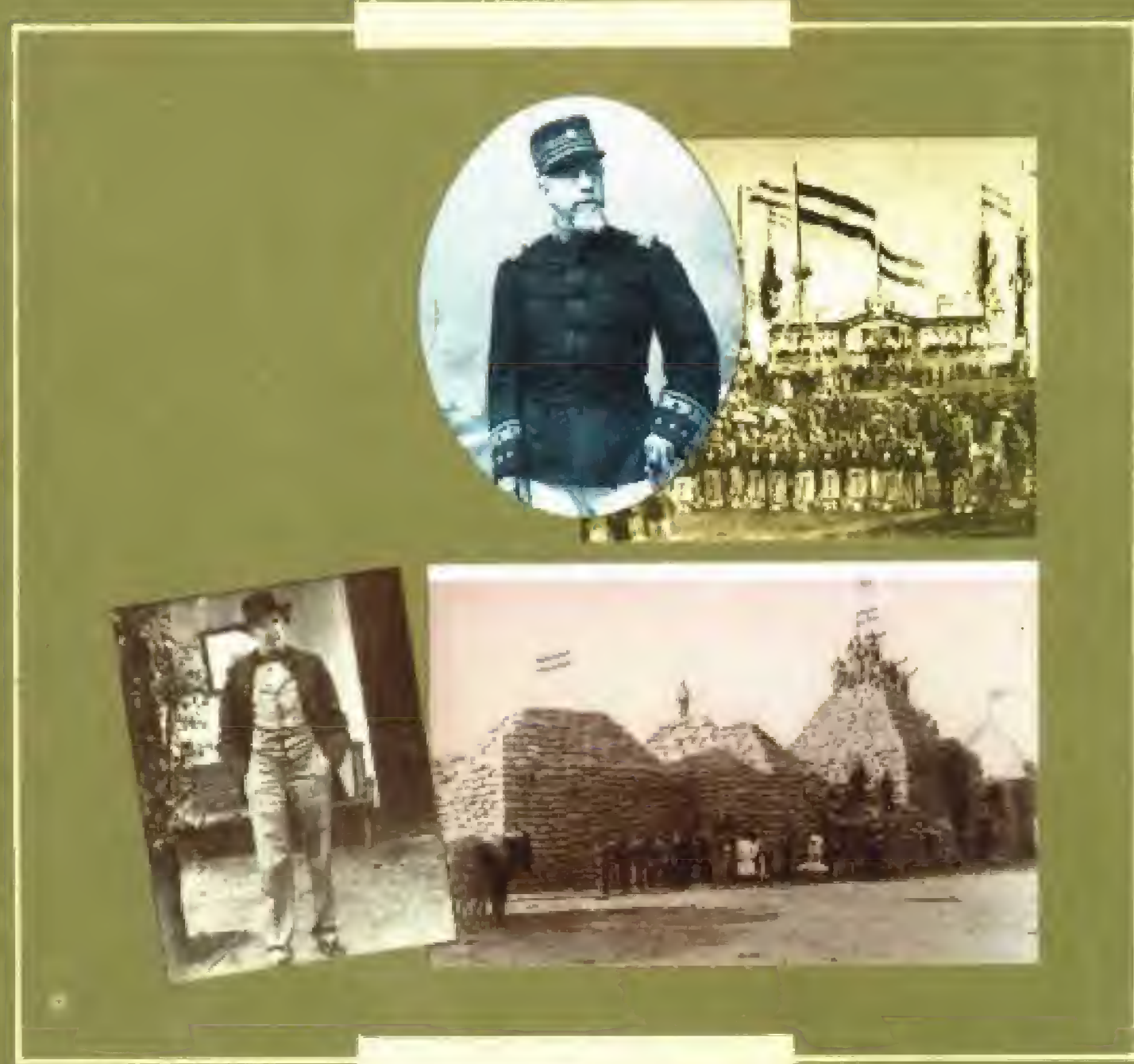
Saldías, Adolfo
UN SIGLO DE INSTITUCIONES
Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo,
La Plata, 1910.

Solari, Juan Antonio
JORNADAS PARLAMENTARIAS
Buenos Aires, Afirmación, 1974.

Vera de Flachs, M. Cristina, y Riquelme de Lobos, Norma
MEDIO SIGLO DE AGRICULTURA EN CORDOBA.
SU REPERCUSION EN LA ACTIVIDAD NACIONAL
Buenos Aires, número 24 de Investigaciones y Ensayos,
Academia Nacional de la Historia, 1978.

Zalduendo, Eduardo
LIBRAS Y RIELES
Buenos Aires, El Coloquio, 1975.

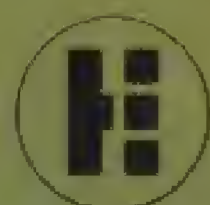
*Este libro fue impreso en los talleres gráficos
Gráfica Olazabal hijos.
Sitio de Montevideo 1485. (1824). Lanús Este.
Agosto de 1991.*



HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM



HYPAMERICA

